

El Beato Juan Pablo habla con deportistas

Discursos, homilías, y mensajes relacionados con el deporte



Editado y introducido por P. Kevin Lixey, LC
Sección "Iglesia y Deporte"
Consejo Pontificio para los Laicos

Copyright
2012 Fondazione Giovanni Paolo II per lo Sport

(Foto de portada de Arturo Mari)

CONTENIDO

Introducción: El Deporte en el Magisterio de la Iglesia Por Kevin Lixey, LC	1
1. Discurso al equipo de Fútbol de Bolonia (9 de diciembre, 1978)	7
2. Discurso al equipo de Fútbol de Milan (12 de mayo, 1979).....	8
3. Discurso a los equipos nacionales de Fútbol de Italia y Argentina (25 de mayo, 1979)	9
4. Discurso a los participantes del Campeonato de Esquí Náutico (31 agosto, 1979).....	11
5. Discurso a consejo del Comité Olímpico Nacional Italiano (20 de diciembre, 1979)	12
6. Discurso a las Federación Europeas de Fútbol (20 de junio, 1980).....	14
7. Discurso a las competiciones de los “Juegos de la Juventud” (2 de octubre, 1980)	17
8. Discurso a los aficionados al deporte del ciclismo (19 de octubre, 1980).....	19
9. Discurso a los jugadores del "Sporting Club" de Pisa (13 de diciembre, 1980)	20
10. Discurso a los miembros de la asamblea del "Panathlon Internacional”	21
11. Discurso a los participantes de los Juegos de Minusválidos (3 de abril, 1981).....	22
12. Discurso a las competiciones de los “Juegos de la Juventud” (11 de octubre, 1981).....	24
13. Homilía: Misa durante el Jubileo de los Deportistas (12 abril, 1984)	25
14. Discurso al Comité Olímpico Nacional Italiano (17 de enero, 1985).....	29
15. Discurso a los miembros del equipo ciclista español “Zor” (10 de junio, 1985).....	31
16. Discurso a los Campeonatos Europeos para Invidentes (14 de septiembre, 1985)	32
17. Discurso a la Federación Católica e Educación Física y Deportiva (3 de abril, 1986).....	35
18. Discurso al Campeonato Internacional de Tenis de Italia (15 mayo, 1986).....	38
19. Homilía: Misa de inauguración de los Juegos de los Minusválidos (8 de junio, 1986)	40
20. Discurso al Campeonatos Mundiales de Atletica Ligera (2 de septiembre, 1987).....	44
21. Discurso al Congreso Nacional “Deporte, ética y fe” (25 de noviembre, 1989).....	48

22. Discurso para la Bendición del Estadio Olímpico (31 de mayo, 1990).....	50
23. Discurso a los participantes del Torneo de Esquí Acuático (14 de septiembre, 1990).....	53
24. Discurso los participantes de los Juegos Mundiales Militares (7 septiembre, 1995)	54
25. Discurso al equipo de “Fútbol Club Barcelona”, (14 de mayo, 1999)	57
26. Ángelus: palabras a los participantes en el Maratón de Roma (1 de enero, 2000)	59
27. Discurso a la Unión de Federaciones Europeas de Fútbol (8 de mayo,2000)	60
28. Discurso y participantes en el Giro de Italia: (12 de mayo, 2000).....	62
29. Discurso al comité organizador de los Juegos Silenciosos (15 de mayo, 2000).....	64
30. Discurso al equipo de Fútbol de “Lacio Sports Club” (27 de octubre, 2000)	66
31. Discurso al Congreso Internacional de Jubileo de los Deportistas (28 octubre, 2000)	68
32. Homilía: Misa del Jubileo Internacional de los Deportistas (29 de octubre, 2000).....	70
33. Ángelus: palabras al final del Jubileo de los Deportistas (29 de octubre, 2000)	73
34. Discurso a Asociación de Fútbol Roma (30 de noviembre, 2000)	75
35. Discurso a los miembros de F.I.F.A. (11 de diciembre, 2000)	77
36. Discurso a la asociación Centro Deportivo Italiano (26 de junio, 2004).....	79
37. Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial de Turismo (27 de septiembre,2004)	81

INTRODUCCION

EL DEPORTE Y EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Kevin Lixey, LC

La copa mundial de fútbol y las Olimpiadas ponen en evidencia una vez más la grande relevancia que el deporte tiene, para bien o para mal, en la sociedad actual. Mientras en un país un periódico trata del ultimo escándalo de fútbol, el periódico de otro país habla de como se está usando la religión para atraer más gente a los estadios. En todo caso, sea en el ámbito juvenil, sea en el profesional, el deporte es un fenómeno dominante en nuestra sociedad.

Cuando no hay un juego "en vivo" estarán los comentarios que llenan la radio, la televisión y los periódicos. Se dice que en Italia "el fútbol hablado" es más seguido que el mismo fútbol profesional. Se habla tanto de lo que dice el jugador tal, o el entrenador "x", o "fulano de tal" sobre el último partido.. .pero rara vez escuchamos qué han dicho los Papas sobre el tema. De hecho ¿Qué dice la Iglesia sobre el deporte? Pablo VI se interrogó en 1966: "¿Existe verdaderamente un dialogo entre Iglesia y deporte? ¿Qué tiene que ver la religión con esto? ¿No es el deporte por definición, extraño a la religión? La palabra 'juego', en cierto modo, ¿no da la idea de trivialidad, de superficialidad, de desafío a quien trabaja seriamente en la gran obra de conducir las almas a Dios, santifícalas y salvarlas?"¹

Al responder a estas preguntas, el mismo Pablo VI, al contrario de esta "presunta sospecha", afirma que: "Nosotros sentimos una gran estima por la actividad deportiva, por la diversidad de aspectos humanos que ella manifiesta, promueve, pone en juego, premia y corona."²

Por más de cien años, la Iglesia, a través de los pontificados, ha hablado al mundo deportivo, y a los deportistas. Mejor dicho, ha dirigido su palabra hacia el hombre, que practica el deporte. Las grandes ocasiones como los Olimpiadas, el mundial de fútbol, la inauguración de un nuevo estadio, o una audiencia a un equipo de deportistas con el Papa... han sido las ocasiones propicias, en las que el Vicario de Cristo ha podido dirigir su palabra a los deportistas: son mas de 200 los discursos pronunciados por los papas del ultimo siglo.

Los primeros cinco discursos vienen de San Pío X, el primer Papa en recibir en el patio de San Dámaso un grupo internacional de deportistas católicos en 1905. El Pío XI, que fue montañero en su juventud, -e incluso pasó toda una noche a pie a unos 4600 metros de altura en un sendero del Monte Rosa esperando que mejorase las condiciones climáticas- pronunció unos 5 discursos sobre el deporte y las lecciones que enseña la montaña.³ Al Papa Pío XII. llamado "el amigo de los deportistas" -el primero en instalar un gimnasio en el Vaticano- podemos atribuir unos 20 discursos. Encontramos 9 discursos en Juan XXIII. Sea en ocasión de las atletas de visita, sea en

¹ PABLO VI, "I giochi olimpici: scuola di educazione fisica, morale, sociale" en *Insegnamenti* IV (1966), 204.

² *Ibid.*, 205.

³ Cfr. PIO XII, "Il contributo della cultura fisica per la elevazione della Gioventù" en *Discorsi e Radiomessaggi* VII (1945), 57-58.

ocasión de los grandes eventos, Pablo VI dirigió 35 discursos. Por fin, como uno puede imaginar, el Beato Juan Pablo II, llamado el "Papa deportista", tuvo 120 discursos a los deportistas que suman más de la mitad de todos los discursos tenidos por los papas! ⁴

Entrando un poco en esta rica historia, compuesta por más de un siglo de discursos deportivos de los papas, quisiera delinear algunos de los rasgos que caracterizan el pensamiento de la Iglesia, que mira no solamente al deporte, pero al hombre mismo que ejerce actividades deportivas. Con esto, no pretendo dar una visión completa y exhaustiva, quisiera más bien, que esto sirva como aperitivo, que incite un vivo interés por este tesoro de enseñanzas, -infelizmente poco conocidas- sobre el deporte. Empiezo con el deporte en sí mismo, como actividad educativa y recreativa, para luego llegar al fenómeno más reciente del deporte como espectáculo y fenómeno social.

“Ahora bien, ¿Cuál es, en primera lugar, el oficio y el objetivo del deporte sano, y cristianamente entendido, si no precisamente cultivar la dignidad y la armonía del cuerpo humano, desarrollar la salud, el vigor, la agilidad y la gracia del mismo?”⁵ Estas palabras del Pío XII introducen el fin básico del deporte. Seguramente, es un fin bastante conocido y realizado por tantas personas deportivas. Pero, a pesar de ser tan básico, es a la vez fácilmente descuidado en el mundo del deporte de hoy. Baste citar el título del libro del Barrie Houlihan, *Dying to win* (Morir para vencer) para ver cómo una distorsión del deporte, por ejemplo, la del doping, niega fundamentalmente este fin de educar y fortalecer el cuerpo hasta el punto de que algo saludable se convierte en algo dañoso y incluso mortal.

También en un mundo donde crece la obesidad y las enfermedades físicas -ambas a veces condicionadas por una vida llena de stress- hay mucho que recuperar en el mismo deporte y en la sana recreación física para que estas actividades saludables vuelvan a ser practicadas y disfrutadas en bien del cuerpo.

Pero, más allá de la salud física, ¿hay algo más que podemos encontrar en el deporte? En su discurso a un congreso italiano sobre la educación física, Pío XII delinea cuatro fines que tiene el deporte, que son: 1) un fin próximo, el de educar, desarrollar, y fortalecer el cuerpo; 2) un fin remoto, porque el deporte sirve para predisponer el cuerpo al servicio del alma y de la persona; 3) un fin más profundo todavía- el de contribuir a la perfección del hombre; y 4) un fin último, el de acercar el hombre a Dios.⁶

En cuanto al segundo fin, el deporte al servicio de la persona, cuerpo y alma, el mismo Papa Pío XII observa: “El deporte, adecuadamente dirigido, desarrolla el carácter, hace del hombre una persona valerosa, que pierde con generosidad y vence sin presunción; ello afina los sentidos,

⁴ C MAZZA, “Lo sport alle luce del magistero della Chiesa” en *Il Mondo dello sport oggi: campo d'impegno cristiano*, Editrice Vaticana 2006, 48-62. Otros libros que recogen los textos de los papas son: G.B. Gandolfo-L. Vassallo, *Lo sport nei documenti pontifici*. Brescia, ed. La Scuola, 1994; R. Feeney, *The Catholic Ideal: Exercise and Sports*, Aquinas Press, 2005; y L. A. Duque-Salas, *El valor humano y cristiano del Deporte según el Magisterio Pontificio*, Tesis Doctoral, Roma, Ateneo Pontificio Santa Croce, 1997.

⁵ PIO XII, “Il contributo della cultura fisica per la elevazione della gioventù” en *Discorsi e Radiomessaggi* VII (1945), 57.

⁶ Cfr. PIO XII, “Sport dinanzi alla coscienza, alla religione e alla morale” en *Discorsi e Radiomessaggi* XIV (1952), 381-390.

clarifica e ilumina la mente, y forja una voluntad de hierro para perseverar, No es solamente desarrollo físico. El deporte correctamente entendido tiene en cuenta al hombre entero.”⁷

Siguiendo el mismo fin, Juan XXIII observa cómo “también en el deporte, pueden encontrar desarrollo las verdaderas y fuertes virtudes cristianas, que la gracia de Dios hace, luego, estables y fructuosas: en el espíritu de disciplina se aprenden y se practican la obediencia, la humildad, la renuncia: en las relaciones de equipos y de competencias, la caridad, el amor de fraternidad, el respeto recíproco, la magnanimidad, a veces también el perdón; en las firmes leyes del rendimiento físico, la castidad, la modestia, la templanza, la prudencia.”⁸

Sin duda, este es un campo grandísimo donde la Iglesia, puede y debe a través de sus escuelas, parroquias, y asociaciones deportivas, cosechar buenos frutos. ¡Cuánto tiempo pasan los jóvenes cada semana con un entrenador deportivo, comparado con las pocas horas que pasan los jóvenes en una lección de catequesis! Hay mucha oportunidad aquí para aprovechar la potencialidad normativa" de estas actividades deportivas.

Mas allá de las virtudes humanas, viene a la luz este fin de perfeccionar al hombre a través del deporte. Juan XXIII veía la posibilidad de que el deporte pudiera conducir el hombre hasta las perfecciones interiores, cuando notaba: “Estas competencias deportivas y los motivos que congregan e inspiran estas grandes masas de jóvenes proclaman a la faz del mundo, no solamente el honor rendido a los valores físicos y a la armonía de los miembros del cuerpo, sino también el servicio que estos valores físicos pueden y deben rendir a las mis altas aspiraciones del hombre hacia la perfección y la belleza interior, hacia la emulación recíproca, serena y alegre, hacia la fraternidad universal.”⁹

Aquí se abre, además del nivel individual y personal, un nivel comunitario, es decir el aspecto social del deporte. De hecho, Juan XXIII ha notado y valorado “La extensión alcanzada por el deporte y la prensa deportiva ocupa un puesto de primer plano y constituye uno de los fenómenos más vivos e interesantes de la cultura contemporánea.”¹⁰

En este contexto de la cultura, los padres del Concilio Vaticano II debatieron también sobre el deporte. Notando la capacidad del deporte sea a nivel individual que comunitario, en el numero 61 de *Gaudium et Spes* se dice: “Pues con la disminución ya generalizada del tiempo de trabajo aumentan para muchos hombres las posibilidades. Empléense los descansos oportunamente para distracción del ánimo y para consolidar la salud del espíritu y del cuerpo, .. .con ejercicios y manifestaciones deportivas, que ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la comunidad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas.”¹¹

⁷ PIO XII, “Sport al the service of the Spirit” en *Discorsi e Radiomessaggi* VII (1945), 170.

⁸ JUAN XXIII, “Rallegramenti per il Centro Sportivo Italiano” en *Discorsi, Messaggi, Colloqui* I (1959), 280.

⁹ JUAN XXIII, “Al comitato Internazionale Olimpico” en *Discorsi, Messaggi, Colloqui* II (1960), 462.

¹⁰ JUAN XXIII, “Congresso della Stampa Sportiva” en *Discorsi, Messaggi, Colloqui* II (1960), 276.

¹¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes*, n. 61.

Después del concilio, este segundo aspecto de “establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas” ha sido ampliamente desarrollado. Con su lenguaje universal, el deporte tiene la capacidad de aglomerar personas de diverso países, culturas, razas y lenguas. Pablo VI, por ejemplo, en un saludo a los atletas de la XIX Olimpiada, notaba: “Procedéis de tantos países, representáis ambientes y culturas, pero os une un idéntico ideal: vincular a todos los hombres con la amistad, la comprensión y la reciproca estima. Esto prueba que vuestra meta final es algo más elevada: la paz universal. Vuestra tarea es contribuir a que los campos de batalla se transformen en palestras y que al odio suceda el amor.”¹²

Además de este bien de promover la comunión entre la humanidad, ¿cómo es posible que el deporte realiza el último fin mencionado por Pío XII, el de acercar el hombre a Dios? Con los papas Pablo VI y Juan Pablo II sobre todo, podemos constatar un incremento en las audiencias de los atletas con el Pontífice. En un discurso a las ciclistas del "Giro d' Italia", Pablo VI respondía a la pregunta: ¿porqué los deportistas quieren ver el Papa? Tocando el motivo más profundo, decía: “Porque el deporte es símbolo de una realidad espiritual aunque escondida, que constituye la trama de nuestra vida.” Luego continuaba: “La vida es un esfuerzo, la vida es una competencia, la vida es un riesgo, la vida es una carrera; la vida es una esperanza hacia la meta final, una meta que trasciende la escena de la experiencia común, y que el alma entreve y la religión nos presenta.”¹³

¡Qué hermosas y verdaderas son estas palabras del Papa! La vida realmente es un esfuerzo. Y el deporte nos ayuda a vivir mejor este esfuerzo. Muchos papas han subrayado el aspecto ascético del deporte, a la luz de las palabras del San Pablo. Muchas veces, hacían referencia a la carta a Timoteo: "He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia" (2 Tim 4.7-8). Pero el texto por excelencia es 1 Cor 9, 24-27.

Pablo VI decía, refiriéndose a este mismo pasaje del Apóstol: “El deportista ofrece a San Pablo un argumento, que del campo físico pasa al espiritual, y que por lo tanto puede refluir desde el campo práctico de la vida vivida: ‘Todos los atletas se imponen una rigurosa abstinencia...’ (1 Cor 9, 24-27). Las cosas fuertes, las cosas grandes, las cosas bellas, las cosas perfectas son difíciles, y exigen una renuncia, un esfuerzo, un compromiso, una paciencia, un sacrificio.”¹⁴

También, el Papa de los deportistas, Juan Pablo II, ha afirmado en tantas ocasiones que la practica del deporte en su sentido más noble y auténtico trae siempre a la memoria el ideal de virtudes humanas y cristianas que, no solamente contribuyen a la formación física y psíquica, sino que también inician y estimulan a la fuerza y a la grandeza espiritual.

Pero, en el Jubileo Internacional de Deporte, durante el Año de la Redención 1984, Juan Pablo II ha visto todavía algo más en este celebre pasaje del San Pablo a los Corintios (1 Cor 9, 24.27). Decía en su homilía: “El Apóstol de las gentes, ha reconocido, por tanto, la fundamental validez del deporte, considerándolo no solamente como término de comparación para ilustrar un superior

¹² PABLO VI, “Discorso ai partecipanti ai XIX Olimpiade”, en *Insegnamenti VI* (1968), 520.

¹³ PABLO VI, “Discorso ai ciclisti del Giro d'Italia” en *Insegnamenti II* (1964), 894.

¹⁴ PABLO VI, “Unicità e splendore del Nostro umanesimo” en *Insegnamenti VI* (1968), 783-784.

ideal ético y ascético, sino también en su intrínseca realidad de coadyuvante para la formación del hombre y de componente de su cultura y de su civilización.”¹⁵

Siguiendo el ejemplo del Apóstol, Juan Pablo II no dudaba en incluir el deporte entre el conjunto de los valores humanos, pues representa un beneficio para la promoción y formación humana. Y comentando el mismo pasaje de San Pablo, añade: “Encontramos en estas palabras los elementos para delinear no solo una antropología sino una ética del deporte y también una teología, que haga resaltar todo su valor.”¹⁶

El deporte, cuando es visto y practicado en una manera no banal, es decir, cuando es practicado a la luz de estos cuatro fines numerados por Pío XII, entonces brilla su validez fundamental y todo su valor. Por eso, la perspectiva cristiana del deporte no se limita a enumerar algunos principios éticos que deben ser aplicados al deporte como si fueran algo extraño al deporte mismo. Tampoco basta introducir algún acto religioso en la práctica deportiva casi como algo forzado e incompatible con el mismo. No, la perspectiva cristiana es mucho más amplia y connatural con la esencia de las actividades deportivas y busca resaltar y vivir la verdad cristiana sobre lo que es el hombre y la sociedad.

Juan Pablo II señaló a los presidentes de la UEFA, que: “Aunque el deporte tiene este valor en sí mismo, estos valores no son garantizados... ellos deben ser purificados y renovados continuamente.”¹⁷

Por eso, durante el Jubileo del Deporte del año 2000, el Beato deportista pidió hacer un “examen de conciencia” sobre el deporte, para que éste pudiera “responder a las exigencias de nuestro tiempo” y “superar cualquier desviación que pudiera producirse en él.”¹⁸

Dentro del horizonte de los cuatro fines de deporte, nace una programa pastoral para el mundo del deporte. Se trata a la vez de recuperar, salvaguardar, y poner en evidencia estos cuatro fines en manera tal que “el deporte esté siempre al servicio del hombre, y no el hombre al servicio del deporte.”¹⁹

En cuanto al aspecto educativo del deporte, sobre todo con los jóvenes. Juan Pablo II advirtió que la Iglesia “tiene que estar en primera fila para elaborar una pastoral adecuada a las cuestiones de los deportistas y promover un deporte con el que favorezca una vida llena de esperanza.”²⁰

Además de hablar sobre el deporte, precisamente en el intento de hacer sentir la preocupación de la Santa Sede hacia el deporte, el Beato Juan Pablo II instituyó en el año 2004, dentro del Consejo Pontificio para los Laicos, una nueva Sección bajo el nombre de “Iglesia y deporte”. Entre los

¹⁵ JUAN PABLO II, “Omelia en il Giubileo dello sport” en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, (1984), 1008.

¹⁶ *Ibid.*, p. 1009.

¹⁷ JUAN PABLO II, “Audiencia a los presidentes de la UEFA” en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* (1980) Vol. III, 1, 1786.

¹⁸ JUAN PABLO II, “Homilía durante la misa del Jubileo de los deportistas” en *L'Osservatore Romano*, 3 nov 2000, p. 5.

¹⁹ JUAN PABLO II, “Omelia en il Giubileo dello sport” en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, (1984), 1008.

²⁰ JUAN PABLO II, “Discorso al Convegno sullo Sport dalla CEI” *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* XII, 2 (1989), p. 1346.

objetivos, la nueva sección busca ser en la Iglesia punto de referencia para el deporte, favorecer una cultura del deporte como medio de crecimiento integral de la persona, y sensibilizar a las Iglesias locales sobre la importancia del trabajo pastoral en los ambientes deportivos.

También el Papa Benedicto XVI ve la importancia del deporte, “disciplina que, si se practica respetando las reglas, se convierte en instrumento educativo y vehículo de importantes valores humanos y espirituales.”²¹ Y sobre todo, ve la necesidad de que esta actividad sea siempre iluminada por la luz de Cristo. Con ocasión de las Olimpiadas invernales en Turín, El Papa afirmó que la luz de la antorcha olímpica, para los cristianos, “remite al Verbo encarnado, luz del mundo que ilumina al hombre en todas sus dimensiones, incluida la deportiva.” El Santo Padre continuó diciendo: “No hay nada humano, excepto el pecado, que el Hijo de Dios, al encarnarse, no haya valorizado ... Entre las diferentes actividades humanas, está la deportiva, que también debe ser iluminada por Dios, mediante Cristo, para que los valores que expresa se purifiquen y eleven, tanto en el ámbito individual como colectivo.”²²

Después de este breve recorrido por el último siglo de los papas, podemos constatar que efectivamente la Iglesia tiene interés en el deporte y ha dirigido en el último siglo más de una palabra hacia el mundo deportivo. Hemos constatado como el Beato Juan Pablo II, en modo particular, ha dedicado amplio tiempo de su pontificado a los deportistas. Visto que los documentos del Magisterio son el fundamento y la orientación de nuestro servicio y una guía para un estudio y una investigación, en las siguientes páginas, ofrecemos una colección de los discursos más sobresalientes del Beato Juan Pablo II –sea por su contenido que por su cantidad– para que pueden servir para un ulterior profundización sobre la presencia y contribución cristiana al mundo del deporte como levita en la masa. Ojala que estos discursos del Beato Papa deportista ayude a descubrir los puntos fundamentales para una práctica deportiva que tenga al centro el desarrollo de la persona. Seguramente estas palabras del Papa Wojtyla faciliten al lector de considerar junto con el mismo Santo Padre, que “todo tipo de deporte lleva en sí un patrimonio rico de valores que deben tenerse en cuenta siempre a fin de ponerlos en práctica: el adiestramiento a la reflexión, el adecuado empleo de las energías propias, la educación de la voluntad, el control de la sensibilidad, la preparación metódica, la perseverancia, la resistencia, el aguante de la fatiga y las molestias, el dominio de las propias facultades, el concepto de la lealtad, la aceptación de las reglas, el espíritu de renuncia y de solidaridad, la fidelidad a los compromisos, la generosidad con los vencidos, la serenidad en la derrota, la paciencia con todos...: son un conjunto de realidades morales que exigen una verdadera ascética y contribuyen eficazmente a formar al hombre y al cristiano.”²³

²¹ BENEDICTO XVI, “Saludo a una delegación del Comité ejecutivo de la UEFA”, *L’Osservatore Romano*, Edición italiana, 22-X-2005, p. 4.

²² BENEDICTO XVI, “Messaggio in occasione della XX Edizione Dei Giochi Olimpici Invernali” en *Insegnamenti di Benedetto XVI*, Vol. I (2005) p. 870.

²³ JUAN PABLO II, “Discurso a los deportistas del Sporting Club de Pisa” en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* (1980) Vol. III, 2, 1678.

DISCURSO AL EQUIPO DE FÚTBOL DE BOLONIA

9 de diciembre de 1978

Queridos jóvenes deportistas:

Siento particular alegría al recibirlos y daros mi cordial bienvenida a vosotros, jugadores del equipo de fútbol de Bolonia, a vosotros dirigentes y familiares, que habéis querido tomar parte en este feliz encuentro.

Agradezco vuestra presencia, que reaviva en mi alma recuerdos imborrables de los años pasados junto a la juventud deportista; con la que he vivido momentos cargados de alegría humana y espiritual.

Sabéis que los jóvenes son objeto de predilección para la Iglesia y el Papa, que quiere encontrarse con ellos para dar y recibir entusiasmo y ánimo; pero vosotros, jóvenes deportistas, ocupáis un lugar de preferencia, porque ofrecéis, de modo eminente, un espectáculo de fortaleza, de lealtad y autocontrol, y más todavía porque poseéis, de forma sobresaliente, el sentido del honor, de la amistad y de la solidaridad fraterna: virtudes que la Iglesia promueve y exalta.

Queridos jóvenes, continuad dando lo mejor de vosotros mismos en las competiciones deportivas, acordándoos siempre de que los certámenes deportivos, aunque de por sí tan nobles, no deben ser un fin en sí mismos, sino estar subordinados a las exigencias mucho más nobles del espíritu. Por eso, mientras os repito: sed deportistas valerosos, os digo también: sed buenos ciudadanos en la vida familiar y social y, más aún, sed buenos cristianos, que sepan dar un sentido superior a la vida para poder poner en práctica lo que el Apóstol San Pablo decía a los atletas cristianos de su tiempo: «¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis, Y quien se prepara a la lucha, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; mas nosotros, para alcanzar una incorruptible» (1Cor 9; 24-25).

Con estos sentimientos, expreso a todos mi saludo, mi ánimo, que deseo fortalecer con una bendición especial.

DISCURSO A LOS FUTBOLISTAS DEL MILAN

12 de mayo de 1979

Queridos futbolistas del Milan:

Vuestra visita me proporciona una gran alegría: la de encontrarme con jóvenes atletas que, en la víspera del último partido de fútbol del año, en el estadio Olímpico de Roma, y con el trofeo del campeonato de Italia 1979 ya en la mano, han querido rendir homenaje al Papa para dar también un significado moral y espiritual al triunfo que se disponen celebrar.

Queridos jóvenes, os saludo cordialmente y os agradezco vuestra presencia junto con vuestro presidente, director deportivo y entrenador.

Al veros, no puedo menos de manifestar una vez más mi simpatía por todos los deportistas y por el deporte en sus diversas formas, y al mismo tiempo la estima que la Iglesia tiene por esta noble actividad humana. La Iglesia, como por lo demás sabéis, admira, aprueba y estimula el deporte, descubriendo en él una gimnasia del cuerpo y del espíritu, un entrenamiento para las relaciones sociales fundadas en el respeto a los otros y a la propia persona, y un elemento de cohesión social que favorece incluso relaciones amistosas en el campo internacional. A tanto se eleva la dignidad del deporte, cuando se inspira en principios sanos y excluye todo exceso de peligro en el atleta y de pasión desordenada en el público que se exalta en las contiendas deportivas.

Creo no equivocarme al reconocer en vosotros este potencial de virtudes cívicas y cristianas. En un mundo en el que a veces se puede comprobar la presencia dolorosa de jóvenes cansados, marcados por la tristeza y por experiencias negativas, sed para ellos amigos prudentes, guías expertos y entrenadores, no sólo en los campos deportivos, sino también en los caminos que conducen a las metas de los auténticos valores de la vida. Añadiréis así a las satisfacciones deportivas, méritos de orden espiritual, ofreciendo a la sociedad una preciosa aportación de salud moral. Daréis así a la Iglesia la alegría de ver en vosotros hijos fuertes (cf. 1 Jn 2, 14), leales y generosos.

Estos son, pues, queridísimos hermanos, los sentimientos y deseos que vuestra exuberante juventud ha suscitado en mi espíritu. Os conceda el Señor Jesús ese "gol", es decir, esa meta final, que es el verdadero y último destino de la vida. Con este fin os sostenga mi bendición que extiendo de todo corazón a todos vuestros familiares, amigos y admiradores.

DISCURSO A LOS FUTBOLISTAS DE LOS EQUIPOS NACIONALES DE ARGENTINA E ITALIA

25 de mayo de 1979

Ilustres señores y queridos hijos:

Os quedo sinceramente agradecido por la cortesía de esta visita, que me permite encontrarme y saludar a los prestigiosos campeones de dos países, unidos entre sí por vínculos profundos de fe, de cultura y de sangre, a sus directivos y técnicos con las respectivas familias, y a estos dos equipos de muchachos, que si todavía no poseen la fama de sus colegas ya conocidos, ciertamente emulan su pasión en el deporte y su entusiasmo generoso. A todos dirijo la más cordial bienvenida.

He escuchado con atención e interés las palabras de presentación del señor presidente de la Federación Italiana de fútbol, que ha sabido interpretar con palabras amables y apropiadas los sentimientos comunes y ha recordado además oportunamente la solicitud con que la Iglesia ha seguido siempre el ejercicio de las diversas disciplinas atléticas, complaciéndose al mismo tiempo en subrayar, con rasgo de exquisita delicadeza, el aprecio que yo también he tenido ocasión de mostrar por los valores que van unidos a la práctica del deporte.

Me complazco en poner de relieve la claridad y exactitud con que usted, señor presidente, ha sabido captar la enseñanza del Magisterio eclesiástico en esta materia. Es enseñanza importante, porque refleja uno de los puntos firmes de la concepción cristiana del hombre. Vale la pena recordar, a este propósito, que ya los pensadores cristianos de los primeros siglos se opusieron con decisión a ciertas ideologías, entonces en boga, que se caracterizaban por una infravaloración de lo corporal, defendida en nombre de una mal entendida exaltación del espíritu: sobre la pauta de los datos bíblicos ellos, en cambio, afirmaron con fuerza una visión unitaria del ser humano. "¿Qué es el hombre —se pregunta un autor cristiano de fines del siglo II o de principios del III—, qué es el hombre, sino un animal racional compuesto de un alma y de un cuerpo? El alma, tomada en sí misma, ¿no es, pues, el hombre? No, sino que es el alma del hombre. El cuerpo, pues, ¿es el hombre? No, sino que debe decirse que es el cuerpo del hombre. Por esto, ni el alma ni el cuerpo, tomados separadamente, son el hombre: lo que se llama con este nombre es lo que nace de su unión" (*De Resurrectione* VIII, en Rouet de Journel, *Enchiridion Patristicum*, núm. 147, pág. 59).

Por esto cuando Emmanuel Mounier, un pensador cristiano de este siglo, dice que el hombre es "un cuerpo por el mismo título que es espíritu: todo él cuerpo y todo él espíritu" (cf. *El personalismo*, Roma, 1971, pág. 29), no dice nada nuevo, sino que vuelve a poner de relieve sencillamente el pensamiento tradicional de la Iglesia.

Me he detenido un poco en evocar estos puntos de doctrina, porque sobre estos fundamentos se apoya la valoración de las disciplinas deportivas que propone el Magisterio. Se trata de una valoración altamente positiva, a causa de la cooperación que tales disciplinas aportan para una formación humana integral. En efecto, la actividad atlética, realizada según justos criterios, tiende a desarrollar en el organismo fuerza, agilidad, resistencia y armonía de ademanes, y favorece al

mismo tiempo el crecimiento de las mismas energías interiores, convirtiéndose en escuela de lealtad, de coraje, de conformidad, de decisión, de hermandad.

Por lo tanto, al dirigiros una palabra de aplauso y estímulo, jóvenes atletas aquí presentes, y a vuestros colegas de todas las partes del mundo, a los directivos, a los técnicos y a cuantos se dedican a la noble causa de la difusión de una sana práctica deportiva, manifiesto el deseo de que sean cada vez más numerosos los que, templando el cuerpo y el espíritu en las severas normas de las diversas disciplinas deportivas, se esfuercen por conseguir la madurez humana necesaria para medirse con las pruebas de la vida, aprendiendo a afrontar las dificultades cotidianas con valentía y a superarlas victoriosamente.

Permitidme ahora decir una palabra en la lengua que se habla en Argentina.

Amadísimos hijos argentinos: Me siento contento de poder recibirlos hoy, día además de la fiesta nacional argentina, para felicitarlos cordialmente por vuestros recientes éxitos deportivos y para expresarles mi sentida estima por vuestras personas.

Sois jóvenes todavía y por tanto llenos de ilusión y deseosos de perfeccionaros personal y profesionalmente. Por eso, mis palabras, cuando hablo a deportistas como vosotros, quisieran ser siempre una especie de afectuosa sacudida de los espíritus, animándolos a desplegarse con gallardía hacia los objetivos que más ennoblecen la vida.

Tened presente que, mientras jugáis, sois centro de atención por parte de las masas. El buen juego, el estilo excelente, los resultados favorables os granjearán sus aplausos y su admiración. Pero, ojalá puedan apreciar claramente en vosotros un modelo de respeto y de lealtad, un ejemplo de compañerismo y amistad, un testimonio de auténtica fraternidad. Todo esto afina los espíritus y les hace percibir de cerca lo sublime del ser humano y su auténtica dignidad. Así se coopera también a la construcción de un mundo más pacífico y, si se tiene fe, a la consolidación de la comunidad de los hijos de Dios: la Iglesia.

Con estos deseos os imparto de corazón la bendición apostólica, que hago extensiva a vuestras familias y a todos los queridísimos hijos argentinos.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL XXXIII CAMPEONATO DE ESQUÍ ACUÁTICO DE EUROPA, ÁFRICA Y MEDITERRÁNEO

31 de agosto de 1979

Queridos señores, amados hermanos:

Mientras agradezco sentidamente las corteses y nobles palabras que me acaba de dirigir el señor presidente del Comité Olímpico Nacional Italiano, os expreso mi sincera complacencia al recibirlos hoy en esta casa, tan cercana al lugar donde se desarrollan vuestras competiciones deportivas. Os quedo agradecido por haber deseado este encuentro, que también es muy apreciado por mi parte. Por esto saludo cordial e indistintamente a todos, de cualquier nación que provengáis.

El XXXIII campeonato de esquí náutico de Europa, África y Mediterráneo es una ocasión oportuna y nueva de acercamiento y hermandad entre diversos pueblos. El deporte que practicáis es ciertamente singular y atrayente; pero más allá de sus aspectos atléticos e incluso estéticos, puede ser, como cualquier otra actividad auténticamente deportiva. un factor de ennoblecimiento humano: ya sea en sentido individual, en cuanto educa para una saludable autodisciplina. ya en sentido interpersonal, en cuanto favorece el encuentro, la armonía, y en definitiva la comunión recíproca. Cuando se cultiva, pues, a nivel internacional, entonces se convierte en elemento propicio para superar múltiples barreras, haciendo así descubrir de nuevo y consolidar la unidad de la familia humana, más allá de toda escisión racial, cultural, política o religiosa.

En estos tiempos en que por desgracia diversas formas de violencia, y por lo tanto de odio, tienden a desgarrar nefastamente el tejido de la solidaridad social, vosotros contribuís, por vuestra parte, a dar un testimonio luminoso de cohesión, de paz, de unión, en una palabra de "saber estar juntos", donde la competición necesaria, lejos de constituir motivo de división, resulta, en cambio, un factor positivo de emulación dinámica, posible únicamente en un cuadro de relaciones mutuas aceptadas, moderadas y promovidas.

Precisamente porque vuestras competiciones no se desarrollan por simple diversión superficial, sino para demostrar la propia habilidad y cómo puede ser fecunda una larga y rigurosa preparación, el compromiso deportivo es escuela genuina de auténtica virtud humana, de la que dice el antiguo libro bíblico de la Sabiduría: "Presente, imitadla; ausente, deseada: en el siglo venidero triunfará coronada, después de haber reportado la victoria en combates inmaculados" (4. 2). Efectivamente, en el deporte vence la virtud, y entonces vencen todos, porque todos sacan provecho de sus fecundas exigencias individuales y comunitarias.

Al llegar aquí, mi palabra se convierte en deseo profundamente cordial, también con miras a las próximas citas olímpicas, para un éxito óptimo de las competiciones, de modo que de vuestras confrontaciones atléticas salga victorioso sencillamente el hombre, en sus más altos valores de lealtad, de respeto mutuo. de generosidad, de belleza. E invoco de Dios omnipotente y bendito abundancia de gracias sobre vosotros y vuestras familias y asociaciones.

DISCURSO AL CONSEJO DEL COMITÉ OLÍMPICO NACIONAL ITALIANO

20 de diciembre de 1979

Ilustres y estimados señores:

Con gran alegría y complacencia sincera, accediendo al deseo que me han manifestado, me encuentro esta mañana con vosotros, señores, presidentes de las Federaciones deportivas italianas, congregados en Roma para la reunión del consejo del Comité Olímpico Nacional

A la vez que agradezco sentidamente al presidente las nobles y gentiles palabras que me ha dirigido y con las cuales ha demostrado bien el interés de la Iglesia por la delicada actividad que vosotros desempeñáis, me es grato dirigir a cada uno, a los doscientos mil dirigentes y a los seis millones de jóvenes que se ejercitan en las filas de vuestras Federaciones varias, un saludo cordial con deseos de bien y la expresión de mi simpatía personal.

Conocedor de vuestras responsabilidades que para algunos de vosotros alcanzan nivel internacional con satisfacción legítima de cuantos colaboran en la benemérita institución CONI, doy aún más valor a vuestra visita sabiendo que estáis ahora ocupándoos de estudiar los problemas inherentes a la participación en los próximos juegos olímpicos, que deseamos constituyan una oportunidad repetida, esperada y privilegiada para reafirmar y dar mayor relieve aún a los valores del deporte rectamente entendido y serenamente practicado.

Mi estima por vuestra actividad se hace todavía mayor si pienso que no va sólo enderezada a preparar atletas y programar manifestaciones deportivas de alto carácter competitivo, como las que acabamos de recordar; sino que vuestra dedicación se dirige también y prevalentemente a proporcionar a la gran población juvenil italiana, estructuras adecuadas para un sano ejercicio físico al alcance de cuantos quieran utilizarlas.

Esta estima que tengo por vuestro servicio, si puede demostrarse —como ha sido delicadamente insinuado— por mi experiencia personal y por mi inclinación y simpatía, se apoya fundamentalmente en el examen objetivo de los valores puestos en evidencia en el ejercicio del deporte tal y como queda manifestado en el magisterio de mis venerados predecesores, en sus documentos y discursos.

La Iglesia se ha interesado siempre por el problema del deporte, porque se preocupa de todo cuanto contribuye constructivamente al desarrollo armónico e integral del hombre, alma y cuerpo. En consecuencia, alienta cuanto tiende a adiestrar, desarrollar y fortificar el cuerpo humano con objeto de que éste se preste mejor a alcanzar la madurez personal.

Según la concepción cristiana, el cuerpo merece interés justo, respeto verdadero y cuidados amorosos y sapientes, por estar revestido de una dignidad connatural capaz de una misteriosa sacralidad, y destinado a la victoria final sobre la misma muerte, como nos enseña nuestra fe. Me gusta repetir con San Pablo: "Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo" (cf. 1 Cor 6, 20).

Claro está que el valor del cuerpo debe considerarse y procurarse dentro del respeto de la jerarquía de los valores morales y espirituales más altos, los cuales exigen a veces el sacrificio incluso de la vida del cuerpo, para afirmar el primado absoluto del espíritu, del alma creada a semejanza de Dios, regenerada a vida nueva por el sacrificio de Jesucristo, Verbo Encarnado, y llamada a una corona incorruptible después de cumplida felizmente la carrera terrena (cf. 1 Cor 9, 24-25).

Practicado con esta perspectiva, el deporte contiene en sí un significado moral y educativo relevante. Es palestra de virtudes, escuela de equilibrio interior y control exterior, preámbulo de conquistas más auténticas y duraderas. "La competición física —notaba sabiamente Pío XII, de venerada memoria— se transforma de este modo casi en ascesis de virtudes humanas y cristianas; más aún, debe transformarse y ser tal..., para que la práctica del deporte se supere a sí misma... y se libre de desviaciones materialistas que rebajarían su valor y nobleza" (al Congreso científico nacional del deporte, 8 de noviembre de 1952).

En un contexto social, desgraciadamente acosado por tentaciones deshumanizantes tales como el atropello y la violencia, proponeos estar al servicio de la formación de las nuevas generaciones, conscientes de que —como ha dicho elocuentemente vuestro presidente— el deporte, gracias a los elementos sanos que enaltece y ensalza, puede convertirse cada vez más en instrumento de incidencia primaria en favor de la elevación moral y espiritual de la persona humana, y contribuir con ello a construir una sociedad ordenada, pacífica y laboriosa.

Además, ¿cómo callar el influjo benéfico que puede resultar de intensificar los contactos deportivos con otras naciones en pro del progreso y aumento de la comprensión recíproca y del sentimiento de unión entre los pueblos? Por esta razón miro con complacencia la organización de competiciones pacíficas, como por ejemplo las olímpicas.

Todos estos puntos de vista a que he aludido os son familiares. Las pocas palabras que he querido deciros se proponen subrayar la importancia que atribuyo a vuestras actividades.

Al daros las gracias de nuevo por vuestra visita, formulo votos ferventísimos para que las sesiones de trabajo de vuestro consejo nacional obtengan frutos abundantes y duraderos; y a la vez que deseo cordialmente felices Navidades a vosotros, vuestras familias y todos los deportistas, imparto de corazón mi particular bendición apostólica, prenda de dones de la protección divina.

DISCURSO A LOS DIRECTIVOS Y MIEMBROS DE LAS FEDERACIONES EUROPEAS DE FÚTBOL

20 de junio de 1980

Señor Presidente:

Le agradezco vivamente las amables palabras que acaba usted de dirigirme y, por mi parte, me alegro de saludar, a la vez que al Presidente de la Federación Internacional de Fútbol, a los representantes de las Federaciones europeas, reunidas en Roma para celebrar su congreso, con motivo de esta fase final del campeonato de Europa que se está disputando actualmente en Italia. A todos, señoras y señores, doy la más cordial bienvenida.

El fútbol cuyas grandes competiciones organizáis, contribuyendo también a seleccionar los jugadores, ofrece cada semana, en casi todos los países, ocasión para concentraciones masivas, donde muchas familias de jóvenes —y de no tan jóvenes!— encuentran una sana diversión, un interés por el valor deportivo del juego, e incluso un apasionamiento de "hinchas" de su equipo. Es un hecho social que tiene su importancia para los millones de espectadores de los estadios y, ahora, también de la televisión. Pero la importancia es mayor todavía para los jugadores y, a este respecto, yo pienso ante todo, por encima de los grandes equipos que vosotros patrocináis, en la multitud de personas que practican el fútbol, desde la más corta edad, por el placer del deporte y en competiciones de aficionados. Por experiencia, he podido apreciar el gusto e interés de ese deporte, entre cuyos animadores me cuento.

Ante vosotros, no es necesario que subraye sus valores físicos y morales, pero cuando se practica como es debido, ya que estáis bien persuadidos de ello. El futbolista no solamente encuentra en el juego, desde el punto de vista corporal, la distensión que necesita, adquiriendo además un aumento de agilidad, habilidad y resistencia, un fortalecimiento de su salud, sino que aumenta también en fuerza moral y en espíritu de colaboración. Una sana emulación desarrolla también el sentido del equipo, la caballerosidad ante el adversario; y ensancha el horizonte humano de intercambios y encuentros entre ciudades y a nivel internacional. La unidad de Europa, por ejemplo —y hablo de ella porque casi todos sois de este continente—, no digo que se vaya a realizar precisamente en torno a un balón redondo, u ovalado, pues los problemas se sitúan en un nivel más complejo; pero el deporte puede ciertamente contribuir a hacer que los contendientes se conozcan mejor, se aprecien mutuamente y vivan una cierta solidaridad por encima de las fronteras, precisamente sobre la base común de sus mismas cualidades humanas y deportivas.

Sí: como tantos otros deportes, el fútbol puede elevar al hombre. Naturalmente que, para ello, debe conservar en la vida personal, familiar y nacional, el puesto que le corresponde, para no correr el peligro de relegar a segundo término los otros grandes problemas sociales o religiosos; así como tampoco los otros medios para desarrollar los valores del cuerpo, del espíritu del corazón, del alma sedienta de lo absoluto. El bien que Dios quiere para cada uno y para la sociedad se consigue con un equilibrio de conjunto.

Por otra parte, todos sabemos muy bien que los valores del deporte no están automáticamente asegurados. Como todas las cosas humanas, necesitan ser purificados, ser protegidos. Hoy en día,

surge muy frecuentemente la tentación de desviar el deporte de su finalidad propiamente humana, que es el desarrollo óptimo de los dones del cuerpo y, por tanto, de la persona, en una emulación natural, por encima de toda discriminación; y así se puede llegar a perturbar el desarrollo leal de las competiciones deportivas o a utilizarlas para otros fines, con peligro de corrupción y decadencia. Quienes aman verdaderamente el deporte, pero también toda la sociedad, no sabrían soportar tales desviaciones, que de hecho se apartan del ideal deportivo y del progreso del hombre. También ahí la defensa del hombre exige vigilancia y noble lucha. Espero encontrar en esto una de vuestras preocupaciones. Y me parece que ese objetivo entra, en efecto, dentro del marco de las responsabilidades que os incumben, como dirigentes o miembros de vuestras federaciones europeas.

Yo deseo que los campeonatos se desarrollen siempre dignamente, en clima de alegría, de paz, de caballerosidad, de amistad. Formulo mis mejores votos para vuestra tarea y para vuestros equipos. (Y a tal respecto no me puedo permitir ser parcial, ante representaciones tan meritorias. Entonces, tengo que decir simplemente: ¡"Que gane el mejor"!).

No olvido tampoco que sois hombres y mujeres que tenéis también otras preocupaciones, concretamente que tenéis una familia. ¡Que Dios bendiga vuestras familias, vuestros hijos! Cada uno de vosotros, además, en el secreto de su conciencia, está en relación con Dios, que es el Autor de la vida y el fin de nuestra existencia. El Pastor de la Iglesia de Roma desea, por tanto, que esa relación se desarrolle, que Dios sea vuestra luz, vuestra esperanza, vuestra alegría. Ese es el sentido de la bendición que imploro sobre vosotros, de todo corazón.

Quisiera añadir ahora unas palabras en inglés de saludo a todos. Como otros deportes, el fútbol pasa por encima de las diferencias lingüísticas para expresar sentimientos de solidaridad en el juego limpio. El interés del público en este sector de sanas competiciones, muestra que están implicados en la preparación y organización de los partidos muchos aspectos del bien común. En vuestra actividad hay muchas oportunidades de contribuir a la causa total del progreso humano. Que la meta del servicio a la comunidad y del servicio a la fraternidad europea, os sostengan en todos vuestros contactos con jugadores y espectadores.

Confianto en que la mayoría de vosotros hayáis entendido ya mis precedentes palabras, desearía ahora saludaros brevemente en alemán, lengua también reconocida oficialmente en la liga europea de fútbol. Conozco bien el gran número de personas que en vuestro país son socios de un club de fútbol. Sí, casi se puede asegurar que todo pueblo que tiene su propia iglesia, tiene también su campo de fútbol. Como otras muchas asociaciones de vuestra patria, este deporte puede construir múltiples e importantes relaciones entre los hombres, contribuyendo a despertar y robustecer la solidaridad de un pueblo o de un barrio en una ciudad.

La Iglesia católica tiene en gran estima tales relaciones y elementos comunitarios, cuando ellos impulsan al individuo, no a masificarse, sino a preocuparse por los intereses de los demás, equilibrando constantemente las aspiraciones y opiniones particulares. Con este deseo, imparto mi cordial bendición a vosotros, a vuestras familias, a los deportistas y a todos los aficionados, a quienes vosotros representáis.

En este encuentro con los dirigentes de las Federaciones europeas de Fútbol, deseo tener un cordial pensamiento también para todos los futbolistas, que son los protagonistas de este deporte tan popular y, al mismo tiempo, tan fascinador. Vaya para ellos mi más afectuoso saludo, unido al deseo de que, conscientes siempre de las responsabilidades que tienen en relación con su numerosísimo público de aficionados y admiradores, den siempre un claro ejemplo de las virtudes humanas y cristianas que deben manifestarse en su comportamiento: lealtad, corrección, sinceridad, honradez, respeto a los demás, fortaleza de ánimo, solidaridad.

Acompaño estos votos con una especial bendición apostólica, que extendo a sus familiares y demás seres queridos.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LOS JUEGOS DE LA JUVENTUD

2 de octubre de 1980

Queridos dirigentes de las Federaciones deportivas adheridas al CONI, queridos chicos y chicas:

Me es particularmente grata esta vuestra visita, al concluir las competiciones nacionales de los juegos de la juventud, a las que habéis participado durante estos días en Roma. Me alegra veros y daros la bienvenida. Os agradezco el pensamiento delicado que habéis tenido al venir a saludar al Papa antes de regresar a vuestras casas y a las regiones de Italia de donde procedéis y que tan bien representáis. Expreso, en particular, mi reconocimiento al doctor Franco Carraro, presidente del Comité Olímpico Italiano, por las significativas palabras que, también en nombre de todos vosotros, ha querido dirigirme.

Vuestra presencia entusiasta y festiva reaviva en mi ánimo muchos queridos recuerdos ligados a mi anterior experiencia pastoral entre los jóvenes deportistas de Polonia. Vosotros conocéis muy bien la estima que la Iglesia os tiene y sabéis que la fe cristiana no humilla, sino que valoriza y ennoblece el deporte en sus diversas expresiones. Sabéis también con cuánto interés el Papa sigue vuestras actividades deportivas y con cuánta satisfacción mira vuestros espectáculos agonísticos, en los que demostráis las dotes no comunes de fortaleza, disciplina y audacia con las que el Señor os ha adornado. Vuestro presidente acaba de hablar, con respecto a vosotros, de entrenamiento a la "lealtad", al "autocontrol", a la "valentía", a la "generosidad", a la "cooperación" y a la "fraternidad": pues bien, ¿no son éstas otras tantas metas a las que la Iglesia tiende en la educación y promoción de la juventud? ¿No son éstas las instancias y las exigencias más profundas del mensaje evangélico?

A propósito de esto, mientras os exhorto a dar siempre lo mejor de vuestras energías y de vuestras capacidades en las pacíficas competiciones deportivas, os recuerdo al mismo tiempo que no consideréis el deporte como finalidad en sí mismo, sino más bien como un valioso elemento que os ayude a dar a vuestra persona esa plenitud que procede de la integración de las dotes físicas con las espirituales. En una palabra, el cuerpo debe estar subordinado al espíritu, que da luz, aliento y sprint a la vida, y que os hace ser buenos deportistas, buenos ciudadanos y buenos cristianos.

Queridísimos jóvenes: El encuentro de hoy con vosotros tiene lugar en un momento particularmente importante para la vida de la Iglesia. Como saben muchos de vosotros, numerosos obispos procedentes de todas las partes del mundo, han venido al Vaticano para participar en la V Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre la Misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo. En efecto, es más urgente que nunca volver a dar a todas las familias cristianas esa belleza, esa carga suya de amor, todas esas virtudes que el Señor ha grabado en ellas. Es necesario que la familia sea realmente el gimnasio privilegiado en que vuestros ideales espirituales, deportivos y sociales encuentren un clima favorable y el empuje necesario para llevarlos adelante y hacerlos madurar hasta la plenitud. Dad también vosotros vuestra contribución

para que vuestra familia se convierta cada vez más en verdadera escuela de fuerza espiritual y de entrenamiento para las grandes conquistas humanas y sociales.

Que para todo esto os sirva de ayuda y estímulo la bendición apostólica que de todo corazón imparto a vosotros, aquí presentes, a vuestras Asociaciones deportivas locales, a vuestros seres queridos y a todos los que se adhieren a este Comité Olímpico Nacional, en prenda de mi particular benevolencia.

DISCURSO A LA ASOCIACION NACIONAL ITALIANA DE "AFICIONADOS AL CICLISMO"

19 de octubre de 1980

[L'Osservatore Romano, Edición semanal en español, No.17, Abril 26 de 1981,8.]

1. Queridísimos aficionados al deporte del ciclismo: Me alegra mucho este encuentro deseado por vosotros desde hace tiempo; es un encuentro que me proporciona la grata ocasión de manifestaros mis sentimientos de afecto y dirigiros, al mismo tiempo, una palabra de felicitación y aliento. Saludo en particular a vuestro presidente, el "cavalliere" Luigi Leggeri, y al p. Battista Mondin, que desde hace más de diez años atiende espiritual-mente a vuestra gran familia de 40.000 miembros. Con suma complacencia veo presentes aquí entre vosotros a algunos campeones de competiciones anteriores, a los que expreso mi admiración y afecto.

Esta agradable visita se lleva a cabo en el XXV aniversario de actividades de vuestra Asociación, entre las que merecen especial mención las recientes peregrinaciones a Tierra Santa y las anteriores a los santuarios marianos de Lourdes y Czestochowa, así como la que realizaron los deportistas del Lacio a la Virgen de la Mentorella la primavera pasada. Estas manifestaciones de fe se ensamblan bien con el ejercicio equilibrado del deporte, porque ésta es una actividad que fortaleciendo el cuerpo, impulsa al espíritu a elevarse a Dios en la contemplación de las maravillas creadas por El. Mientras recorre los caminos que se deslizan por llanuras, colinas, montañas y ríos, el espíritu reflexivo del deporte puede descubrir la mano inteligente y generosa del Señor; y la mirada de admiración puede convertirse en oración. Y de todo corazón os deseo que siempre sea así.

2. El deporte de la bicicleta, si se practica con asiduidad y afición, es también escuela de sobriedad, de fuerza de voluntad y de sacrificio constante; es un ejercicio muy duro y exigente que sólo da satisfacciones a quien abraza la renuncia y el empeño perseverante. Si se practica por turismo, brinda oportunidades felices de anudar amistades nuevas que refuerzan los vínculos de solidaridad fraterna, los cuales constituyen, si están imbuidos de fe, testimonios concretos del amor evangélico que Jesús ha recomendado a los suyos. Siguiendo el ejemplo de vuestros campeones mejores, actuad de modo que vuestras competiciones y vuestras vueltas ciclistas sirvan siempre de ayuda a vuestra vida interior y al cumplimiento de vuestros deberes sociales, familiares y religiosos a través del encuentro con Cristo, especialmente en lo referente a la santificación del domingo que es, justamente, el día del Señor.

Con el deseo de gran éxito de las actividades de la asamblea nacional de "Aficionados al ciclismo", que se celebrará la semana próxima en Urbino, os imparto mi cordial bendición, que extiendo gustoso a vuestras familias y a todos vuestros seres queridos.

DISCURSO A UN GRUPO DE DEPORTISTAS DEL SPORTING CLUB DE PISA

13 de diciembre de 1980

Queridísimos dirigentes y jugadores del "Sporting Club" de Pisa:

1. Os estoy sumamente agradecido por esta visita y os dirijo con gran alegría mi saludo más cordial. Traéis aquí, a la casa del Papa, vuestra juventud, vuestra vitalidad, vuestros ideales de competición y deporte; y yo os abro mis brazos para acogerlos con afecto y aseguraros que la Iglesia y el Papa os aman y os siguen con solicitud y ansiedad, al igual que se interesan por todo grupo de personas, a fin de indicar a todos los caminos de la felicidad verdadera y de la salvación.

Vuestra presencia me lleva con el pensamiento a vuestra célebre ciudad, conocida en el mundo entero, acostada dulcemente en la desembocadura del Arno, famosa por sus hechos históricos, por las alusiones literarias y por los ejemplares del arte y la ciencia; pero sobre todo, pues sois deportistas, vuestra grata presencia me induce a reflexionar un momento sobre la importancia y belleza del deporte.

2. Todo tipo de deporte lleva en sí un patrimonio rico de valores que deben tenerse en cuenta siempre a fin de ponerlos en práctica: el adiestramiento a la reflexión, el adecuado empleo de las energías propias, la educación de la voluntad, el control de la sensibilidad, la preparación metódica, la perseverancia, la resistencia, el aguante de la fatiga y las molestias, el dominio de las propias facultades, el concepto de la lealtad, la aceptación de las reglas, el espíritu de renuncia y de solidaridad, la fidelidad a los compromisos, la generosidad con los vencidos, la serenidad en la derrota, la paciencia con todos...: son un conjunto de realidades morales que exigen una verdadera ascética y contribuyen eficazmente a formar al hombre y al cristiano.

Por todo ello os exhorto a vivir vuestro afán e ideal deportivo según las exigencias de estos valores, a fin de ser siempre en la vida personas rectas, honradas y equilibradas que inspiren confianza y esperanza.

3. Además, el tiempo litúrgico de Adviento y la solemnidad de Navidad me brindan la grata oportunidad para desearos de corazón el gozo íntimo que nace de esta conmemoración siempre dulce y conmovedora. Es el gozo que nace de la certeza traída por Jesús con su nacimiento en Belén. La Navidad nos dice que estamos inmersos en un designio inteligente y amoroso de la Providencia que reclama nuestra fe y nuestro amor, y a través de las tribulaciones de la vida nos hace sentir la nostalgia de lo eterno para el que hemos sido creados.

Este es el gozo que os deseo a todos y a vuestros seres queridos en la próxima Navidad, a la vez que os imparto de corazón la propiciadora bendición apostólica para que os acompañe siempre.

DISCURSO A LOS MEMBROS DEL CONGRESSO DEL PANATHLON INTERNATIONAL

26 de marzo de 1981

[L'Osservatore Romano, Edición de lengua española, 12 de abril de 1981, p.16]

Queridos señores:

Me alegra dirigir mi más cordial bienvenida a todos vosotros, reunidos en Roma para la asamblea cuadrienal del "Panathlon International", y para ofrecer el premio "Antorcha de Oro" a personalidades que se han destacado en el campo del deporte.

Quiero daros las gracias por vuestra grata presencia, por el significativo homenaje, y también por la oportunidad de decir una palabra en favor de los valores morales y éticos del deporte, que están entre los que forman la base de una convivencia civil ordenada. La función educativa del deporte está particularmente presente entre vosotros. Este, en efecto, más allá de su expresión agonística, trae consigo, como substrato ideal, la exaltación de auténticas virtudes humanas, como la lealtad, la generosidad y la creatividad, que se entrelazan armoniosamente con el espíritu de sacrificio, con el dominio de sí mismos, con la templanza, en vista de una formación completa de la persona, abierta así a los más amplios horizontes de la trascendencia y de la fe.

Vuestra Asociación concentra su atención y sus propósitos sobre tales contenidos morales; quiere alimentar en sus socios esta perspectiva. Complaciéndome sinceramente, espero que esta Asociación dirija siempre su esfuerzo sobre todo a iluminar la pureza de las motivaciones ideales del deporte, y a favorecer, con acción clarividente, los vínculos de fraternidad entre individuos, grupos y naciones, en sintonía con el elocuente lema elegido: "Ludis iungit". Esta noble tarea no puede por menos de ser alentada, sobre todo hoy, cuando es necesario y urgente, en vista de un saneamiento profundo de la sociedad, encaminar a las jóvenes generaciones hacia formas concretas y vividas de compromiso cualificante y formativo, entre las cuales está el deporte.

Subrayo por tanto mi aprecio y aliento por las finalidades que tiene vuestra institución. Al renovaros la expresión de mi gratitud, elevo al Señor, "nuestra salvación y roca de defensa" (Sal 62 [61], 3), mi oración, para que os sean concedidos en abundancia los dones de su asistencia durante vuestro camino, que acompañe con mi bendición apostólica, extensiva a todos vuestros seres queridos.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LOS JUEGOS INTERNACIONALES DE MINUSVALIDOS "ROMA 81".

3 de abril de 1981

Queridos hermanos y hermanas:

1. Me hace feliz tener esta oportunidad de encontrarme con vosotros y, me complace en que los II Juegos Internacionales de Minusválidos "Roma 81" os hayan traído aquí. Los juegos a que habéis venido muestran clara y prácticamente que las personas minusválidas pueden integrarse y están plenamente integradas en la vida social. Ponen de manifiesto que vivís una vida plena y disfrutáis de sus alegrías.

El deporte no es para vosotros una cuestión de interés económico. No habéis venido a establecer nuevas marcas absolutas en las varias ramas del atletismo. Y sin embargo, vuestra participación en el deporte marca un récord que es mucho más importante desde otros puntos de vista, el récord de superaros a vosotros mismos, el récord de fraternidad universal a través del deporte y el récord de ejercicio de solidaridad con todos los miembros de la familia humana.

2. Por tanto, felicito a todos los que han intervenido en la organización de los juegos. Están comprendidos los Juegos Internacionales "Stoke Mandeville" y la Organización Internacional de Deporte de Minusválidos, el Comité Olímpico Nacional Italiano, la Federación Italiana de Deporte de Minusválidos, y las autoridades de la región del Lacio y de la provincia y ciudad de Roma. Doy la enhorabuena también a los organizadores y participantes en el congreso científico que se celebra coincidiendo con los juegos, sobre problemas médicos, jurídicos y técnicos de los minusválidos. Os felicito a todos por la atención que prestáis a los minusválidos, por las oportunidades que les brindáis de mejorar su vida y porque les infundís esperanza.

3. Me complace al percibir que cada vez hay mayor sensibilidad hacia las necesidades de los minusválidos. Lo que acrecienta esta sensibilidad y la sostiene es que cada vez es más grande la conciencia del valor y dignidad de la persona humana, que no depende de cualidades secundarias tales como la fuerza o el aspecto físico, sino del hecho fundamental de que el hombre o la mujer son personas, son seres humanos.

4. A esto va vinculada la conciencia del deber de solidaridad con todos los miembros de la familia humana, los cuales tienen derecho a integrarse en las formas varias de la vida de la sociedad. De acuerdo con ello debemos esforzarnos por poner fin a la discriminación no sólo de una raza respecto de la otra, sino también del fuerte y del sano respecto del débil y del enfermo. En un documento publicado a primeros de este mes, la Santa Sede ha puesto de relieve los principios básicos referentes a los minusválidos, que son sujetos humanos plenos y con los derechos correspondientes, a quienes se debe ayudar, de acuerdo con los principios de integración, normalización y personalización, a ocupar su puesto en la sociedad en todos los campos y niveles, según sea compatible con sus condiciones.

5. Es importante que este aumento de conciencia y sensibilización que ahora se da, quede encuadrado en una legislación apropiada, y que cuantos actúan en el campo de la medicina, psicología, sociología y educación, favorezcan la plena integración de la persona minusválida en

la sociedad. Pero no es menos importante que se dé el cambio de corazón, la conversión, por parte de todo ciudadano y de todos los grupos de la sociedad, de manera que acepten gustosa y fraternamente la presencia de la persona minusválida en los centros de enseñanza, en el trabajo y en todas las actividades, incluido el deporte.

6. Las personas minusválidas juegan un papel importante en la edificación de una civilización nueva, la civilización del amor, que elimine las barreras sociales, y aporte valores nuevos que no son los de la fuerza, sino los de la humanidad.

7. En Jesucristo hay un mensaje importante para todos los minusválidos, para quienes están a su servicio y también para toda la sociedad en sus relaciones con aquéllos. Jesucristo nos trajo un mensaje que sublima el valor absoluto de la vida y de la persona humana, la cual viene de Dios y está llamada a vivir en comunión con Dios. Este mensaje puede leerse en su vida de amor a los enfermos y a los que sufrían, y de servicio a todos. El mismo mensaje está contenido en las palabras con las que se identificó a Sí mismo con los necesitados y afirmó que sus discípulos deben reconocerse por su servicio amoroso a los pobres y débiles: "Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40).

Oro para que este mensaje sea escuchado y se dé viva esperanza a los minusválidos y un amor nuevo invada toda la sociedad.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LOS XIII JUEGOS DE LA JUVENTUD

11 de octubre de 1981

Queridos muchachos y jóvenes deportistas:

1. Me siento feliz al recibirlos y saludarlos cordialmente junto con los dirigentes del Comité Olímpico Nacional Italiano, los cuales, al término de la manifestación nacional de los "Juegos de la Juventud", os han acompañado para daros la posibilidad de expresar aquí, también en nombre de vuestros colegas pertenecientes a todas las regiones de Italia, los sentimientos de vuestra fe cristiana y de vuestra alegría juvenil. Doy las más sinceras gracias al doctor Franco Carraro, vuestro solícito presidente, por las amables palabras con las que ha querido abrir este encuentro familiar.

2. Vuestra presencia alegra mi espíritu, no sólo por el espectáculo de estupenda juventud que ofrecéis a mi mirada, sino también por los valores físicos y morales que representáis. Efectivamente, el deporte, incluso bajo el aspecto de educación física, encuentra en la Iglesia apoyo por todo lo que comporta de bueno y sano. Sin duda, la Iglesia no puede menos de estimular todo lo que sirve para el desarrollo armónico del cuerpo humano, considerado justamente la obra maestra de toda la creación, no sólo por su proporción, vigor y belleza, sino también, y sobre todo, porque Dios ha hecho de él morada e instrumento de un alma inmortal, infundiéndole ese "soplo de vida" (cf. Gén 2, 7), por el cual el hombre es hecho a su imagen y semejanza. Si luego se considera el aspecto sobrenatural, resultan iluminadoras las palabras de San Pablo: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ... ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios? ...Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Cor 6, 15. 19-20).

3. He aquí, queridísimos jóvenes, algunos rasgos de lo que la revelación nos enseña sobre la grandeza y dignidad del cuerpo humano, creado por Dios y redimido por Cristo. Por esto la Iglesia no cesa de recomendar la valoración de este instrumento maravilloso mediante una apropiada educación física, la cual, mientras, por una parte, hace que se eviten las desviaciones del culto al cuerpo, por otra, entrena al cuerpo y al espíritu en el esfuerzo, ánimo, equilibrio, sacrificio, nobleza, fraternidad, cortesía y, en una palabra, en el "fair-play". Practicado de este modo, el deporte os ayudará, sobre todo, a convertirlos en ciudadanos amantes del orden social y de la paz; os enseñará a ver en las competiciones deportivas, no ya luchas entre rivales, no factores de división, sino pacíficas manifestaciones competitivas. en las cuáles no debe faltar, incluso en el obligado esfuerzo por conseguir la victoria, el sentido de respeto hacia el concurrente.

Con estos pensamientos y estos deseos, muy gustosamente os imparto a vosotros, a vuestros familiares y a vuestros amigos, mi especial bendición apostólica, en prenda de abundantes gracias celestes y como signo de mi benevolencia.

JUBILEO INTERNACIONAL DE LOS DEPORTISTAS
HOMILIA DURANTE LA MISA EN EL ESTADIO OLIMPICO DE ROMA
“El Deporte: sus valores a la luz del Evangelio de Cristo Redentor”

12 de abril de 1984

[L'Osservatore Romano, Edición de lengua española, 22 de Abril de 1984, p.9-10]

Queridos hermanos y hermanas!

1. Durante este Año Santo extraordinario no podía faltar el testimonio de fe, manifestado también en estos protagonistas del mundo del deporte, este fenómeno humano y social que tiene tanta importancia e influyo en la conducta y en la mentalidad contemporánea. Así, es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros- hombres y mujeres dedicados al deporte, para celebrar el Jubileo de la Redención realizada por Cristo con su pasión, muerte y resurrección.

San Pablo, que había conocido el deporte de su tiempo, en el primera Carta a los Corintios, que acabemos de escuchar, escribe a los cristianos que vivían en el ambiente del mundo griego: “¿No saben que en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio? Corred, en tal modo que lo alcancéis” (1 Cor 9, 24).

El Apóstol de las gentes, el cual para llevar el mensaje evangélico de Cristo a todos los pueblos tomó los conceptos, imágenes, terminologías, modos expresivos, datos filosóficos y literarios no sólo de la tradición judaica, sino también de la cultura helénica, no ha dudado en incluir al deporte entre los *valores humanos*, que como puntos de apoyo y para el diálogo con los hombres del su tiempo. Ha reconocido, por lo tanto, la fundamental *validez del deporte*, considerado no solamente como término de comparación para ilustrar un superior ideal ético y ascético, sino también en su intrínseca realidad de coadyuvante para la *formación del hombre* y de componente de su cultura y de su civilización.

Así, San Pablo, continuando la enseñanza de Jesús, ha fijado la actitud cristiana ante el deporte como otras expresiones de las facultades naturales del hombre, como la ciencia, el trabajo, el arte, el amor, el empeño social y político: actitud que no es de rechazo o de fuga, sino de respeto, de estima, cuando más de rescate y de elevación en una palabra, *de redención*.

2. Es precisamente esta concepción cristianismo como aceptación, asunción, perfeccionamiento y elevación de los valores humanos –por lo tanto como himno a la vida– que es la que quiero entregaros hoy a vosotros y a todos los que, de cualquier modo y en cada uno de los países del mundo, practican y se interesan por esta actividad humana, que es el deporte.

El Jubileo proyecta la luz de la redención incluso sobre este fenómeno humano y social, exaltando y magnificando en ello sus *valores positivos*.

No podemos ocultar cómo, por desgracia, que no faltan, también en este aspectos negativos o por lo menos discutibles, que hoy se analizan y denuncian justamente por personas especializadas en la observancia de las costumbres y del comportamiento, y por los cuales también vosotros sin duda sufrís.

Pero, sabemos también cuántos esfuerzos se han hecho para que prevalgan siempre una "filosofía del deporte" cuyo principio-clave no es “el deporte por el deporte” o por otras motivaciones que no sean la dignidad, la libertad, el desarrollo integral del hombre!

Vosotros mismos, en el *Manifiesto de los Deportistas*, que habéis querido lanzar con ocasión del presente Jubileo, afirmáis solemnemente que 'el deporte está al servicio del hombre, y no el hombre al servicio del deporte, y, por tanto, la dignidad de la persona humana es fin y criterio de evaluación de toda actividad deportiva; el deporte es confrontación leal y generosa, lugar de encuentro, vínculo de solidaridad y de amistad... El deporte puede ser cultura auténtica cuando el ambiente en que se practica y la experiencia que se hace-están abiertos y son sensibles a los valores humanos universales en favor del desarrollo equilibrado del hombre en todas sus dimensiones.' Y decís también que el deporte, "por su universalidad, se sitúa en el plano internacional como medio de fraternidad y de paz", y que queréis . comprometeros a hacer que "sea para los hombres y el mundo instrumentó efectivo de reconciliación y paz”!

3. Sí, queridísimos atletas: Que este, encuentro realmente extraordinario reavive en vosotros la conciencia de la necesidad de comprometeros, a fin de que el deporte contribuya a hacer penetrar en la sociedad el amor recíproco, la fraternidad sincera y la auténtica solidaridad. En efecto, el deporte puede proporcionar una valiosa y fecunda aportación a la -coexistencia pacífica de todos los pueblos, -más allá y por encima de cualquier discriminación de raza, lengua y nación.

En conformidad al precepto de la Carta Olímpica que ve en el deporte la ocasión de una 'mejor comprensión recíproca y de amistad para construir un mundo mejor y mas pacífico', haced que vuestros encuentros sean un signo emblemático para toda la sociedad y un preludio a aquella nueva era en la que los pueblos “no levantarán mas la espada el uno contra el otro” (Is. 2, 4). La sociedad os mira con confianza y os agradece por vuestro testimonio en favor de los ideales de pacífica convivencia civil y social para la edificación de una nueva civilización fundada sobre el amor, sobre la solidaridad y sobre la paz.

Estos ideales honran a los hombres del deporte que los han meditado y proclamado, pero especialmente "honran a no pocos campeones —algunos de los cuales están hoy aquí presentes— que en su carrera los han vivido y realizado con ejemplar interés.

4. San Pablo, 'en el pasaje que hemos escuchado, subraya también el' significado interior y espiritual del deporte: "Quien -se prepara para la lucha, de todo se abstiene"

Para ser un buen deportista son indispensables honestidad consigo mismo y con los otros, lealtad, fuerza moral, además y por encima de la fuerza física, perseverancia, espíritu de colaboración y de sociabilidad, magnanimidad, generosidad, amplitud de mente y de corazón, capacidad de convivencia y de compartir: todas éstas son exigencias de orden moral: pero el Apóstol agrega enseguida “Ellos (es decir los atletas en los estadios griegos y romanos) lo hacen para obtener una corona corruptible (esto es, una gloria y una recompensa terrena, pasajera, efímera, aún cuando suscita el delirio de las masas), nosotros en cambio una incorruptible” (1 Cor 9, 25). En estas palabras encontramos los elementos para delinear no solo una *antropología*, sino una *ética del deporte* y también una *teología*, que haga resaltar todo su valor.

El deporte es, ante todo, valorización del cuerpo, esfuerzo para conseguir las condiciones somáticas mejores, con notables consecuencias de gratificación psicológica. Nosotros sabemos por la fe cristiana que, en virtud del bautismo, la persona humana, en su totalidad e integridad de alma y cuerpo, se convierte en templo del Espíritu Santo: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio (esto es, con la sangre de Cristo Redentor). Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Cor 6, 19 s.).

El deporte es lucha, competición para adjudicarse una corona, una copa, un título, un primado. Pero sabemos por la fe cristiana que vale más la "corona incorruptible", "la vida eterna", que se recibe de Dios como don, pero que es también el término de una conquista cotidiana en el ejercicio de las virtudes. Y si hay una emulación realmente importante, según San Pablo, es ésta: "Aspirad a los mejores dones" (1 Cor 12, 31), es decir, a los dones que sirven mejor para el crecimiento del reino de Dios en vosotros y en el mundo!

El deporte es alegría de vivir, juego, fiesta, y como tal debe ser valorizado y tal vez rescatado hoy de los excesos del tecnicismo y del profesionalismo mediante la recuperación de su gratuidad, de su capacidad de estrechar vínculos de amistad, de favorecer el diálogo y la apertura de los unos hacia los otros, como expresión de la riqueza del ser más válida y apreciable que aquella del tener, y por lo tanto muy por encima de las exigentes leyes de la producción y del consumo y de cualquier otra consideración puramente utilitarista y hedonista de la vida.

5. Todo esto, queridísimos amigos, logra su plenitud en el *Evangelio del amor*, que hemos oído proclamar con las palabras de Jesús, referidas por San Juan, y que se resume en un mandamiento solo: ¡Amad! Jesús insiste: "Permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Esto os lo digo para que yo me goce en vosotros y vuestro gozo sea cumplido... "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado... Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca. "Esto os mando: que os améis unos a otros" (Jn 15, 9-17).

En esta ocasión tan singular y significativa, como es nuestro encuentro de hoy, quiero daros a todos, y especialmente a los más jóvenes, este mensaje, esta llamada, este mandamiento de Cristo: ¡Amad! ¡Amad! Permaneced en el amor de Cristo y ampliad vuestros corazones de hermanos a hermanos! ¡Este es el secreto de la vida, y también la dimensión más profunda y auténtica del deporte!

A todos quiero deciros también: ¡En este tiempo tan maravilloso y atormentado, comprometeos en construir una cultura del amor, una civilización del amor! ¡Podéis contribuir a esta construcción con el deporte y con toda vuestra conducta, con toda la lozanía de vuestros sentimientos y con toda la seriedad de la disciplina en la que también el deporte puede educaros! ¡Vivid como hombres que permanecen entre sus amigos y hermanos incluso cuando competís por la "corona" de una victoria terrena! ¡Estrechad vuestras manos, unid vuestros corazones en la solidaridad del amor y de la colaboración sin fronteras! ¡Reconoced en vosotros mismos, los unos en los otros, el signo de la paternidad de Dios y de la hermandad en Cristo!

Tengo confianza en la sinceridad de vuestra fe y de vuestra voluntad; tengo confianza en vuestra juventud, tengo confianza en vuestro propósito de comprometeros, por encima del deporte, en la salvación del hombre contemporáneo, en la llegada de esos "cielos nuevos" y de esa "tierra nueva" (2 Pe 5, 13), a la que tendemos todos con el ardor de la esperanza cristiana.

¡Sé que la Iglesia, no menos que vuestras patrias, puede contar con vosotros!

Tenéis modelos donde inspiraros. Pienso, por ejemplo, en Pier Giorgio Frassati, que fue un joven moderno, abierto a los valores del deporte —era un valiente alpinista y un azeado esquiador—, pero supo dar, al mismo tiempo, un valiente testimonio de generosidad en la fe cristiana y en el ejercicio de la caridad para con el prójimo, especialmente para con los más pobres y los que más sufrían. El Señor lo llamó a Sí cuando sólo tenía 24 años de edad, en agosto de 1925; pero él sigue muy vivo entre vosotros con su sonrisa y su bondad, para invitar a sus coetáneos al amor de Cristo y a la vida virtuosa. Después de la primera guerra mundial, él escribía

así: "Con la caridad se siembra en los hombres la paz, pero no la paz del mundo, sino la verdadera paz que sólo nos puede dar la fe de Cristo, hermanándonos". Os dejo como programa estas palabras suyas, juntamente con su amistad espiritual, a fin de que en todo lugar de la tierra seáis también vosotros portadores de la verdadera paz de Cristo.

Deseo que caminéis hacia tiempos nuevos con ese "corazón nuevo", que cada uno de vosotros habrá podido realizar en sí en este Jubileo de la Redención, como un don de gracia y una conquista de amor. Amen!

DISCURSO AL COMITÉ OLÍMPICO NACIONAL ITALIANO

17 de enero de 1985

Distinguidos señores:

1. Me complace en saludar hoy en vosotros muy cordialmente a los dirigentes y operadores centrales del deporte italiano, dedicados a diario a la tarea nada leve de difundir la idea y práctica deportiva en el ámbito del territorio nacional italiano.

Tengo todavía ante mi mente el espectáculo del 12 de abril pasado en el Estadio olímpico, rebotante de jóvenes de todas las partes del mundo reunidos allí, para celebrar el Jubileo de la Redención. Fue una de las manifestaciones del Año Santo más peculiares, cargada de entusiasmo, esperanza y fe.

En dicha ocasión tuve la posibilidad de lanzar un mensaje a todos los deportistas para invitarles a trabajar en la construcción de una nueva civilización basada en el amor, la solidaridad y la paz. En la misma ocasión, los de la dirección del CONI suscribisteis el *Manifiesto del Deporte*, comprometiéndolos a asumir los principios y valores contenidos en él, a fin de que la actividad deportiva sea verdadero instrumento de reconciliación y de paz para los hombres y el mundo.

Vuestra presencia hoy aquí se enlaza con aquel acontecimiento. Habéis solicitado esta visita porque habéis asumido de nuevo y queréis lanzar otra vez dicho llamamiento en el Año Internacional de la Juventud, obedeciendo a vuestro deseo de extender por doquier vuestra aportación específica de ideas e iniciativas.

Pues bien, a la vez que os estímulo a llevar adelante vuestros propósitos, quiero reiterar de nuevo mi aprecio por los valores positivos del deporte entendido en sus contenidos más auténticos, sin las degeneraciones, que son tan fáciles, de considerarlo fin en sí mismo o también instrumentalizarlo en un sentido determinado.

2. Por el esfuerzo que exige para obtener condiciones físicas ideales, de por sí la actividad competitiva es ante todo valorización del cuerpo, bienestar y cuidado de la salud. Por el tesón que implica sacrificio, tenacidad, disciplina y dominio propio con vistas a la prospectiva concreta de victoria, es también entrenamiento de la voluntad y escuela continua de formación humana y de madurez personal.

Además el deporte, por desenvolverse generalmente en forma de competición de equipos, es asimismo adiestramiento en el espíritu de colaboración, solidaridad, lealtad, sinceridad y hermandad, y también palestra de virtudes humanas, que constituyen la base de la vida cívica; en una palabra, es escuela de educación social.

Ya desde el tiempo de las primeras competiciones olímpicas de la antigua Grecia, el deporte contribuía a alimentar el amor a la patria y a mantener vivos los vínculos de los ciudadanos lejanos con su tierra. Hoy, al haberse transformado en fenómeno extendido a nivel internacional, y gracias a las ocasiones frecuentes de encuentros entre pueblos de diferente estirpe, el deporte es un coeficiente de amistad sin fronteras, de convivencia por encima de las lenguas, de armonía en nombre de valores comunes, y un elemento seguro de pacificación universal.

Precisamente pensando en el Año Internacional de la Juventud, al celebrar la XVIII Jornada Mundial de la Paz he querido destacar el binomio paz y jóvenes: “La paz y los jóvenes caminan juntos”. Los jóvenes quieren ser, con razón, protagonistas del futuro y construir una civilización

nueva centrada en la solidaridad fraterna. Pues bien, ya tienen en la mano uno de los instrumentos válidos y convincentes. El deporte, que en gran parte es practicado por jóvenes, constituye un factor no despreciable de paz en la edificación de la nueva sociedad.

3. Pero tengo interés en añadir enseguida que la empresa será más factible y eficaz si crece debidamente el número de protagonistas jóvenes capaces de vivir valores todavía más altos e imbuir su actividad deportiva de tesón sinceramente espiritual.

Entonces, además de ser factor de educación humana y social, la competición deportiva se transformará en ejercicio de virtudes cristianas y escuela de educación religiosa, es decir, del hombre en su totalidad. A la perspectiva de alcanzar cuotas nuevas y más ambiciosas que somete las capacidades físicas al esfuerzo de conseguir óptimas condiciones, se une el gozo interior de glorificar a Dios en el cuerpo, como dice San Pablo (cf. 1 Cor 6, 20).

Y entonces, con la madurez de los hombres, se obtiene también la madurez de los creyentes. La vida, enriquecida con valores sobrenaturales, se transforma en respuesta al designio de Dios y digna de ser vivida en plenitud.

De este modo se ofrece a la sociedad moderna el don de una juventud, que es a un tiempo esperanza y fundamento de una civilización mejor.

Con estos votos y mis mejores deseos de feliz año, os reitero mi saludo y lo acompaño con mi bendición.

DISCURSO A LOS MIEMBROS DEL EQUIPO CICLISTA ESPAÑOL «ZOR»

10 de junio de 1985

Es para mí motivo de viva satisfacción recibir en esta mañana a los miembros del equipo ciclista español —ZOR, junto con sus técnicos y demás personas que les acompañan y asisten.

A todos y a cada uno de vosotros, así como a los compañeros españoles del deporte que representáis, quiero reservar un cordial saludo.

La práctica del deporte en su sentido más noble y auténtico trae siempre a la memoria el ideal de virtudes humanas y cristianas que, no solamente contribuyen a la formación física y psíquica, sino que también inician y estimulan a la fuerza y a la grandeza moral y espiritual. El deporte, vosotros lo sabéis bien, es escuela de lealtad, de coraje, de tolerancia, de ánimo, de solidaridad y espíritu de equipo. Todas estas virtudes naturales son, con frecuencia, como el soporte en que se asientan otras virtudes sobrenaturales.

En vuestra vida como profesionales del ciclismo y en vuestros quehaceres familiares y sociales, no olvidéis de poner en práctica ese cúmulo de pequeñas o grandes acciones de autodomínio, simplicidad, honestidad y respeto del otro, que se aprenden en la actividad deportiva. Evitad todo lo que sea deslealtad, ventajismo y juego sucio, pues ello degrada vuestra profesión y hace desmerecer a los ojos de Dios.

Con San Pablo os digo: Corred así para ganar (1 Cor. 9, 24); pero, también con el Apóstol, os recuerdo que como creyentes habéis de ser deportistas que corren para ganar la corona que no se marchita (Cf. ibid. 9, 25).

Y, ya para terminar, quiero agradeceros vuestra presencia y los obsequios que simbolizan vuestra actividad ciclista y que habéis querido presentar como acto de homenaje y cercanía al Sucesor de Pedro.

Mientras ruego al Señor que derrame sobre todos vosotros los aquí presentes, sobre vuestras familias y vuestros compañeros de profesión abundantes dones que os sostengan en vuestra vida deportiva y cristiana, me complazco en impartir con afecto la Bendición Apostólica.

.

DISCURSO A LOS CAMPEONATOS EUROPEOS PARA INVIDENTES
“Problemas, Alegrías y Esperanzas en el Camino de la Vida”

14 de septiembre de 1985

[L'Osservatore Romano, Edición en lengua española, 22 de diciembre, 1985, p. 18]

Juan Pablo II recibió a los invidentes participantes en los campeonatos europeos de atlética ligera y de natación. La audiencia tuvo lugar en el palacio pontificio de Castelgandolfo, la mañana del 14 de septiembre. El Papa les habló en francés e inglés. Junto con el grupo de atletas ciegos se hallaban numerosos dirigentes de las instituciones deportivas internacionales, entre ellos el presidente de la Federación internacional de Ciegos, el presidente de la Federación europea y de la italiana, así como el presidente de la Federación internacional de Atlética ligera, que dirigió al Papa unas palabras de saludo.

Señor Presidente del Comité organizador de los Campeonatos europeos para invidentes, queridísimos jóvenes atletas y deportistas, y vosotros todos los acompañantes, organizadores y asistentes a este encuentro internacional:

1. Sed bienvenidos a este encuentro, que es para mí motivo de alegría y al mismo tiempo de conmoción. He acogido con placer vuestra petición de poderme visitar con ocasión de vuestra presencia en Roma. Nosotros nos miramos los unos a los otros prevalentemente con los ojos del espíritu y esto intensifica el significado de la actual audiencia, aumentando con la emoción, el común afecto y la espontánea amistad.

2. He advertido en la pancarta de vuestras competiciones estas palabras que me han conmovido profundamente: "No ver no significa no amar; no ver no significa cerrarse en sí mismos; no ver no significa no gozar de las bellezas de la vida; no ver no significa no poder practicar el deporte". Estas palabras son un mensaje, dirigido como un fuerte reclamo rico de esperanza a todos aquellos que no ven; pero son también una comprometadora advertencia para todos aquellos que ven y que entran en contacto con vosotros en las múltiples circunstancias de la vida cotidiana.

Palabras importantes, porque hacen una llamada a quienquiera que tenga el don de la salud, de la vista, de la eficiencia, para que comprenda que dentro de cada hombre, portador de cualquier limitación operativa, hay siempre una persona humana, hay un corazón humano con todas las riquezas de una individualidad que debe ser no sólo respetada, sino también ayudada a desarrollarse según las dotes e inclinaciones propias, para su bien y para el provecho de toda la comunidad.

Tales palabras afirman, y justamente, que, aun no viendo, vosotros habéis desarrollado las otras capacidades sensoriales en modo tal que, no cerrándoos a las relaciones humanas, más bien os abrísteis al contacto con los otros bajo ciertos aspectos más profundos y más intensos. La percepción más atenta de los estímulos que provienen del exterior y, en particular, el afinamiento del oído, os permiten coger los más profundos matices de un discurso, haciéndoos capaces del valor de los sonidos por la orientación y el conocimiento del ambiente que os rodea. Las competiciones que estáis realizando son prueba de esto y demuestran de manera excelente qué metas estáis en grado de conseguir.

3. Queridos jóvenes atletas y los que os acompañan, os saludo hoy con gran afecto. Aunque vuestras actividades deportivas son muy sorprendentes para la gente no acostumbrada a seguirlas, ellas tienen un significado muy profundo: son un signo de vuestras grandes capacidades humanas. Vosotros no os permitís ser superados por las dificultades, sino que estáis decididos a vencerlas. En esto manifestáis valor y grandes dotes de entendimiento y de voluntad.

El hombre ha recibido de Dios muchos talentos y vosotros demostráis que sois conscientes de estos talentos y que podéis usarlos con distinción y determinación. La práctica del deporte en vuestra particular situación expresa no sólo una necesidad natural para la actividad física, ni está meramente enlazada con el instinto espontáneo para la competición amistosa. También manifiesta vuestras habilidades humanas y la riqueza de unas capacidades que están a vuestro dominio. En este sentido decís al mundo que hay muchas metas que vosotros también podéis alcanzar en vuestras actividades sociales.

4. En los escritos del Nuevo Testamento la vocación cristiana es comparada frecuentemente a un camino o a un viaje. Vosotros conocéis por experiencia qué problema tienen aquellos que actualmente no pueden ver qué camino tomar. Per cada uno sabe que cuando el camino a tomar no consiste en pasos sino en una elección que dará significado a toda la vida, hay una perspectiva muy diferente que es necesaria. El poder del razonamiento y la reflexión, el propio uso del juicio, la sabiduría del corazón: éstos son los dones que os guían a lo largo de las sendas del compromiso de la vida. Con silenciosa dignidad vosotros podéis ofrecer una gran lección, un signo vigoroso. Sois a la gente entre la que vivís, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que a menudo están descontentos y profundamente turbados en su interior. Á ellos vosotros podéis señalar la recta dirección sobre el camino de la vida. Podéis manifestar en un sentido convincente que una persona no se empobrece cuando, guiada por la voz de Dios, él o ella saben cómo alcanzar metas y logros decisivos. Esto exige una actitud de fe, fundada sobre la palabra del Señor, una fe que verdaderamente sabe cómo escuchar. Vosotros sois magníficos oyentes, y sabéis que es precisamente por medio de la palabra como Dios viene a vuestro encuentro. Dais al mundo el precioso y significativo ejemplo de personas que saben cómo prestar atención a las indicaciones de la voz interior de Dios.

Así, extendiendo la gran riqueza de vuestra humanidad, seréis capaces de mostrar a todo el que se encuentre con vosotros que una grandeza de espíritu y una atenta capacidad de escucha es el camino correcto para descubrir en las profundidades del alma la luz que ilumina a todo el que se mueve dentro del mundo (cf. Jn 1, 9).

5. Finalmente, una palabra a los que acompañáis y asistís a estos jóvenes. Vosotros ayudáis a vuestros amigos impedidos visualmente a descubrir y a realizar su potencial, los animáis a tener la fortaleza y confianza para aplicar su propia responsabilidad en todas las actividades de las que son capaces. Sois quienes los guiáis a la completa realización de sus capacidades humanas. Vuestro trabajo engendra una honda amistad entre vosotros, y esto va acompañado por una diligencia generosa y un fuerte interés de los unos para los otros. Yo os doy gracia, y os felicito por el éxito que vosotros conseguís; os doy gracias especialmente por esa gran alegría, bienestar y seguridad que conseguís infundir en vuestro; amigos ciegos.

Y ahora, como garantía de mi profundo afecto, invoco sobre vosotros, mis hermanos y hermanas, y sobre vuestros seres queridos y todos aquellos que os dan su cuidado amoroso, las abundantes bendiciones de Dios Todopoderoso.

Deseo añadir una última palabra para los atletas que participan en el III Trofeo de! Maratón Europeo. Os agradezco vuestra visita, y quisiera recordaros que siendo jóvenes intentéis buscar el camino recto para la propia vida, un camino que hace posible llevar a cabo los compromisos personales a través de la verdad subsiguiente, la justicia y el servicio del bien común. Tened presente esta idea mientras corréis en vuestra larga carrera, y que Dios os bendiga.

DISCURSO A LA FEDERACIÓN CATÓLICA DE EDUCACIÓN FÍSICA Y DEPORTIVA (FICEP)

3 de abril de 1986

Egregios señores:

1. Me alegra poder encontrarme con vosotros, participantes en la asamblea de la Federación católica de educación física y deportiva, que celebra en Roma el LXXV aniversario de su fundación.

Saludo a los presidentes y a los miembros de las diversas delegaciones nacionales, con los representantes de las distintas asociaciones miembros del movimiento de la FICEP. He notado que están enumerados aquí casi todos los Estados europeos, lo cual es signo de la vitalidad de la asociación y de su significativa presencia en el ambiente deportivo a través de los distintos organismos nacionales.

Me alegro con vosotros de la obra de formación humana y espiritual que, fieles a los objetivos institucionales de la Federación, intentáis realizar en el mundo del deporte. Ya desde 1906 la Federación pretendía reagrupar todas las fuerzas católicas para promover la sana educación física, junto con la religiosa y moral. Habéis mantenido la fe en este compromiso, que constituye vuestra razón de ser y el objeto específico de vuestro apostolado. Habéis sido fieles a vuestra misión en los años transcurridos y queréis serlo también hoy, en el complejo mundo deportivo contemporáneo, que se ha convertido en un fenómeno social de gran trascendencia e interés. Deseo animar la obra educativa y social realizada por todos vosotros, cuando intentáis difundir el verdadero sentido del deporte, no sólo en el mundo de las competiciones y de las exhibiciones deportivas, sino además en la práctica más común del deporte, es decir, en la actividad que desarrolla cada persona con el fin de lograr habilidad y eficacia física en el propio organismo para el bien de toda la persona.

2. Como afirmé con ocasión del Jubileo de los Deportistas, la Iglesia reconoce la dignidad fundamental del deporte en su intrínseca realidad en cuanto contribución a la formación del hombre y componente de su cultura y civilización (cf. L'Osservatore Romano, Edición en Lengua Española, 22 de abril de 1984, pág. 9). La verdad de este aserto se evidencia aún más en nuestra época, en la que la actividad deportiva parece haberse convertido en un hecho más común e incluso necesario. Algunas exigencias de la vida moderna y de la actividad del trabajo, tales como las estructuras domésticas de las grandes aglomeraciones urbanas, multiplican, en efecto, las circunstancias en que se hace necesario encontrar tiempo libre para ejercitar la fuerza y la destreza, la resistencia y la armonía de movimientos, con el fin de obtener o garantizar la eficacia física necesaria para el equilibrio global del hombre. En este contexto aparecen con mayor claridad los valores humanos del deporte, como momento importante del uso del propio tiempo, porque en él el hombre adquiere mayor dominio de sí y ejerce una expresión más adecuada de dominio de su inteligencia y de su voluntad sobre el propio cuerpo. De aquí nace una actitud serena de respeto, estima recuperación de la actividad deportiva y, en consecuencia, su consideración como un posible momento de elevación.

Considerad vuestra misión como un importante compromiso por lograr que con la multiplicación de la práctica del deporte a nivel colectivo, se realice también, por así decir, una "redención" del fenómeno deportivo, según los principios que la Iglesia ha proclamado siempre. Todo deportista tienda a obtener, con el dominio de sí mismo, aquellas virtudes humanas básicas que constituyen una personalidad equilibrada y que desarrollan además "una actitud agradecida y humilde hacia el Dador de todo don y, por tanto, también de la salud física, abriendo así el alma a los grandes horizontes de la fe. El deporte practicado con sapiencia y equilibrio asume entonces un valor ético y formativo y es palestra de virtudes válidas para la vida" (Discurso a los participantes en los Juegos nacionales italianos de la Juventud, 9 de octubre de 1982).

3. Conviene subrayar que una auténtica formación humana y cristiana de los deportistas se convierte indirectamente en instrumento de educación en un plano social más amplio. Es bien conocido el interés que existe actualmente por el atletismo y por aquellas actividades deportivas que se han convertido en espectáculo. Tales actividades ocupan gran parte del tiempo libre y del entretenimiento de la población actual. No se trata, obviamente, de un fenómeno nuevo, pero es evidente que los medios de comunicación social han convertido hoy los hechos deportivos en algo tan universalmente conocido que hacen de ellos un paradigma de la psicología de masas, exaltando la emotividad de los sujetos y difundiendo en los espectadores consiguientes expresiones de emulación.

Ahora bien, si el deporte se practica incluso en el contexto del atletismo, como una oportunidad para exaltar la dignidad de la persona, puede convertirse en un vehículo de fraternidad y de amistad para todos aquellos que siguen los acontecimientos deportivos. Quien asiste a una manifestación deportiva, la vive en cierto modo, participa del espíritu que la determina, nota sus efectos.

En estas circunstancias no debería prevalecer la exaltación de la fuerza y mucho menos el empleo de la violencia, cuando la manifestación deportiva se convierte en ocasión para descargar agresividades latentes de algunos individuos o grupos. También el espectador debe saber respetar la regla fundamental del deporte en cuanto confrontación leal y generosa, lugar de encuentro, vínculo de solidaridad.

Considerad a este respecto la importancia que tiene al formar profesionales del deporte capaces de testimoniar en cualquier circunstancia los valores auténticos de la competitividad sana y correcta. Todo "campeón" es en cierto modo un modelo hacia el que los jóvenes manifiestan una gran sensibilidad; ahora bien, si en la juventud se difunde el sentido de la igualdad y de la amistad, si en las competiciones prevalece la lealtad en las relaciones, la serenidad en las actitudes, si, en una palabra, se saben respetar siempre los valores fundamentales de la persona humana, fin y medida de toda actividad deportiva, el deporte puede contribuir a difundir en las mismas masas de espectadores un espíritu más auténtico de fraternidad y de paz.

4. Como veis, vuestro compromiso en favor de una formación ética en el ambiente deportivo tiene un alcance cada vez mayor y se revela cada vez más válido e interesante. Os deseo que continuéis realizando eficazmente, con la ayuda de Dios, la tarea que habéis asumido como misión.

El misterio pascual que celebramos en estos días sea para vosotros motivo de inspiración y de esperanza. Vosotros intentáis, en efecto, que el hombre se renueve continuamente en el bien y sea capaz de orientar su vida hacia "una esperanza viva, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible". (1 Pe 1, 3-4).

Con estos sentimientos deseo impartir a todos vosotros y a vuestras asociaciones mi bendición apostólica.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL CAMPEONATO INTERNACIONAL DE TENIS “El Deporte, instrumento de reconciliación y vínculo de unidad”

15 de mayo de 1986

[L'Osservatore Romano, Edición en lengua española , 24 de Agosto, 1986, p. 11]

Queridos amigos:

1. Me complace encontrarme con vosotros, los directivos de la Federación Internacional de tenis y los participantes en la 43rd Edición del campeonato internacional de tenis de Italia. Os recibo gustosamente en el Vaticano y espero que vuestra visita por un momento de renovación espiritual sea medio de los intensos esfuerzos físicos que os exige el presente campeonato. Os «licito por la excelencia de los logros en nuestro deporte y expreso la esperanza de que consideréis siempre vuestra habilidad como un don del mismo Dios. Para mí constituye siempre un placer encontrarme con grupos de atletas de diferentes países y continentes. Tanto la práctica del deporte como la sana competitividad que la acompaña comporta una serie de valores preciosos que pueden contribuir muchísimo a la elevación del individuo y a la edificación de una sociedad basada en el respeto mutuo, la confianza y la auténtica paz.

2. En diversas ocasiones he hablado públicamente del deporte, presentándolo como un verdadero instrumento de reconciliación en el mundo. Procedéis de numerosos países; vuestra presencia aquí es un símbolo elocuente del poder que tiene el deporte para crear vínculos de unidad. El deporte reúne a las personas. Las competiciones de atletas son un lenguaje internacional que traspasa inmediatamente las fronteras de la nación, la raza o las convicciones políticas. Y todo ello a condición de que los hombres y mujeres que se hallan involucrados en el deporte especialmente en el internacional, fomenten los valores positivos inherentes en el mismo, sin permitir que degeneren a causa del excesivo interés por ventajas puramente materiales o a causa de una subordinación indebida a ideologías partidistas.

Por vuestra parte, practicáis un deporte muy competitivo; el alto grado de aptitudes físicas, autocontrol, disciplina y sacrificio que requiere puede convertirlo en una escuela verdaderamente efectiva de madurez humana y social. Como grupo, os encontráis entre los mejores jugadores de tenis. Con mucha frecuencia sois el centro de la opinión pública. Tenéis por ello una responsabilidad, sobre todo entre

la gente joven y los niños que os miran como ejemplos; dicha responsabilidad os compromete a ofrecer altos ejemplos de deportividad y excelencia personal. Los ideales del juego limpio; la honestidad, la amistad, la colaboración y el respeto mutuo, que son parte integrante del deporte, constituyen elementos importantísimos en el edificio de la nueva civilización de paz, a la que aspiran tan ardientemente los jóvenes del mundo. Me gustaría muchísimo que mis palabras os animaran a seguir este camino.

3. Espero que sepáis que el Nuevo Testamento recurre al ejemplo del atleta para ilustrar un aspecto muy profundo de la existencia humana. San Pablo escribe: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren pero uno solo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis" (1 Cor 9, 24). En cierto sentido, ésta es vuestra experiencia diaria en el tenis.

Pero San Pablo se refiere al reto que supone dar un sentido definitivo a la vida misma. Se trata de un reto que se le plantea a cada individuo y a la humanidad en su conjunto. En una época como la nuestra en la que se está perdiendo la esperanza y existe tanta confusión sobre el objetivo y el sentido de la vida, ¿no pueden los valores que encierra el deporte abrir nuevos horizontes de humanismo y solidaridad a amplios sectores de la juventud del mundo? ¿No es posible imaginar que los campeones en los distintos campos del deporte se entreguen a dar un testimonio vivo y convincente de la hermosura y la dignidad de esos valores? ¿No seréis capaces vosotros mismos de poner vuestros talentos y vuestro liderazgo al servicio de la paz, la dignidad humana y una felicidad auténtica?

En esta, línea —por utilizar otra imagen de San Pablo— daréis gloria al Dios Creador con vuestros logros, incluyendo los que conseguís en el terreno deportivo (cf. 1 Cor 6, 20).

Queridos amigos: estad seguros de mis oraciones por vuestra felicidad personal y espiritual. Os rogaría que transmitierais mis saludos a vuestras familias y amigos. Y que Dios Todopoderoso os bendiga y os proteja siempre.

HOMILIA DURANTE LA MISA EN EL ISTITUTO DON ORIONE CON MOTIVO
DE LA INAUGURACION DE LAS OLIMPIADAS DE LOS MINUSVALIDOS
“Ser cristianos, portadores de vida”

8 de junio de 1986

[L'Osservatore Romano, Edición en lengua española, 15 de Junio de 1986, p. 8]

“¿No saben que en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio? Corred, en tal modo que lo alcancéis!” (1 Cor 9, 24).

1. Son estas las palabras que hemos escuchado en la segunda lectura de la celebración de la eucaristía. San Pablo dirigiéndose a los cristianos del Corinto, que tenían una cierta familiaridad con los juegos istmicos, les exhortaba a llevar una vida valiente, sobria y ascética como los atletas, pero con la diferencia que éstos lo hacían por “una corona corruptible”, mientras los cristianos por una “corona incorruptible”, es decir eterna.

Ser cristiano nos quiere decir parecer como los atletas que corren para llegar primero, para “estar a la los mejores tiempos”, como decía.

Ser los primeros no es, sin embargo buscar los primeros puestos y honores, sino tomar antes que nada la consciencia de la propia responsabilidad de creyentes delante del mundo que espera con ansiedad “la revelación de los hijos de Dios” Rm 8, 19). En efecto, este no es capaz de dar por sí mismo un sentido a las vicisitudes de la vida humana y espera que aquéllos a los que “se han revelado los misterios del Reino de Dios” (Mt 13, 11), lo anuncien con la fuerza, la alegría y la credibilidad que ha dado el Espíritu Santo. Por eso el cristiano no puede renunciar a ser hombre de vanguardia, atento a interpretar los “signos de los tiempos” (Mí 16. 13) y a ofrecélas respuestas más adecuadas.

Como hemos escuchado, el cristiano es un hombre que corre para conquistar el premio incorruptible.. Así, el compromiso de los creyentes debe distinguirse, por su calidad y profundidad, de una acción genérica en favor del progreso social. Sabemos que la meta última de nuestra existencia, hecha posible por la iniciativa gratuita de Dios que se ha inclinado sobre nuestra pobreza, es la vida eterna, la plenitud de la vida, la plenitud de la comunión gozosa con El. Los cristianos “morán en la tierra, pero son ciudadanos del cielo” (Ad Diogn. V, 9).

Esta es la certeza que acredita toda nuestra acción y le confiere perenne novedad, posibilidad de redención y auténtica libertad de espíritu. De estos grandes valores hemos de ser testigos ante el mundo, conforme a nuestra vocación bautismal. Pero este testimonio exige —como ha recordado el Apóstol— seriedad, espíritu de sacrificio, constante empeño en anunciar con la vida lo que decimos con las palabras, sabiendo que todos “tendremos un juicio muy severo” (Sant 3, 1), si no somos, cada uno en su propia vida de los creyentes. En efecto, ésta exige generosidad, abnegación, concordia, coraje: ideales que veo expresados de modo muy particular en competiciones de alto valor formativo como vuestros “Campeonatos italianos deportivos de nos deportivos para minusválidos”. Estos os permiten profundizar los vínculos de solidaridad que os unen como hermanos, redescubrir la belleza del gesto de verdadera amistad entre participantes, sin que sea obstáculo la diferencia de naciones, de fe o de cultura. Y cuando todo esto sucede en el signo de Cristo, se ofrece claramente la posibilidad de testificar que hay un modo cristiano de ser atletas y hay un modo cristiano de ser hombres.

2. He venido muy a gusto a estar con vosotros, atletas reunidos de muchas ciudades italianas, para celebrar la Eucaristía y para inaugurar oficialmente la novena edición de los "Campeonatos italianos deportivos para minusválidos". Me da alegría estar aquí en una ocasión tan importante, que muestra un acuerdo tan singular de solidaridad y de testimonio por parte de todos vosotros. Saludo con vosotros a las autoridades presentes, de modo particular al alcalde de Roma, hon. Nicola Signorello, y a todos los que han organizado y patrocinado estas Olimpiadas de la solidaridad. De manera especial saludo a la "Polideportiva don Orione", que, nacida en este "Centro don Orione", ha seguido la enseñanza evangélica del fundador, que mira hacer propias las exigencias de los jóvenes y darles con el deporte una fecunda educación humana y cristiana.

Saludo a monseñor Fiorenzo Angelina, Pro-Presidente de la Pontificia Comisión para la Pastoral de los Agentes sanitarios, y saludo también cordialmente al director general de la Pequeña Obra de la Divina Providencia, don Ignazio Terzi, y a todos los miembros de esta benemérita congregación, que se inspira en la obra y enseñanzas del Beato Luis Orione, apóstol intrépido de la juventud y artífice infatigable de bien entre los pobres más pobres. Como hace un momento ha querido recalcar el mismo director general, la familia religiosa "orionina" se caracteriza por un especial compromiso de fidelidad y de total disponibilidad a la Iglesia y al Sumo Pontífice. Al recalcar este espíritu eclesial que impregna a la familia de don Orione, me es grato advertir que este carisma hoy se ejercita a través de múltiples actividades e iniciativas de promoción humana y de asistencia a los jóvenes, a los enfermos, a los ancianos, a los minusválidos y a todos los acogidos por vuestras instituciones en Italia y fuera.

También los campeonatos que hoy se inauguran entran de lleno en el marco general de las iniciativas de promoción que realiza vuestra congregación. Sean éstos no sólo competición agonística, sino sobre todo fiesta de la amistad, de la lealtad, del compromiso de superar victoriosamente toda situación de marginación. Expreso también el deseo de que la "Polideportiva don Orione", la cual, animada por la ayuda activa de tantas personas, intenta construir un "Centro deportivo permanente para minusválidos", sea una asociación acogedora y abierta a todos. Con este fin bendeciré con gusto la primera piedra al término de esta celebración. Este centro deportivo que surgirá como recuerdo de la novena edición de estos campeonatos, será un testimonio vivo de amor gratuito y apasionado, y de solidaridad activa y gozosa de la que don Orione es testigo y maestro.

3. La antorcha que ha sido encendida como signo de la apertura de los juegos podemos considerarla también como símbolo de Cristo que, resucitando, nos ha dado la vida. Es éste el tema del fragmento del Evangelio según Lucas que hemos escuchado. Este, al narrar la resurrección del hijo de la viuda de Naín, da a Jesús por anticipado el título post-pascual de "Kyrios", "Señor", que ha vencido la muerte y que da a los creyentes el Espíritu para que su vida refleje como espejo su gloria (2 Cor 3, 18). También hoy Cristo Resucitado nos vuelve a decir:

“¡Levántate!”. Este es el anuncio eficaz de la resurrección, la definitiva proclamación del amor de Dios por la vida. Esta es la admirable y excelente posibilidad de dejarnos iluminar por la luz de Cristo. Este es el momento para alegrarse de un Dios que —como hemos escuchado— se ha

compadecido del hombre (Le 7, 13), ha preparado "su salvación para todos los pueblos" (Le 2, 34) y ha hecho a la Iglesia responsable del anuncio de Reino de Dios.

¡Levántate! Cuántas veces y en cuántas ocasiones los hombres necesitan que se les repita esta invitación. Levántate tú que estás desilusionado, levántate tú que ya no tienes esperanza, levántate tú que te has acostumbrado a una vida gris y ya no crees que se pueda conseguir algo nuevo: levántate, porque Dios va a hacer "nuevas todas las cosas" (Ap 21, 5). Levántate tú que te has acostumbrado a los dones de Dios, levántate tú que has olvidado la capacidad de maravillarte, levántate tú que has perdido la confianza de llamar a Dios "abba", "papá": levántate y vuelve a estar lleno de admiración por la bondad de Dios.

Levántate tú que sufres, levántate tú, a quien la vida parece haberte negado mucho, levántate cuando te sientas excluido, abandonado, marginado: levántate porque Cristo te ha manifestado su amor y tiene reservada para ti una inesperada posibilidad de realización y de solidaridad. ¡Levántate! Y como el niño de Naín empezará a hablar (Le 7, 4) y tu voz podrá "dar gracias por siempre" (Sal 30/29, 13).

4. Vuestra presencia, amadísimos atletas, es verdaderamente un signo de esperanza y el testimonio más creíble de que las posibilidades de la vida son inagotables, de que nada "nos podrá separar del amor de Cristo" (Rom 8, 35). Lo demuestra vuestro empeño, vuestro coraje, vuestra tenacidad y la voluntad de no resignaros a ocupar en la sociedad una posición subalterna y marginal. Queréis que vuestra dignidad se reconozca. Y sabed que Dios siempre se ha puesto de vuestra parte: El siempre ha estado con los pobres, los que sufren, los afligidos. Al hacerse hombre ha proclamado su bienaventuranza como primer anuncio de la nueva lógica del Reino de Dios. Al hacerse hombre ha seguido sus huellas hasta el final, aceptando la mayor desgracia de la humanidad: la muerte y la muerte de cruz.

De este modo El ha mostrado como el dolor, si se vive a la luz de la cruz, puede hacerse salvífico y fecundar la historia del mundo y de la vida de todo hombre.

Este es el camino por el que, junto a los interrogantes más esenciales y angustiosos, pasan las más inesperadas y maravillosas gracias divinas. Al cristiano no se le quita la cruz, pero se da a ella un sentido: asociada al misterio de la redención se hace anuncio de Cristo muerto y resucitado. Y si con el Crucificado se recorre el camino del sufrimiento, con El se recorrerá también el camino de la gloria de la resurrección cuya alegría no es parangonable al sufrimiento del presente (Rm 8, 18). "Alberga la tarde llantos, mas a la mañana está la exultación" (Sal 30/29, 6).

5. Y es precisamente el testimonio de esta certeza lo que quise confiaros, queridos jóvenes. Hace portadores de vida en nuestro mundo tan resignado, envilecido y ofendido. Hacedos humildes, pero fuertes testigos de la vida allá donde están en peligro, despreciada, instrumentalizada, no acogida. Sed apasionados defensores de la paz: porque la paz empieza donde se reconoce un sentido a la existencia humana, donde la persona se abre a la posibilidad de un encuentro con el hermano y sabe reconocerse compañera en el camino por el que nuestros pasos se dirigen bajo la luz misteriosa de Cristo (Le 1, 79). Hacedos vigilantes guardianes de la esperanza, prontos a dar razón de ella a quien os lo pida (1 Pe 3, 15), prontos, como María a acoger la Palabra de Dios que os llama a una existencia responsable, generosa, preciosa, a pesar de algún impedimento. Sed dóciles instrumentos del amor de Dios en esta tierra que si bien a veces no sabe reconocerlo, está

hambrienta y sedienta de Dios. "Y la paz de Dios, que sobrepuja a todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Flp 4, 7).

Antes de la celebración de la Misa, al entregar la antorcha olímpica al joven minusválido que encendió después la llama simbólica del trípode, Juan Pablo II dijo estas palabras:

Queridísimos jóvenes atletas, reunidos aquí de todas las partes de Italia: Os confío esta antorcha, símbolo de los más nobles ideales de las tradiciones olímpicas. Inspirad en el símbolo de esta llama ardiente el impulso de vuestros corazones y el dinamismo de vuestro actuar en los campos de juego y en el estadio de la vida.

Después de la Misa, Juan Pablo II se entretuvo amablemente con todos los presentes, saludando a los jóvenes minusválidos, felicitó a los organizadores de la manifestación y luego cenó en el Instituto don Orione con los religiosos e invitados. Antes de despedirse para regresar al Vaticano, el Papa improvisó las siguientes palabras:

Deseo dar las gracias por esta iniciativa muy especial que nos habla tanto de la índole y la tradición del Beato don Orione y de su familia espiritual. Me alegra mucho mi participación en esta apertura de los juegos olímpicos para los minusválidos y me congratulo con todos por este entusiasmo; a pesar de las enfermedades, a pesar de la invalidez, estos jóvenes muestran gran entusiasmo e incluso obtienen éxitos. Para nosotros, que gracias a Dios somos normales, no tenemos estas enfermedades y no somos inválidos, es también un desafío. Y os damos las gracias, queridísimos hermanos, yo os doy las gracias en nombre de todos, porque vosotros nos dais el ejemplo, el buen ejemplo, de cómo se debe vivir la vida humana con la inspiración cristiana, con inspiración del Evangelio, cómo se debe tratar de vivirla siempre plenamente, en todas las circunstancias. Quiero agradecer esta acogida tan llena de calar, tan llena de sencillez, propio de este espíritu orionino, y doy las gracias a todos aquellos que han participado en este encuentro, en este encuentro de cena, a todos aquellos que han intervenido con la palabra, con los cantos o de cualquier otro modo. Una experiencia específica... Y ahora debemos regresar a casa. Sabemos que una vez que vino don Orione a Roma durmió bajo la columnata de San Pedro; no sabemos si algún descendiente espiritual suyo dormirá también allí.

DISCURSO AL CAMPEONATO DE ATLETICA LIGERA
“El deporte favorece la fraternidad y entendimiento entre los pueblos”

2 de septiembre de 1987

[L'Osservatore Romano, Edición en lengua española, 15 de noviembre de 1987, p. 20]

En los últimos días de agosto y primeros de septiembre, se celebraron en Roma los Campeonatos mundiales de Atletica ligera, que tuvieron una gran resonancia en la prensa mundial. Fue un gran acontecimiento de paz y de fraternidad humana, en el que participaron atletas de 167 naciones. El Papa, que se encontraba en Castelgandolfo, quiso saludarlos y pasar un rato con ellos. Así, les invitó a reunirse en la gran sala del Centro "Mariapoli" que los Focolares tienen en la Villa Pontificia. La audiencia tuvo lugar el 2 de septiembre por la tarde. Se trató de un "encuentro oficial", porque desde el principio figuraba en el programa de este Campeonato mundial, ya que los jóvenes deportistas de los cinco continentes, "aunque pertenecen a ideologías y religiones diversas, han querido manifestar unidos su admiración y gratitud por la obra que el Papa desarrolla para difundir en el mundo sentimientos de amor y de paz entre todos los pueblos". Así se expresó el presidente de la Federación internacional de Atletica ligera, Sr. Primo Nebiolo, que saludó al Romano Pontífice en nombre de los dirigentes del Campeonato y de los dos mil atletas de los cinco continentes que acudieron al encuentro con el Santo Padre. Juan Pablo II se entretuvo largamente con ellos, dialogando y saludando a todos. El presidente entregó al Papa, como recuerdo, una de las medallas de oro que se daban a los vencedores. El Santo Padre pronunció un discurso en 'inglés, con saludos finales en francés, alemán, español, portugués, polaco y ruso. Damos a continuación la versión castellana de todo el discurso.

Queridos jóvenes atletas:

1. Os doy las gracias por esta visita con ocasión de los Campeonatos mundiales de Atletismo que se están celebrando en Roma. Me siento feliz de estar reunido con vosotros y ' daros mi amistosa bienvenida, deseándoos mucho éxito en vuestras exigentes competiciones.

Me alegra saludar y también dar las gracias, especialmente a los miembros del consejo de la Federación atlética amateur internacional, al consejo de la Federación: italiana de Atletismo, a todos los miembros de las organizaciones deportivas internacionales, a los líderes, a los entrenadores y a todos los atletas procedentes de 167 países que están participando en estos campeonatos.

Una palabra especial de bienvenida, motivada por gratos recuerdos de encuentros, parecidos a éste, se dirige a los veteranos del deporte, a los participantes en anteriores competiciones, que han venido a este encuentro para hacer -honor a! deporte y admirar los logros de los nuevos campeones.

También quiero saludar a los periodistas y a los representantes de la prensa y de la televisión, promotores de la información y del interés en el mundo del deporte entre las personas de todas las edades y especialmente entre los jóvenes.

Quiero dar las gracias especialmente al doctor Primo Nebiolo por su amable discurso y por el regalo de la medalla de-oro de los Campeonatos.

2. El encuentro de este año coincide con el setenta y cinco aniversario de la fundación de la Federación internacional de Atletismo amateur. Por ello quisiera expresar cordialmente mis mejores deseos para la Federación y elogiaros por vuestro trabajo. Vuestro objetivo no es sólo

coordinar y desarrollar las disciplinas atléticas dentro de los países miembros, sino tratar de crear, por medio de encuentros deportivos internacionales, oportunidades para favorecer la amistad, la fraternidad y el entendimiento entre los pueblos.

La Iglesia apoya de todo corazón tales iniciativas. El Concilio Vaticano II observa a este respecto que las personas se enriquecen con el entendimiento mutuo, y también “con ejercicios y manifestaciones deportivas que ayudan... a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas clases, naciones y razas” (*Gaudium et spes*, n. 61).

3. Todos sabemos que el deporte es un ejercicio muy disciplinado del cuerpo, humano. Trata de desarrollar las facultades físicas de una persona, tales como la fuerza, la resistencia, la habilidad, que funcionan conjuntamente para lograr una armonía del movimiento y de la acción. Por medio del deporte, tratamos de obtener una superación física, mediante el entrenamiento y la práctica necesarios. El objetivo del deporte es la perfección en un acontecimiento dado, así como la superación de marcas significativas, como ha sucedido ya durante estas competiciones.

Sin embargo, existe otra dimensión en las actividades deportivas. El deporte es también un momento importante para garantizar el equilibrio y el bienestar total de la persona. En una época que ha sido testigo del desarrollo siempre creciente de las distintas formas de automatización, especialmente en los lugares de trabajo, que reduce el uso de la actividad física, muchas personas sienten la necesidad de encontrar formas apropiadas de ejercicio físico que les ayuden a restablecer un sano equilibrio mental y corporal. De aquí nace ese especial interés y atención a los acontecimientos deportivos que hoy atraen grandes masas a las competiciones atléticas de todo tipo.

Este fenómeno os expone a vosotros, atletas, a considerables presiones psicológicas, porque la gente tiende a ensalzarnos como héroes, como modelos humanos que inspiran los ideales de la vida y de la acción, especialmente entre los jóvenes. Este hecho os coloca en el centro de un especial problema social y ético. Sois observados por mucha gente y se espera que seáis destacadas figuras no sólo durante las competiciones atléticas, sino también cuando estáis fuera del estadio de deportes. Se os pide que seáis ejemplos de virtud humana, además de vuestros logros de fuerza y resistencia física.

4. Por este motivo hay ciertos valores en vuestra vida que no pueden ser olvidados. Estos valores os colocarán en el camino seguro que se debe seguir para que alcancéis la meta final de la vida.

El primero entre ellos es el significado religioso de la existencia humana. El deporte, como bien sabéis, es una actividad que implica mucho más que los movimientos del cuerpo: exige el uso de la inteligencia y la disciplina de la voluntad. En otras palabras, revela la maravillosa estructura de la persona humana creada por Dios como un ser espiritual, una unidad de cuerpo y espíritu. La actividad atlética puede ayudar a cada hombre y mujer a recordar el momento en que Dios Creador dio origen a la persona humana, la obra maestra de su obra creadora. Como nos dice la Escritura: “Modeló Yahvé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado” (Gen 2, 7). Se nos recuerda, por tanto, que incluso las leyes del deporte pertenecen a un cierto orden, que es básicamente en de toda la creación. La observancia de este orden es la condición para el éxito.

Que esta verdad no sea nunca olvidada o rechazada en el mundo del deporte y que siempre brille claramente, porque la actividad atlética no está nunca separada de las actividades del espíritu. Si el deporte fuera reducido al culto del cuerpo humano, olvidando la primacía del espíritu, o si fuera un obstáculo para vuestro desarrollo moral e intelectual, o si os condujera a perseguir fines

innobles, entonces perdería su auténtico significado y, a la larga, se convertiría en algo perjudicial para vuestro pleno y sano crecimiento como personas humanas. Sois auténticos atletas cuando os preparáis no sólo con el entrenamiento de vuestros cuerpos, sino también con el acoplamiento constante de las dimensiones espirituales de vuestro ser para lograr un desarrollo armonioso de todos vuestros talentos humanos.

5. Ruego a Dios por vosotros, jóvenes atletas, para que crezcáis siempre en el respeto de los valores auténticamente humanos del deporte, dando gracias al Dios Creador, que os ha dotado con extraordinarios talentos, talentos que pueden ser usados para trabajar por la auténtica paz y por el entendimiento fraterno entre todos los pueblos del mundo.

Que vuestro encuentro durante estos días esté al servicio de este digno objetivo. Confío al Señor vuestras más nobles esperanzas y aspiraciones e invoco las bendiciones divinas sobre vosotros, vuestras familias y vuestros seres queridos.

Dirijo un saludo particular a todos vosotros, dirigentes, técnicos y atletas italianos, y a cuantos han colaborado en la organización de estos Campeonatos mundiales en Roma, y conjuntamente deseo expresaros mi sincera satisfacción por la cordial hospitalidad con que habéis acogido a vuestros amigos procedentes de tantas partes del mundo.

Que seáis siempre practicantes del verdadero espíritu deportivo, considerando el deporte como una escuela de entrenamiento para el cuerpo, pero sobre todo como una escuela de virtudes humanas y, por lo tanto, como un compromiso constructivo de fortaleza, templanza, prudencia y justicia. La luz del proyecto de Dios sobre el hombre añade valor a todo esto, orientando la libertad hacia una mayor sabiduría para animar a cada uno a crecer y madurar en el espíritu. Que sepáis, por tanto, respetar esta llamada que también está presente en el deporte, para que en él sean exaltados todos los valores humanos. A todos vosotros os imparto mi bendición.

Ahora quisiera dirigir un saludo muy cordial a los atletas de lengua francesa y a las personalidades que les acompañan. Os agradezco que hayáis venido aquí al encuentro con el Papa.

El deporte que practicáis al más alto nivel, hace de vosotros testigos del desarrollo del hombre, porque buscáis el dominio de vosotros mismos por medio de una disciplina exigente y aspiráis a progresar superando sin cesar vuestros límites. Os felicito y os aseguro que la

Iglesia aprecia vivamente el deporte. Ella desea, especialmente, que vosotros, que -tomáis parte en competiciones seguidas en el mundo entero, seáis claramente conscientes de vuestras responsabilidades ante los jóvenes que os admiran: ¡Que ellos encuentren en vosotros ejemplos atractivos para una vida sana y generosa!

Que Dios os ayude en los recintos deportivos y en vuestra vida personal., durante estos campeonatos y en los caminos de vuestro futuro.

Saludo cordialmente también a los deportistas y asesores, a los entrenadores y oficiales de todos los países de lengua alemana. Para vuestras competiciones en estos Campeonatos mundiales de atletismo os deseo a todos que el intenso esfuerzo corporal y espiritual, durante este tiempo de preparación, dé paso en estos días al gozo y a la alegría; pues unos pertenecen al grupo de los felices triunfadores, otros han realizado un buen trabajo, y otros han podido vivir y competir con un buen equipo y con compañeros de todo el mundo animados por los mismos sentimientos.

Deseo ahora presentar un particular saludo en su propia lengua a los responsables de las organizaciones deportivas y atletas provenientes de los diversos países de América Latina y de España, que participan en los Campeonatos mundiales de Atletismo de Roma.

Al dar a todos mi más cordial bienvenida a este encuentro, deseo alentarlos a hacer del deporte un medio de superación y competición leal que sea fuente de auténtico humanismo en la promoción de los valores supremos de la persona como creatura de Dios.

Os ruego que al volver a vuestros países de origen, hagáis ¡legar también el saludo del Papa a vuestros familiares y compañeros en las actividades deportivas.

Un saludo cordial también a los participantes de lengua portuguesa en estos Campeonatos: a los atletas y a sus acompañantes. Con mis mejores deseos, anhelo que os acompañen en la vida —una grande y noble competición de bondad y honradez— el honor, la esperanza, la energía y el entusiasmo con que venís a estas pruebas.

El deporte, valor de genuina promoción personal y social, será camino para la plenitud humana si está encuadrado en un ideal, tejido de nobles razones para ser y luchar por la superación, por una vida mejor, por la dignidad de la persona humana, a la luz del proyecto de Dios Creador y de Cristo, Redentor del hombre. Que el empeño, hecho de brío, valor, templanza y justicia con el que competís ahora, aflore en el gran estadio de la convivencia en solidaridad, participación, diálogo y comunión entre los hombres hermanos, para que brille la paz en ¡a familia humana: es lo que os deseo con mi bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los atletas de Polonia. Os deseo mucho éxito en el mismo sentido que ya he expresado en otras lenguas. Que este esfuerzo deportivo pueda servir al desarrollo de vuestros cuerpos y de vuestras almas, y que también sirva a! buen nombre de nuestra patria.

Queridos representantes de la Unión Soviética: Quisiera expresaros mi saludo más cordial y mi sincera alegría con ocasión de vuestra participación en los Campeonatos mundiales de Atletismo.

Que seáis siempre una expresión del verdadero espíritu de cooperación. El deporte es una escuela de entrenamiento para el cuerpo, pero sobre todo una escuela de formación de las altas virtudes humanas. La vida deportiva es una expresión de la tendencia natural del hombre a crear en sí mismo un ideal de vida, afirmando su propia personalidad. Así considerado, el deporte se convierte en. una manifestación creadora de fuerza, de autodisciplina, de prudencia y de justicia. La luz de la Divina Providencia para el hombre añade un valor especial a todo esto y lleva la paz al espíritu y la tranquilidad en medio de las agitaciones, mirando a la sabiduría que viene de arriba, para fortalecer así a cada deportista y animarlo a crecer en el espíritu.

Por tanto, que sepáis respetar esta llamada, que está presente también en el deporte, ya que en él se revelan todos los valores humanos. A todos vosotros os imparto mi bendición.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESSO “DEPORTE, ETICA, Y FE”
“El deporte, al servicio del hombre”

25 noviembre de 1989

[L'Osservatore Romano, Edición en lengua española, 28 de enero 1990, p. 8]

1. Al daros mi cordial bienvenida a todos vosotros, encargados diocesanos de la pastoral del deporte, dirigentes de las asociaciones deportivas de inspiración cristiana y autoridades del mundo deportivo italiano, deseo expresar mi viva complacencia a la Conferencia Episcopal Italiana que, a través de la sección respectiva, ha organizado el congreso nacional "Deporte, ética y fe para el desarrollo de la sociedad italiana". Vuestra presencia trae a mi mente el inolvidable encuentro con los deportistas celebrado en el Estadio Olímpico de Roma el 12 de abril de 1984, durante el año jubilar de la Redención.

En aquella ocasión, recordaba "la fundamental validez del deporte, considerado no sólo como término de comparación para ilustrar un elevado ideal ético y ascético sino también en su realidad intrínseca de coeficiente para la formación del hombre y elemento de su cultura y civilización" (cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 22 de abril de 1984 p. 9).

Sabemos en efecto que san Pablo se refiere a la práctica deportiva para subrayar el espíritu de valentía que exige la vida cristiana si desea configurarse realmente a Cristo. La vida según el Evangelio exige una disciplina rigurosa y constante, y se revela como un reto continuo contra las insidias de las potencias del mal, presentes y operantes en nosotros y en el mundo. Por esta razón, san Pablo, muy consciente de las dificultades invitaba a "combatir la buena batalla de la fe" (1 Tm 6, 12) sin desanimarse frente a los obstáculos, y proponía no olvidar la segura realidad del premio, diciendo: "corro hacia la meta, para obtener el premio que me está reservado en el cielo" (Flp 3, 14).

La vida cristiana se presenta, pues, como un deporte que nos compromete completamente, unifica todas las energías del hombre, para orientarlas a la perfección de la personalidad, hacia una meta que realiza en nuestra humanidad en la "medida del don de Cristo" (Ef 4, 7).

2. Vuestro congreso se sitúa oportunamente en la fase de preparación de las próximas competiciones mundiales, con el intento de predisponer una reflexión más sosegada sobre un acontecimiento que sin duda atraerá la atención de millones y millones de personas, ofreciendo al mismo tiempo la posibilidad de examinar la contribución del deporte al desarrollo de la persona y a la mejora de la cualidad de la vida. Este momento de reflexión de la Iglesia aumenta el valor y la autoridad de una enseñanza que mira a salvaguardar al hombre en su integridad física y moral.

Al repetir una vez más que la Iglesia no sólo "no puede abandonar al hombre" (Redemptor hominis, 14), sino que dirige sus cuidados precisamente al hombre concreto, es legítimo preguntarse como puede insertarse el deporte en la sociedad moderna como elemento de verdadera promoción del hombre. En este contexto, todos estamos preocupados porque el deporte degenera en manifestaciones que deshonran los altos ideales de que puede ser portador y por los cuales millones de personas se apasionan.

Un dato indiscutiblemente positivo lo constituye el hecho de que el deporte se caracteriza hoy por una exigencia de calidad y de sentido. Se advierte la necesidad de volver a dar al deporte no sólo una dignidad renovada y continua, sino sobre todo la capacidad de suscitar y de apoyar algunas

exigencias humanas más profundas, como son las del respeto mutuo, una libertad no vacía sino orientada a un fin, y la renuncia para lograr un objetivo.

3. Vuestro congreso ha querido resaltar, en la complejidad y diversidad de los diferentes ámbitos, la correlación entre deporte, ética y fe, para profundizar así la reflexión sobre la realidad de la práctica deportiva, y proponerle un compromiso renovado por responder a los objetivos de formación, sobre todo de los jóvenes. En este sentido, la Iglesia debe situarse en primera fila, para elaborar una pastoral especial adecuada a las exigencias de los deportistas y, sobre todo, para promover un deporte que cree las condiciones de vida rica en esperanza. Con ello me refiero a las distintas actividades que organizan para los niños y para los jóvenes las asociaciones deportivas católicas, las parroquias y los oratorios debidamente asistidos por organizaciones animadas por principios cristianos. Al expresarles todo mi afecto y aprecio por su dedicación al servicio de tantas personas, los exhorto a continuar en su preciosa obra educativa.

El Congreso ha intentado estudiar además la relación entre deporte y sociedad, impulsado por el convencimiento de que el deporte es un hecho válido de socialización y de crecimiento en las relaciones de amistad en un clima de solidaridad. De ese modo, habéis intentado además determinar los lazos fundamentales que vinculan los aspectos deportivos y los morales.

Las condiciones éticas del hombre en el deporte y en las diversas situaciones de organización deportiva exigen que se tenga en cuenta asimismo que el deporte está subordinado al primado del hombre, para que se subraye el valor subsidiario del deporte en el proyecto creatural de Dios. Por esta razón, el deporte debe ser situado también en la dinámica del servicio y no en la del provecho. Si se tienen en cuenta los objetivos de humanización, no se puede dejar de advertir la tarea imprescindible de transformar cada vez más el deporte en instrumento para la elevación del hombre hacia la meta sobrenatural a la que es llamado.

Para que el deporte no viva para sí mismo, corriendo así el riesgo de erigirse en ídolo vano y dañino, es preciso evitar las expresiones engañosas y desviadas para las masas deportivas, que a veces por desgracia se pueden constatar. Un planteamiento sano del deporte debe estar atento a estas desviaciones para impedir esa conocida forma de carrera desenfrenada que se orienta sólo a la obtención de resultados, sin preocupación alguna por el auténtico provecho del hombre y, en definitiva, del mismo deporte.

4. Vuestra presencia me ofrece, en fin, la oportunidad de formular cordiales votos de augurio por el buen éxito de los próximos Campeonatos Mundiales de fútbol. Sé que habéis prestado atención también a este acontecimiento, que suscitará interés no sólo en las ciudades seleccionadas para los partidos de calificación, sino también en millones de personas de toda Italia, y ello incluso por la presencia de tantos jugadores y deportistas procedentes de todas partes del mundo, con problemas que afectarán a muchas instituciones, organizaciones y grupos para la acogida.

Abrigo el deseo de que, con motivo de este acontecimiento, las competiciones se conviertan en una ocasión estupenda para intercambios de amistad y fraternidad. El encuentro de personas de diferentes nacionalidades para enfrentarse leal y serenamente en los campos de juego, representa de algún modo una especie de convocatoria universal, donde emergen los valores de la unidad y de la paz entre los pueblos. De ese modo, el deporte contribuirá a la construcción de ese mundo tan deseado, en el que cada hombre se siente realmente hermano del otro.

A vosotros y a todo el mundo de los deportistas os imparto de corazón mi bendición apostólica, propiciadora de la luz y la fuerza interior que sólo Dios puede otorgar.

DISCURSO PARA LA BENDICION DEL ESTADIO OLIMPICO

31 de mayo de 1990.

Queridos amigos deportistas:

1. Dentro de algunos días, este estadio, como otros de varias ciudades italianas, se convertirá en centro del interés de los aficionados al fútbol de todo el mundo: será el lugar de la fiesta de la juventud, la fiesta del deporte.

Doy las gracias al señor Joao Havelange, presidente de la Federación Internacional de Fútbol (FIFA), al señor Arrigo Gattai, presidente del Comité Olímpico italiano, y al honorable Franco Carraro, alcalde de la ciudad, por las corteses palabras que me han dirigido. Saludo cordialmente al señor presidente del Consejo de Ministros y a todas las autoridades presentes. Un saludo especialmente cordial a todos vosotros, amigos deportistas, representantes de las naciones que participarán en este campeonato mundial de fútbol, y a vosotros, directivos y obreros, que habéis contribuido a la renovación del estadio. Juntamente con el cardenal vicario, os saludo a vosotros, jóvenes de la ciudad de Roma, que no habéis querido faltar a una manifestación tan significativa. Mi pensamiento se dirige también a cuantos siguen esta misma ceremonia a través de la radio y de la televisión en muchos países del mundo. A todos los saludo con afecto.

2. He acogido con gusto la invitación que me hicieron a bendecir este Estadio Olímpico reformado y ampliado, al comienzo del campeonato mundial de fútbol. Mi presencia quiere expresar, una vez más, la solicitud pastoral de la Iglesia hacia el mundo del deporte. Los próximos días, aquí como en los otros campos de juego, se darán cita muchas personas procedentes de todos los continentes. En la pasión deportiva encuentran un coeficiente de entendimiento que las acerca y las lleva a entablar relaciones de leal confrontación y de sincera amistad. Son valores a los que la Iglesia no puede quedar indiferente, pues están estrechamente vinculados con el mensaje de fraternidad universal que proclama.

Los diversos equipos habrán de recoger en los próximos días un desafío muy exigente: hacer que todo partido constituya una cita de lealtad, de distensión y de amistad. Este compromiso corresponde no sólo a los jugadores que están en el campo, sino también a todos los deportistas. En efecto, el valor de esa manifestación futbolística consiste fundamentalmente en el hecho de que ofrece a mucha gente, diversa por su cultura y nacionalidad, la oportunidad de encontrarse, de conocerse, de apreciarse unos a otros, y de divertirse juntos, compitiendo lealmente y con un espíritu de sana emulación, sin ceder a la tentación del individualismo y de la violencia.

El deporte es, ciertamente, una de las actividades humanas más populares, y puede influir mucho en el comportamiento de la gente, sobre todo de los jóvenes. Con todo, también está sujeto a riesgos y ambigüedades; por eso, debe ser orientado, sostenido y guiado a fin de que explote de forma positiva sus potencialidades.

"El deporte está al servicio del hombre y no el hombre al servicio del deporte", se lee en el "Manifiesto" firmado por numerosos atletas, precisamente en este estadio, el 12 de abril de 1984, con ocasión de su jubileo internacional. "El deporte -prosigue dicho documento- es alegría de vivir, deseo de expresarse en libertad, esfuerzo por realizarse completamente; es confrontación leal y generosa, lugar de encuentro, y vínculo de solidaridad y de amistad".

3. Sí, además de fiesta del deporte, el campeonato mundial de fútbol puede convertirse en la fiesta de la solidaridad entre los pueblos. Pero eso presupone considerar las competencias según lo que son en el fondo: un juego, en el que vence el mejor y, al mismo tiempo, una ocasión de diálogo, de comprensión y de enriquecimiento humano recíproco.

Por tanto, es preciso descubrir y superar los peligros que acechan al deporte moderno: la búsqueda obsesiva de ganancias, la comercialización de casi todos sus aspectos, la excesiva "espectacularización", la exasperación agonística y tecnicista, el recurso a las drogas y a otras formas de fraude, y la violencia.

Sólo recuperando eficazmente su tarea y sus potencialidades de educación y de socialización, el deporte puede desempeñar un papel de relieve y colaborar, en lo que está de su parte, a sostener las esperanzas que mueven los corazones de los hombres, en especial de los jóvenes, en este último tramo del siglo que se abre al tercer milenio cristiano.

4. En los trabajos emprendidos para la reforma de los estadios y para crear nuevos servicios se han empeñado millares de técnicos y de obreros, prodigándose con toda diligencia. Por desgracia, en el transcurso de los trabajos, algunos de ellos encontraron la muerte: mientras elevo al Señor mi oración de sufragio por las víctimas, comparto sinceramente el dolor de los familiares tan duramente probados.

También la consideración de estos "costes humanos", queridos amigos deportistas, sirve para confirmar mi deseo de que los esfuerzos y los sacrificios realizados hagan de "Italia '90" un momento de crecimiento en la fraternidad hacia los compatriotas y hacia todos los hombres. La atención al deporte-espectáculo, que estos días atraerá la opinión pública mundial, no debe hacer olvidar la urgencia de los problemas y de las grandes expectativas de la humanidad; al contrario, debe convencernos aún más a todos de que, concentrando las energías vivas y coordinando los esfuerzos en una movilización general, como se ha hecho aquí, es posible afrontar y vencer los grandes desafíos de nuestro tiempo: la lucha contra el hambre, la realización de la paz, la construcción de un mundo donde todo ser humano sea acogido, amado y valorado.

Os confío a todos vosotros este deseo, que se convierte en apremiante estímulo y confiada oración.

5. En este punto, no puedo menos de dirigiros un saludo a vosotros, atletas de tantos países, verdaderos protagonistas del próximo campeonato mundial. A vosotros miran los deportistas de todo el mundo. ¡Sed conscientes de vuestra responsabilidad! No sólo el campeón en el estadio; también el hombre con toda su persona ha de convertirse en un modelo para millones de jóvenes que tienen necesidad de "líderes" y no de "ídolos". Tienen necesidad de hombres que sepan comunicarles el gusto de lo arduo, el sentido de la disciplina, el valor de la honradez y la alegría del altruismo. Vuestro testimonio, coherente y generoso, puede impulsarlos a afrontar los problemas de la vida con igual empeño y entusiasmo.

Es significativo que algunas expresiones típicas del lenguaje deportivo -como, por ejemplo, elegir, entrenarse, disciplinar la propia vida, resistir al cansancio con perseverancia, confiar en un guía exigente, aceptar las reglas del juego con honradez- no son desconocidas a los discípulos de Cristo, pues también la vida cristiana requiere un sistemático entrenamiento espiritual, ya que el cristiano, como cualquier atleta, "se priva de todo" (1 Co 9, 25).

6. Queridos atletas, habéis venido de todo el mundo a Roma, antigua residencia de los césares y centro perennemente vivo de la cristiandad. La ciudad eterna pone a vuestra disposición el patrimonio de sus recuerdos clásicos y de sus valores cristianos. Sabed ponerlos a la escucha del

elevado mensaje humano y religioso que os llega de tantos monumentos y vestigios cargados de historia. No seáis huéspedes distraídos, incapaces de entender las mil voces que hablan de grandeza moral y sobre todo de heroísmo cristiano, manifestado no pocas veces con el supremo testimonio de la sangre.

El Papa está aquí entre vosotros para bendecir este estadio renovado, pero está aquí sobre todo para atraer vuestra atención hacia los tesoros que veinte siglos de historia cristiana han acumulado en esta ciudad con la contribución de enteras generaciones de creyentes. Vuestro ojo ha de saber reconocer sus huellas en los edificios sagrados y profanos, en los nombres de las calles o de las plazas, en las palabras grabadas en las piedras o en las que resuenan en los labios de los fieles, que también hoy pueblan sus templos.

Queridos jóvenes, vosotros constituís las fuerzas más frescas que las naciones a las que pertenecéis han enviado a esta confrontación deportiva. Estad orgullosos de esta elección, pero sentid también la responsabilidad de representar dignamente a vuestro país, intercambiándoos lealmente el don de vuestro entusiasmo por la vida y por todo lo que la hace noble y grande. No olvidéis que no existe en el mundo nada más noble y más grande que lo que nos ha traído Jesucristo, Verbo de Dios encarnado para la salvación eterna del hombre.

En su nombre os manifiesto mi deseo de que la permanencia en Roma, sede de Pedro y centro de la Iglesia, acerque a cada uno de vosotros a los tesoros de verdad y de vida que el Evangelio guarda para los hombres de hoy y de mañana. Que el mismo empeño deportivo que estáis para emprender os ayude a mirar hacia las metas más altas, a las que os llama la lucha de la vida. Con estos sentimientos, pido a Dios que dirija su mirada hacia cuantos van a tomar parte en esta competición, generosa y leal, difundiendo en torno a sí concordia y amistad.

La bendición del Señor todopoderoso esté en vuestros corazones y los colme de paz y de alegría.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN UN TORNEO DE ESQUÍ ACUÁTICO

14 de septiembre de 1991

Queridos amigos:

Me da mucho gusto recibir a los miembros del Comité Olímpico nacional italiano y a los participantes en el torneo de esquí acuático de "Maestros italianos en memoria de Marco Merlo". Agradezco al señor Aldo Franchi, presidente de la Federación italiana de esquí acuático, sus amables palabras de presentación. Os saludo a todos vosotros y os deseo éxitos en vuestro campeonato.

El hecho de que procedáis de muchos países hace que vuestro encuentro sea una ocasión magnífica para reunir a gente de diversos ambientes y para construir una amistad más allá de todas las barreras de raza, cultura o experiencia política. Os une, ante todo, vuestro interés por el deporte. Compartís la pasión por el esquí acuático, que ha llegado a ser una fuente dinámica de comunicación y contacto entre vosotros mismos. Vuestras actividades deportivas hacen que se desarrollen determinadas cualidades en cada uno de vosotros, os impulsan a dar lo mejor de vosotros mismos, tanto en el aspecto físico como en la competición deportiva, y os invitan constantemente a descubrir los lazos que os unen a los demás. En efecto, los deportes son un medio muy eficaz para suscitar la estima y el respeto mutuos, la solidaridad humana, la amistad y la buena voluntad entre los individuos.

La Iglesia valora y respeta los deportes que son verdaderamente dignos de la persona humana. Son tales cuando favorecen el desarrollo ordenado y armonioso del cuerpo al servicio del espíritu y cuando dan lugar a una competición inteligente y formativa que promueve el interés y el entusiasmo, y son fuente de esparcimiento placentero. Os animo a seguir siempre este ideal, de forma que vuestra dedicación al deporte se desarrolle en armonía con el fortalecimiento de los valores más elevados, que os darán dignidad y estatura moral ante vosotros mismos y ante los ojos de quienes siguen vuestras actuaciones.

Los antiguos romanos concedieron gran importancia al valor educativo que revisten los deportes y las competiciones. La tradición cristiana utilizó a menudo la metáfora de la competición atlética para describir el esfuerzo por alcanzar la virtud y la fidelidad a Cristo. San Pablo habla de su vida como una carrera en la que resulta vital alcanzar la meta final (cf. 1 Co 9,24-27). Espero que vuestra visita os impulse a esforzaros aún más por alcanzar los ideales más elevados de la solidaridad humana y de la fidelidad en vuestras relaciones con Dios, nuestro Creador y Redentor. Que su bendición esté con vosotros y vuestras familias.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LOS JUEGOS MUNDIALES MILITARES “Guerra a las guerras”

7 de septiembre de 1995

[L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 22 de septiembre de 1995, p. 3]

Más de cuatro mil jóvenes militares de cerca de cien naciones de todo el mundo, tanto de Oriente como de Occidente, se han reunido en Roma para celebrar sus primeros juegos mundiales. Esta manifestación deportiva se encuadra en el marco del 50º aniversario de la conclusión de la segunda guerra mundial, del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki y de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas. Los atletas y técnicos deportivos de todos los países participantes fueron recibidos en audiencia por el Santo Padre en la sala Pablo VI, la mañana del jueves 7 de septiembre. Al comienzo del encuentro el ministro de Defensa italiano, Domenico Corcione, dirigió a Juan Pablo II unas palabras, en las que manifestó la alegría de Italia por acoger la primera edición de los Juegos mundiales militares, capaces de hermanar a los hombres y reforzar los vínculos de solidaridad, amistad y lealtad entre los atletas y los pueblos. Su Santidad les dirigió el discurso que ofrecemos a continuación traducido del italiano.

1. Me alegra mucho encontrarme con vosotros, amadísimos jóvenes militares, que habéis venido a Roma de todo el mundo para los primeros Juegos mundiales militares. Dirijo un saludo particular al ordinario militar para Italia, monseñor Giovanni Marra, y al señor ministro de Defensa del Gobierno italiano, honorable Domenico Corcione, a quien agradezco de corazón las amables palabras que acaba de dirigirme, así como las reflexiones expresadas, de alto valor moral. Asimismo, saludo a los ministros de Defensa de las demás naciones presentes en este encuentro. Hablando en italiano, me dirijo también a los representantes de otras lenguas. Agradezco mucho las palabras pronunciadas al principio de este encuentro.

Muchas gracias por lo que habéis dicho al principio. También me dirijo a las personas de lengua francesa, y de las otras lenguas europeas, que participan en esta asamblea.

Deseo, además, manifestar mi viva complacencia al presidente del Comité olímpico internacional, señor Samaranch, así como al presidente y a los miembros del Consejo internacional del deporte militar, promotor de esta importante manifestación deportiva, que se celebra bajo el lema: Amistad a través del deporte. Por último, saludo cordialmente al presidente del comité organizador, general Cásale, a los ilustres miembros del comité.

La participación de más de cuatro mil jóvenes atletas militares, procedentes de más de cien países de todo los continentes, confiere a este acontecimiento un significado que supera la misma competición deportiva y se convierte en un encuentro de pueblos que, a través del deporte, quieren dirigir al mundo un gran mensaje de paz.

Juegos de fraternidad

2. Este año hemos recordado, con múltiples iniciativas, el 50º aniversario del fin del segundo conflicto mundial, y nos preparamos para conmemorar los cincuenta años de actividad de la Organización de las Naciones Unidas. Por tanto, estos primeros Juegos militares mundiales se insertan, con toda razón, en las iniciativas que, recordando esos hechos, se proponen mirar al futuro de la humanidad con el compromiso de hacer progresar en el mundo el conocimiento recíproco, la fraternidad, la amistad y la paz entre los pueblos.

El deporte ha tenido siempre la función de unir a los hombres, más allá de las diferencias étnicas, religiosas y políticas. Este papel, ya tan evidente en las competiciones deportivas tradicionales, resulta mucho más explícito con ocasión de este gran acontecimiento deportivo, en el que participan militares de todo el mundo.

En efecto, en las competiciones previstas durante estos juegos, compiten deportistas de todas partes del mundo, también atletas y equipos provenientes de países que mantienen entre sí contrastes antiguos o más recientes, o, incluso, enfrentados en guerras sangrientas que aún están causando destrucción y muerte.

Como sede de estos primeros juegos mundiales de militares habéis elegido oportunamente Roma. La vocación universal que, por muchas razones, distingue a esta ciudad refleja bien el mensaje de amistad y fraternidad que vuestra manifestación deportiva transmite y difunde no sólo entre los participantes, sino también entre los pueblos que representáis aquí dignamente y que, junto con vosotros, miran al futuro del mundo con pensamientos de paz y de fraternidad universal.

El deporte, escuela de vida

3. Amadísimos hermanos, sois militares y deportistas a la vez. Ambas condiciones de vida requieren cualidades físicas y virtudes morales. Implican ejercicio del cuerpo, pero también reglas de vida, disciplina, fuerza de voluntad, fidelidad a los propios deberes, espíritu de sacrificio y capacidad de sufrir para poder alcanzar las metas cada vez más altas que exige la agonística.

El deporte es escuela de vida, pero también el servicio militar templea y robustece el carácter de las personas, preparándolas para afrontar con más seguridad y valentía las dificultades y las pruebas de la vida.

En este grato encuentro, deseo reafirmar que la Iglesia mira con admiración el hecho de que seáis a la vez militares y deportistas. A través de las competiciones deportivas manifestáis, ante los ojos del mundo, que el militar no es, y no debe ser, un hombre de guerra, sino una persona que, aunque esté comprometida en la defensa de su propia patria, sabe buscar, ante todo, la colaboración entre los pueblos y trabaja para que crezcan las relaciones de amistad y de paz entre las naciones.

Vuestra manifestación deportiva, uniendo a los representantes de un gran número de naciones, puede contribuir eficazmente a reforzar y difundir esta identidad del militar como servidor de la seguridad y la libertad de los pueblos, animado siempre por el espíritu de paz. En efecto, todo militar, en el cumplimiento de sus deberes, debe sentir siempre en su corazón que es un soldado de paz.

Al servicio de la vida

4. Este último tramo de siglo, en vísperas del tercer milenio, nos había impulsado a confiar en el futuro de una humanidad finalmente reconciliada. Por desgracia, algunas situaciones de guerra muy tristes han vuelto a aparecer tanto en el corazón de Europa como en África. Vuestra singular manifestación deportiva, que se inserta bien en las otras numerosas manifestaciones conmemorativas del fin del segundo gran conflicto mundial, es una ocasión para renovar, con voz más fuerte y decidida, el común llamamiento a la paz.

En el Mensaje enviado al mundo con ocasión del fin de la segunda guerra mundial, os he dedicado especialmente unas palabras también a vosotros: «Tengo gran confianza en vuestra capacidad de ser auténticos intérpretes del Evangelio. Sentíos personalmente comprometidos al servicio de la vida y de la paz (...). Rechazad las ideologías obtusas y violentas; rechazad todas las formas de nacionalismo exaltado y de intolerancia; por estos caminos se introduce insensiblemente la tentación de la violencia y de la guerra. A vosotros se os confía la misión de abrir- nuevos caminos

de fraternidad entre los pueblos, para construir una única familia humana» (n. 15). Y vosotros, acogiendo, en cierto modo, esta invitación, habéis venido aquí para testimoniar vuestra voluntad de asumir solemnemente este compromiso.

Un notable contraste

5. Habéis venido con la alegría en el corazón, por la oportunidad de participar en una experiencia agonística de gran alcance, viviendo la amistad a través del deporte. Habéis superado barreras e ideologías políticas, que durante decenios han dividido el mundo en bloques opuestos, y os preparáis para una confrontación deportiva serena, competitiva y prometedora.

En cambio, en otro lugar, no lejos de aquí, otros hombres, impulsados únicamente por el odio y la venganza, se están enfrentando, no en un terreno de juego, sino entre las ruinas de sus mismas ciudades destruidas. Sus manos no levantan trofeos de victorias deportivas; siguen empuñando armas ensangrentadas.

¡Qué contraste entre el espectáculo doloroso de violencia y muerte que los medios de comunicación social nos ofrecen diariamente —escenas a las que nuestros ojos turbados nunca podrán habituarse—, y el espectáculo consolador y lleno de promesas que habéis ofrecido ayer, con ocasión de la ceremonia inaugural de los juegos!

Todos juntos, con paso ordenado y gallardo, escoltando la propia bandera nacional, habéis manifestado una vez más la certeza de poder llegar a ser artífices de una sociedad renovada, mediante un diálogo intenso entre militares de diversas naciones, entre quienes callan las armas y hablan, a través del noble arte del deporte, las conciencias, las inteligencias y los corazones. Amadísimos jóvenes militares, todo esto es para mí motivo de gran consuelo y esperanza.

Mensaje de paz

6. Me alegra constatar que vuestras manifestaciones deportivas constituyen un modo nuevo de dialogar entre los militares de todo el mundo, casi una pedagogía que crea una cultura de paz. Una generación entera de jóvenes con uniforme, provenientes de las fuerzas armadas, de las fuerzas de policía y de los cuerpos armados del Estado que tienen un ordenamiento especial, se convierte así, de modo admirable, en un valiente desafío que quiere construir un mundo de paz y superar el criterio bárbaro e inhumano del recurso a la guerra como medio para zanjar las controversias. Ya es tiempo de afirmar con energía: «¡Basta dé guerra!». Guerra justa y obligatoria es hacer guerra a las guerras.

Confío a vuestra hermosa manifestación, y a cada uno de vosotros, este mensaje de paz, para llegue a todos los rincones de la tierra y hermane a todos los pueblos en la única familia de Dios, de la que vosotros, unidos aquí como militares para crear amistad a través del deporte, sois un signo prometedora.

A vosotros aquí presentes, y a todos vuestros amigos militares, llegue mi cordial saludo y mi bendición.

DISCURSO A UNA DELEGACIÓN DEL «FÚTBOL CLUB BARCELONA»

14 de mayo de 1999.

[L'Osservatore Romano. Edición semanal en español. No. 21, Mayo 21 1999, 12.]

Señor presidente;
señoras y señores:

1. Me es grato recibir a los miembros de la Junta directiva y deportistas de las distintas secciones del «Fútbol club Barcelona», que este año festeja su centenario. Agradezco al señor José Luis Núñez, presidente de la entidad, sus amables palabras, a la vez que saludo cordialmente a todos los presentes. Me complace que entre los actos conmemorativos de esta efeméride hayáis querido tener este encuentro con el Papa.

Vuestra presencia evoca en mí el recuerdo de vuestra bella ciudad, laboriosa y rica de cultura, que tuve la dicha de visitar en 1982, celebrando precisamente la santa misa en el «Nou Camp», estadio que es testigo de vuestras competiciones deportivas, y donde se me entregó el carné de socio de vuestro club.

2. Vosotros sois exponentes de una actividad deportiva, que cada fin de semana congrega a tanta gente en los estadios y a la que los medios de comunicación social dedican grandes espacios. Por eso mismo, tenéis una responsabilidad especial. Desde el afecto, no exento de admiración, que siento hacia los deportistas, os animo a seguir dignificando el mundo del deporte, aportando al mismo no sólo lo mejor de vuestras fuerzas físicas en las diversas especialidades deportivas, sino también y sobre todo promoviendo las actitudes que brotan de las más nobles virtudes humanas: la solidaridad, la lealtad, el comportamiento correcto y el respeto por los otros, que han de ser considerados como competidores y nunca como adversarios o rivales. Así mismo, es necesario fomentar la buena voluntad, la paciencia, la perseverancia, el equilibrio, la sobriedad, el espíritu de sacrificio y el autodomínio, elementos fundamentales de todo compromiso deportivo, que aseguran éxito y clase al atleta. Sobre esta base se desarrollan las virtudes cristianas cuando estos valores se asumen con auténtica adhesión interior y se animan con el amor de Cristo.

Estoy convencido de que el deporte, cuando no se convierte en un mito, es un factor importante de educación moral y social, tanto a nivel personal como comunitario. A este respecto el concilio Vaticano II enseña que «los ejercicios y manifestaciones deportivas ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la colectividad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de toda condición, nación o de diferente raza» (*Gaudium et spes*, 61).

3. Queridos representantes del «Barça»: este encuentro me ha ofrecido la oportunidad de recordaros algunas consideraciones sobre el mundo del deporte, en el que vuestro club tiene un papel destacado desde hace cien años. Al felicitaros por ese centenario, os invito a poner en práctica un renovado esfuerzo, noble y enriquecedor, en este sentido. Y ello, no sólo para alcanzar un mejor éxito a nivel competitivo, que dé legítima satisfacción a 36 de 91 vuestros seguidores, sino para que los encuentros deportivos favorezcan cada vez más las relaciones interpersonales, estableciendo verdaderos lazos de amistad y convivencia pacífica entre todos los pueblos.

(en catalán)

4. Deseo que vuestras actividades deportivas sean iluminadas por estas reflexiones. Mi augurio en este año del centenario es que la participación en los diversos torneos eleve vuestro espíritu hacia metas más altas. Que en este esfuerzo de crecimiento espiritual y moral os acompañe siempre la materna protección de la Virgen de la Merced, patrona de Barcelona, que tantas veces os ha acogido para ofrecerle vuestros trofeos. Al renovaros mi agradecimiento por vuestra visita, de corazón os imparto mi bendición apostólica, que hago extensiva a vuestras familias.

JORNADA DE LA PAZ: PALABRAS DESPUES DEL ANGELUS A LOS PARTICIPANTES EN EL MARATÓN DE LA CIUDAD DE ROMA

1 de enero de 2000

[L'Osservatore Romano. Edición semanal en español. No 1, Enero 7 2000, 6.]

Después del Angelus, antes de despedirse, Juan Pablo II añadió estas palabras a los participantes en el Maratón de la ciudad de Roma":

Que el nuevo año y el nuevo milenio sean tan hermosos como el día de hoy. Dirijo mi saludo más cordial a los participantes en el gran "Maratón de la ciudad de Roma", evento singular que abre el Año jubilar de los deportistas. Saludo en particular a los directivos de la Federación internacional de Atletismo, a la presidencia del Comité olímpico italiano, al alcalde de Roma y a las demás autoridades presentes.

Queridos atletas, aficionados, organizadores y responsables de esta interesante aventura del deporte, habéis escogido el primer día del año 2000 para esta cita ya tradicional. Os bendigo de buen grado a todos vosotros, los que participáis en la competición, y también a vosotros, más numerosos aún, que tomáis parte en la carrera por las calles de la ciudad. En el alba de un nuevo año, de un año extraordinario como es el 2000, al recorrer las calles de la ciudad de Roma, os convertís en mensajeros de fraternidad y paz.

Vuestra carrera es larga y exige esfuerzo y fatiga; pero os habéis preparado para ella con entrenamientos adecuados. Lo que importa a todo corredor es llegar a la meta. La vida se puede comparar a un maratón singular, que todos estamos llamados a correr, cada uno con modalidades y ritmo diversos. Pero a todos nos espera la misma meta: el encuentro con Cristo. Os deseo que a lo largo de este Año jubilar cada hombre y cada mujer tome conciencia del sentido y del valor de la vida, que ha de gastar al servicio de los hermanos, según el plan providencial de Dios.

Amadísimos hermanos y hermanas, ¡buen maratón! Que esta competición sea una fiesta del deporte y de la fraternidad. ¡Feliz año 2000!

DISCURSO A LOS DIRIGENTES DE LA UNIÓN DE FEDERACIONES EUROPEAS DE FÚTBOL

8 de mayo de 2000

Ilustres señores:

1. Os doy una cordial bienvenida a cada uno de vosotros, procedentes de los cincuenta y un países miembros de la Unión de Federaciones europeas de fútbol, que habéis venido a Roma con ocasión del gran jubileo del año 2000. En este encuentro están representadas casi todas las naciones europeas. En particular, la presencia de las Federaciones del Este, que después de la caída del muro de Berlín se han adherido a vuestra Unión, testimonia aún más la voluntad de paz y fraternidad que anima a vuestras federaciones, así como su compromiso de ensanchar los horizontes, superar toda barrera y crear una comunicación sistemática entre los diversos pueblos, para dar una contribución eficaz a la construcción de la unidad europea.

Por tanto, os agradezco esta visita, que me permite apreciar las nobles finalidades que inspiran vuestro servicio, encaminado a sostener un deporte capaz de promover todos los valores de la persona humana. Saludo al abogado Luciano Nizzola, presidente de la Federación italiana de fútbol, y le agradezco las cordiales palabras que ha querido dirigirme en nombre de los presentes.

2. En la sociedad contemporánea el fútbol es una actividad deportiva muy difundida, que implica a un gran número de personas y, en particular, a los jóvenes. En este deporte, además de la posibilidad de una sana recreación, tienen oportunidad de desarrollarse físicamente y de obtener logros atléticos, que exigen sacrificio, entrega constante, respeto a los demás, lealtad y solidaridad.

El fútbol es también el mayor fenómeno de masa, que implica a muchas personas y familias, desde los aficionados que van al estadio y los espectadores de la televisión hasta todos los que trabajan en los diferentes niveles de la organización de los acontecimientos deportivos, en la preparación de los deportistas y en el vasto sector de los medios de comunicación social.

Esto acentúa la responsabilidad de quienes se ocupan de la organización y promueven la difusión de esta actividad deportiva tanto a nivel profesional como aficionado. Están llamados a no perder jamás de vista las importantes posibilidades educativas que el fútbol, como otras disciplinas deportivas, puede desarrollar.

De modo especial, los deportistas, sobre todo los más famosos, no deberían olvidar nunca que de hecho constituyen modelos para el mundo de los jóvenes. Por eso, es importante que, además de las habilidades típicamente deportivas, desarrollen cuidadosamente las cualidades humanas y espirituales que harán de ellos ejemplos verdaderamente positivos para la gente. Por otra parte, dada la difusión de este deporte, sería conveniente que los promotores, los organizadores en los diversos niveles y el personal de los medios de comunicación aunaran sus esfuerzos para asegurar que el fútbol no pierda jamás su auténtico carácter de actividad deportiva, y no se vea ahogado por otras preocupaciones, especialmente de tipo económico.

3. Queridos amigos, habéis venido a Roma para celebrar el gran jubileo. Durante el Año santo, la Iglesia invita a todos los creyentes y a los hombres de buena voluntad a considerar sus pensamientos y acciones, sus expectativas y esperanzas, a la luz de Cristo, "el hombre perfecto que restituyó a los hijos de Adán la semejanza divina, deformada desde el primer pecado" (Gaudium et spes, 22).

Esto supone un camino de auténtica conversión, es decir, la renuncia a la mentalidad mundana que hiere y envilece la dignidad del hombre; supone, asimismo, la adhesión, con una confianza total y un compromiso valiente, al estilo liberador de obrar y pensar propuesto por el Evangelio. ¿Cómo no ver en el acontecimiento jubilar una invitación a hacer que el deporte sea también una ocasión de auténtica promoción de la grandeza y la dignidad del hombre? Desde esta perspectiva, las estructuras del fútbol están llamadas a ser un terreno de auténtica humanidad, en el que se aliente a los jóvenes a cultivar los grandes valores de la vida y a difundir por doquier las grandes virtudes que constituyen el fundamento de una digna convivencia humana, como son la tolerancia, el respeto a la dignidad humana, la paz y la fraternidad.

Queridos amigos que representáis a las Federaciones europeas, estoy seguro de que compartís mis deseos de que el fútbol constituya cada vez más un ámbito sereno, y que cada competición encarne lo que debe ser el deporte: una valoración plena del cuerpo, un sano espíritu de competición, una educación en los valores de la vida, la alegría de vivir, el juego y la fiesta.

4. Ojalá que el fútbol, como todo deporte, se convierta cada más en la expresión del primado del ser sobre el tener, liberándose, como acaba de observar oportunamente vuestro representante, de todo lo que le impide ser una propuesta positiva de solidaridad y fraternidad, de respeto mutuo y confrontación leal entre los hombres y las mujeres de nuestro mundo.

Conozco, asimismo, el reciente compromiso de vuestra Federación, que con sus propios recursos ha emprendido una laudable obra de asistencia a los países pobres y de cooperación especial con los países del Este europeo, para difundir el fútbol entre los jóvenes e iniciarlos en una vida sana, inspirada en sólidos principios morales. Que este sea el estilo constante de todas vuestras iniciativas.

Por último, os ruego que transmitáis mis cordiales sentimientos a las sociedades deportivas que representáis, a los atletas, a todo el personal y a sus respectivas familias.

Invoco sobre todos la bendición de Dios.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL "GIRO" DE ITALIA

12 de mayo de 2000

Ilustres señores y gentiles señoras;
queridos organizadores, promotores y participantes en el Giro de Italia:

1. Me alegra acogerlos en vísperas del comienzo de la popular vuelta ciclista, en la que desde mañana muchos de vosotros seréis protagonistas por las carreteras de la península. A la vez que os doy a todos mi más cordial bienvenida, agradezco de modo especial al doctor Cesare Romiti y al doctor Cándido Cannavò las amables palabras que han querido dirigirme en nombre de los presentes y con las que han evocado ideales y valores que animan esta gran manifestación deportiva.

Saludo en particular a los participantes en la carrera ciclista de la Virgen de Ghisallo, que han venido a Roma con ocasión del inicio del Giro de Italia, para recordar el quincuagésimo aniversario de la proclamación, por parte de mi venerado predecesor Pío XII, de la santísima Virgen de Ghisallo como patrona principal de los ciclistas italianos.

La estima, el interés y la admiración que vuestra histórica carrera ciclista despierta desde siempre, no sólo entre los aficionados del deporte, sino también entre los informadores de prensa, radio y televisión, así como entre la gente común, han convertido al Giro de Italia en una manifestación de gran relieve deportivo y gran impacto social en la historia y en las costumbres italianas.

2. La edición de este año, al coincidir con el gran jubileo del año 2000, adquiere un significado especial. Como nos acaban de recordar oportunamente, el Giro de Italia saldrá de Roma, y su primera etapa terminará en la plaza de San Pedro. Por tanto, se podría decir que la fracción de mañana no sólo es el "prólogo" del Giro de Italia, sino que también constituye una "primera etapa" del jubileo de los deportistas que, Dios mediante, tendremos la alegría de celebrar juntos el último domingo de octubre en el estadio Olímpico.

Este enlace entre manifestaciones deportivas y celebraciones jubilares contribuye a poner de relieve la relación que debe unir siempre la actividad deportiva y los valores espirituales. Más aún, debe constituir una importante oportunidad de reflexión y renovación, para que el deporte resplandezca con las características de limpieza, coherencia, honradez y comunión que hacen de él uno de los vehículos significativos de altos valores de humanidad.

En efecto, toda actividad deportiva, tanto en el ámbito aficionado como en el profesional, requiere dotes humanas de fondo, como el rigor en la preparación, la constancia en el entrenamiento, la conciencia de los límites de la capacidad de la persona, la lealtad en la competición, la aceptación de reglas precisas, el respeto al adversario, y el sentido de solidaridad y de altruismo. Sin estas cualidades el deporte se reduciría a un simple esfuerzo y a una discutible manifestación de fuerza física sin alma.

3. También la legítima búsqueda de medios técnicos cada vez más eficaces y adecuados a las condiciones de la carrera debe ponerse siempre al servicio de la persona del atleta y no viceversa, evitando riesgos inútiles o dañosos para los deportistas o los espectadores.

La actividad deportiva, cuando se vive y se interpreta de modo correcto, constituye una singular expresión de las mejores energías interiores del hombre y de su capacidad de superar las dificultades y proponerse metas por conquistar mediante el sacrificio, la generosidad y la constancia al afrontar los esfuerzos de la competición.

En todo esto sirven de ejemplo las nobles figuras de atletas que han engrandecido el deporte del ciclismo en Italia y en el mundo. En este momento el pensamiento se dirige espontáneamente a Gino Bartali, que falleció recientemente, gran figura de deportista, ciudadano ejemplar y creyente convencido. Su ejemplo sigue siendo para todos un punto de referencia de cómo se puede practicar el deporte con gran vigor humano y espiritual, convirtiéndolo en una luminosa expresión de los más altos valores de la existencia y de la convivencia social.

4. Queridos amigos, a todos vosotros, que os disponéis a comenzar el Giro de Italia, os deseo que viváis este importante acontecimiento deportivo animados por una auténtica "deportividad", es decir, por un gran espíritu de lucha, pero también por un fuerte espíritu de solidaridad y comunión. Que os guíe y asista la protección celestial de María, a la que está dedicado de modo particular el mes de mayo y a la que invocáis como vuestra especial patrona con el hermoso título de Virgen de Ghisallo. Os acompañe también mi bendición, que os imparto con afecto a todos vosotros, aquí presentes, a los organizadores y a cuantos participen en la manifestación ciclista, así como a toda la gran familia deportiva del Giro de Italia.

DISCURSO A LOS DIRIGENTES Y ATLETAS DE LA FEDERACIÓN ITALIANA DE DEPORTES PARA SORDOS

15 de mayo de 2000

1. Con mucho gusto os doy mi cordial bienvenida a todos vosotros, atletas sordos, acompañantes, intérpretes de gestos y miembros del Comité organizador de la próxima edición de los Juegos mundiales silenciosos, que tendrá lugar aquí, en Roma, en el año 2001. Bienvenidos, y gracias por vuestra grata visita. Agradezco, de modo particular, a vuestro presidente, el profesor Mario Carulli, las amables palabras que ha querido dirigirme en vuestro nombre, delineando al mismo tiempo las perspectivas de vuestra Federación.

Os felicito, complacido por la obra que realiza vuestra Federación y por los ideales que os guían. Esos ideales de solidaridad y atención al hombre os impulsan a acompañar, a través de la actividad deportiva, a tantos hermanos menos favorecidos, para promover su integración plena en los diferentes ámbitos de la vida social. Se trata de un compromiso de alto significado, que apoyo de corazón.

2. Habéis querido dedicar al "silencio" la importante manifestación deportiva internacional del año próximo. El "silencio", que caracteriza vuestra existencia, jóvenes atletas sordos, aunque os crea indudables dificultades de relación con el ambiente que os rodea, no os debe llevar a encerraros en vosotros mismos o a aislaros. Al contrario, apoyándoos en los valores interiores y en vuestras capacidades, aprovechad vuestras energías para dar una valiosa contribución, ciertamente diferente, pero no menos significativa, al respeto y a la integración social de todas las personas.

Vuestra Asociación reúne a atletas sordos de más de ochenta países de los cinco continentes. Estar juntos es, sin duda alguna, una gran oportunidad para conocerse mejor y ayudarse recíprocamente. Juntos podéis dar un testimonio de esperanza a cuantos se encuentran en vuestras mismas condiciones. Podéis manifestar con vuestro valor humano y deportivo que pueden superarse incluso dificultades aparentemente insuperables. ¡Cómo no reconocer que la atención a cuantos se encuentran en condiciones de menor eficiencia física y personal ayuda a la sociedad misma a crear en su seno relaciones más respetuosas entre todos sus miembros!

Quiera Dios que vuestro trabajo alcance los objetivos que persigue, es decir, una mayor atención a los problemas de cuantos tienen dificultades de comunicación e integración en sentido amplio.

De esta actitud surge un estilo de relaciones humanas favorables a la cooperación mutua entre personas y pueblos diversos. Así, se promueve también la tan deseada civilización de la acogida y del amor, la única que es capaz de anular entre los hombres toda marginación humillante.

3. Estamos viviendo el Año jubilar, durante el cual los cristianos, en virtud de su fe, se sienten particularmente impulsados a defender y promover el respeto a toda persona, en cuyo rostro se refleja la imagen de Cristo. Comprenden mejor cómo las atenciones prodigadas a quien sufre lesiones físicas están indisolublemente vinculadas con el testimonio de salvación y redención del hombre, en el que todos los discípulos de Cristo deben sentirse implicados.

Cristo, que por amor entregó su vida por nosotros, nos dio ejemplo de cómo debemos tratar a nuestros hermanos. Que él bendiga vuestros esfuerzos y los haga fecundos, concediéndooos abundancia de gracias, de paz y de consuelo.

Con estos sentimientos, al mismo tiempo que os expreso mis cordiales deseos de una eficaz celebración del Año jubilar y una fructuosa prosecución de vuestra apreciable actividad, sobre todo con vistas a la próxima edición de los Juegos mundiales silenciosos, os renuevo a todos mi estima y mi solidaridad, y de buen grado os imparto una especial bendición a vosotros, a vuestros familiares y a cuantos dan a vuestra Federación la contribución de su competencia y dedicación.

DISCURSO A LA SOCIEDAD DEPORTIVA ITALIANA LACIO

27 de octubre de 2000

1. ¡Bienvenidos, amigos blanco-celestes del Lacio, al cumplirse cien años del nacimiento de vuestra Sociedad! No es la primera vez que tengo la ocasión de acoger en el Vaticano a atletas y socios de varios equipos. Pero no sucede con frecuencia que me encuentre con un grupo tan nutrido de miembros de una misma familia deportiva. Gracias por vuestra amable visita, que me hace revivir la atmósfera y el clima típicos de los grandes acontecimientos deportivos, impregnados de serena distensión y de alegre fraternidad.

Os saludo a todos cordialmente. Saludo a los representantes de las diversas secciones y a los asistentes espirituales. De modo especial, agradezco al ingeniero Renzo Nostini, presidente general de la Sociedad deportiva Lacio, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de los directivos, los atletas, los deportistas, los simpatizantes y vuestras familias. En sus palabras he percibido el sentido de vuestra visita y el entusiasmo de vuestra Sociedad, la cual ha escrito en estos cien años una página muy interesante en el libro del deporte italiano.

2. En el Año santo 1900, el 9 de enero, nació una prometedora sociedad con un significativo patrimonio moral y deportivo, expresado simbólicamente con el lema latino "concordia parva crescunt", es decir, gracias a la concordia se desarrollan las realidades pequeñas. Los acontecimientos han confirmado ese antiguo axioma: a lo largo de los años, la Lacio se ha convertido en una sociedad polideportiva, en la que hay veintiocho secciones, unidas por el mismo espíritu olímpico y por el deseo de solidaridad recíproca. Estoy seguro de que este centenario, al impulsaros a redescubrir los ideales de aquel tiempo, constituirá una ocasión propicia para dar relieve también a la dimensión ético-religiosa, indispensable para una plena maduración de la persona humana. Precisamente por esto, habéis querido incluir entre las diversas manifestaciones celebrativas un encuentro espiritual en el marco del jubileo.

Me alegra citar aquí una conocida expresión del apóstol san Pablo, que se aplica muy bien a vuestra múltiple actividad, en los ámbitos aficionado y profesional: "Los atletas se privan de todo" (1 Co 9, 25). En efecto, sin equilibrio, autodisciplina, sobriedad y capacidad de relacionarse honradamente con los demás, el deportista no puede comprender plenamente el sentido de una actividad física destinada no sólo a robustecer el cuerpo, sino también la mente y el corazón.

3. Por desgracia, algunas veces en el ámbito deportivo suceden episodios que humillan el verdadero significado de la competición y no sólo afectan a los atletas, sino también a la comunidad. En particular, el apoyo apasionado al propio equipo no puede llegar nunca a ofender a las personas o a dañar los bienes de la colectividad. Toda competición deportiva debe conservar siempre el carácter de una diversión sana y relajante. De estos valores hablan los colores olímpicos -el blanco y el celeste- que distinguen vuestra bandera y que debéis contemplar siempre con una mirada aguda y penetrante como la del águila, que campea en vuestro escudo.

Queridos amigos, durante sus cien años de vida, la Sociedad deportiva Lacio ha ofrecido a innumerables jóvenes y adultos la posibilidad de forjar su personalidad con los exigentes desafíos

del deporte. Lo atestiguan los muchos premios, italianos e internacionales, que han recibido atletas formados en vuestras instalaciones. Pero es justo recordar también el empeño concreto que vuestra asociación ha puesto en los vastos campos de la solidaridad y del voluntariado. A este respecto, merece una mención especial la labor realizada por vuestros socios con ocasión de la reciente e inolvidable Jornada mundial de la juventud, y la ayuda concreta prestada al jubileo de las familias.

A la vez que os expreso mi aprecio por el bien realizado, os exhorto a proseguir por este camino al servicio de la juventud, de la familia y de la sociedad entera.

Con estos deseos, invoco sobre vosotros la maternal protección de María y a todos os bendigo con afecto.

JUBILEO INTERNACIONAL DE LOS DEPORTISTAS

DISCURSO AL CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE EL DEPORTE

28 de octubre de 2000

Amables señoras y señores:

1. Con mucho gusto intervengo en vuestro Congreso internacional sobre el significativo tema: "En el tiempo del jubileo: el rostro y el alma del deporte". En espera de encontrarme mañana, en el estadio Olímpico, con todo el mundo del deporte que celebra su jubileo, hoy tengo la grata ocasión de saldaros a vosotros que, por diversos motivos, sois representantes cualificados del deporte.

Saludo a los promotores de este encuentro, en especial al presidente del Comité olímpico internacional, señor Juan Antonio Samaranch, y al presidente del Comité olímpico italiano, señor Giovanni Petrucci, y extendiendo mi saludo a los diferentes relatores y representantes de múltiples entidades deportivas del mundo. Doy las gracias, en particular, a monseñor Crescenzo Sepe, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes, ilustrando el significado de este encuentro.

El tema que habéis elegido para vuestra reflexión centra la atención en la naturaleza y en los fines de la práctica deportiva en nuestro tiempo, que se caracteriza por múltiples e importantes cambios sociales. El deporte es seguramente uno de los fenómenos importantes que, con un lenguaje comprensible a todos, puede comunicar valores muy profundos. Puede ser vehículo de elevados ideales humanos y espirituales cuando se practica con pleno respeto de las reglas; pero no alcanza su auténtico objetivo cuando da cabida a otros intereses que ignoran la centralidad de la persona humana.

2. El tema habla de "rostro" y de "alma" del deporte. En efecto, la actividad deportiva, además de destacar las ricas posibilidades físicas del hombre, también pone de relieve sus capacidades intelectuales y espirituales. No es mera potencia física y eficiencia muscular; también tiene un alma y debe mostrar su rostro integral. Por eso el verdadero atleta no debe dejarse arrastrar por la obsesión de la perfección física, ni ha de dejarse subyugar por las duras leyes de la producción y del consumo, o por consideraciones puramente utilitaristas y hedonistas.

Las potencialidades del fenómeno deportivo lo convierten en instrumento significativo para el desarrollo global de la persona y en factor utilísimo para la construcción de una sociedad más a la medida del hombre. El sentido de fraternidad, la magnanimidad, la honradez y el respeto del cuerpo -virtudes indudablemente indispensables para todo buen atleta-, contribuyen a la construcción de una sociedad civil donde el antagonismo cede su lugar al agonismo, el enfrentamiento al encuentro, y la contraposición rencorosa a la confrontación leal. Entendido de este modo, el deporte no es un fin, sino un medio; puede transformarse en vehículo de civilización y de genuina diversión, estimulando a la persona a dar lo mejor de sí y a evitar lo que puede ser peligroso o gravemente perjudicial para sí misma o para los demás.

3. Por desgracia, son muchos, y cada vez se van haciendo más evidentes, los signos de malestar que a veces ponen en tela de juicio los mismos valores éticos en los que se funda la práctica deportiva. En efecto, junto a un deporte que ayuda a la persona, hay otro que la perjudica; junto a un deporte que exalta el cuerpo, hay otro que lo mortifica y lo traiciona; junto a un deporte que persigue ideales nobles, hay otro que busca sólo el lucro; junto a un deporte que une, hay otro que separa.

Queridos responsables, directivos, aficionados al deporte y atletas, ojalá que este jubileo del deporte os infunda un nuevo impulso de creatividad y de superación, mediante una práctica deportiva que sepa conciliar, con espíritu constructivo, las complejas exigencias planteadas por los actuales cambios culturales y sociales con las exigencias inmutables del ser humano.

4. Permitidme una reflexión más. El deporte, a la vez que favorece el vigor físico y temple el carácter, no debe apartar jamás de los deberes espirituales a cuantos lo practican y aprecian. Según palabras de san Pablo, sería como si uno corriera sólo "por una corona que se marchita", olvidando que los cristianos nunca pueden perder de vista "la que no se marchita" (cf. 1 Co 9, 25). La dimensión espiritual debe cultivarse y armonizarse con las diversas actividades de distracción, entre las cuales se incluye también el deporte.

A causa del ritmo de la sociedad moderna y de algunas actividades deportivas, el cristiano podría olvidar a veces la necesidad de participar en la asamblea litúrgica del día del Señor. Pero las exigencias de un descanso justo y merecido no pueden hacer que el fiel incumpla su obligación de santificar las fiestas. Por el contrario, en el día del Señor la actividad deportiva ha de insertarse en un ambiente de serena distensión, que favorezca el encuentro y el crecimiento en la comunión, especialmente familiar.

Expreso de corazón mis mejores deseos de éxito para vuestro encuentro y, al mismo tiempo que invoco sobre vosotros la protección de María, os aseguro mi recuerdo en la oración a todos, y de buen grado os bendigo.

JUBILEO INTERNACIONAL DE LOS DEPORTISTAS
HOMILIA DURANTE LA MISA EN EL ESTADIO OLIMPICO DE ROMA

29 de octubre de 2000

1. "Ya sabéis que en el estadio todos los atletas corren, aunque uno solo se lleva el premio. Corred así: para ganar" (1 Co 9, 24).

En Corinto, a donde san Pablo había llevado el anuncio del Evangelio, había un estadio muy importante, en el que se disputaban los "juegos ístmicos". Por eso, muy oportunamente el Apóstol, para estimular a los cristianos de aquella ciudad a comprometerse a fondo en la "carrera" de la vida, alude a las competiciones atléticas. En el estadio -dice- todos corren, aunque sólo uno gana: corred así también vosotros... Mediante la metáfora de una sana competición deportiva, pone de relieve el valor de la vida, comparándola con una carrera hacia una meta no sólo terrena y pasajera, sino también eterna. Una carrera en la que todos, y no sólo uno, pueden ganar.

Escuchamos hoy estas palabras del Apóstol, reunidos en este estadio Olímpico de Roma, que una vez más se transforma en un gran templo al aire libre, como sucedió con ocasión del Jubileo internacional de los deportistas, en 1984, Año santo de la Redención. Entonces, como hoy, es Cristo, único Redentor del hombre, quien nos acoge y con su palabra de salvación ilumina nuestro camino.

A todos vosotros, amadísimos atletas y deportistas de todo el mundo, que celebráis vuestro jubileo, dirijo mi afectuoso saludo. Expreso mi gratitud más cordial a los responsables de los organismos deportivos internacionales e italianos, y a todos los que han colaborado en la organización de esta cita singular con el mundo del deporte y con sus diversas secciones.

Agradezco las palabras que me ha dirigido el presidente del Comité olímpico internacional, señor Juan Antonio Samaranch, y el presidente del Comité olímpico nacional italiano, señor Giovanni Petrucci, así como el señor Antonio Rossi, medalla de oro en Sydney y en Atlanta, que ha interpretado los sentimientos de todos vosotros, amadísimos atletas. Al veros reunidos con gran orden en este estadio, me vienen a la memoria muchos recuerdos de mi vida relacionados con experiencias deportivas. Queridos amigos, gracias por vuestra presencia y, sobre todo, gracias por el entusiasmo con que estáis viviendo esta cita jubilar.

2. Con esta celebración el mundo del deporte se une, como un grandioso coro, para expresar con la oración, el canto, el juego y el movimiento un himno de alabanza y acción de gracias al Señor. Es la ocasión propicia para dar gracias a Dios por el don del deporte, con el que el hombre ejercita su cuerpo, su inteligencia y su voluntad, reconociendo que estas capacidades son dones de su Creador.

Gran importancia cobra hoy la práctica del deporte, porque puede favorecer en los jóvenes la afirmación de valores importantes como la lealtad, la perseverancia, la amistad, la comunión y la solidaridad. Precisamente por eso, durante estos últimos años ha ido desarrollándose cada vez más como uno de los fenómenos típicos de la modernidad, casi como un "signo de los tiempos" capaz

de interpretar nuevas exigencias y nuevas expectativas de la humanidad. El deporte se ha difundido en todos los rincones del mundo, superando la diversidad de culturas y naciones.

A causa de la dimensión planetaria que ha adquirido esta actividad, es grande la responsabilidad de los deportistas en el mundo. Están llamados a convertir el deporte en ocasión de encuentro y de diálogo, superando cualquier barrera de lengua, raza y cultura. En efecto, el deporte puede dar una valiosa aportación al entendimiento pacífico entre los pueblos y contribuir a que se consolide en el mundo la nueva civilización del amor.

3. El gran jubileo del año 2000 invita a todos y a cada uno a emprender un serio camino de reflexión y conversión. ¿Puede el mundo del deporte eximirse de este providencial dinamismo espiritual? No. Al contrario, precisamente la importancia que el deporte tiene hoy invita a cuantos participan en él a aprovechar esta oportunidad para hacer un examen de conciencia. Es importante constatar y promover los numerosos aspectos positivos del deporte, pero también es necesario captar las diferentes situaciones negativas en las que puede caer.

Las potencialidades educativas y espirituales del deporte deben llevar a que los creyentes y los hombres de buena voluntad se unan y contribuyan a superar cualquier desviación que pudiera producirse en él, considerándola un fenómeno contrario al desarrollo pleno de la persona y a su alegría de vivir. Hay que proteger con esmero el cuerpo humano de cualquier atentado contra su integridad y de toda forma de explotación e idolatría.

Es preciso estar dispuestos a pedir perdón por lo que en el mundo del deporte se ha hecho o se ha omitido, en contraste con los grandes compromisos asumidos en el jubileo anterior. Estos compromisos serán reafirmados en el "Manifiesto del deporte", que se presentará dentro de poco. Quiera Dios que esta verificación ofrezca a todos -directivos, técnicos y atletas- la ocasión de encontrar un nuevo impulso creativo y estimulante, para que el deporte responda, sin desnaturalizarse, a las exigencias de nuestro tiempo: un deporte que tutele a los débiles y no excluya a nadie, libere a los jóvenes del riesgo de la apatía y de la indiferencia, y suscite en ellos un sano espíritu de competición; un deporte que sea factor de emancipación de los países más pobres y ayude a eliminar la intolerancia y a construir un mundo más fraterno y solidario; un deporte que contribuya a hacer que se ame la vida y que eduque para el sacrificio, el respeto y la responsabilidad, llevando a una plena valorización de toda persona humana.

4. "Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares" (Sal 125, 5). El Salmo responsorial nos ha recordado que para tener éxito en la vida es preciso perseverar en el esfuerzo. Quien practica el deporte lo sabe muy bien: sólo a costa de duros entrenamientos se obtienen resultados significativos. Por eso el deportista está de acuerdo con el salmista cuando afirma que el esfuerzo realizado en la siembra halla su recompensa en la alegría de la cosecha: "Al ir, iban llorando, llevando la semilla; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas" (Sal 125, 6).

En las recientes Olimpíadas de Sydney hemos admirado las hazañas de grandes atletas, que, para alcanzar esos resultados, se sacrificaron durante años, día a día. Esta es la lógica del deporte, especialmente del deporte olímpico; y es también la lógica de la vida: sin sacrificio no se obtienen resultados importantes, y tampoco auténticas satisfacciones.

Nos lo ha recordado una vez más el apóstol san Pablo: "Los atletas se privan de todo; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita" (1 Co 9, 25). Todo cristiano está llamado a convertirse en un buen atleta de Cristo, es decir, en un testigo fiel y valiente de su Evangelio. Pero para lograrlo, es necesario que persevere en la oración, se entrene en la virtud y siga en todo al divino Maestro.

En efecto, él es el verdadero atleta de Dios; Cristo es el hombre "más fuerte" (cf. Mc 1, 7), que por nosotros afrontó y venció al "adversario", Satanás, con la fuerza del Espíritu Santo, inaugurando el reino de Dios. Él nos enseña que para entrar en la gloria es necesario pasar a través de la pasión (cf. Lc 24, 26 y 46), y nos precedió por este camino, para que sigamos sus pasos.

Que el gran jubileo nos ayude a afianzarnos y fortalecernos para afrontar los desafíos que nos esperan en esta alba del tercer milenio.

5. "¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 47).

Estas son las palabras del ciego de Jericó en el episodio narrado en la página evangélica que acabamos de proclamar. Ojalá que las hagamos nuestras: "¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!".

Fijamos, oh Cristo, nuestra mirada en ti, que ofreces a todo hombre la plenitud de la vida. Señor, tú curas y fortaleces a quien, confiando en ti, cumple tu voluntad.

Hoy, en el ámbito del gran jubileo del año 2000, están reunidos aquí espiritualmente los deportistas de todo el mundo, ante todo para renovar su fe en ti, único Salvador del hombre.

También los que, como los atletas, están en la plenitud de sus fuerzas, reconocen que sin ti, oh Cristo, son interiormente como ciegos, o sea, incapaces de conocer la verdad plena y de comprender el sentido profundo de la vida, especialmente frente a las tinieblas del mal y de la muerte. Incluso el campeón más grande, ante los interrogantes fundamentales de la existencia, se siente indefenso y necesitado de tu luz para vencer los arduos desafíos que un ser humano está llamado a afrontar.

Señor Jesucristo, ayuda a estos atletas a ser tus amigos y testigos de tu amor. Ayúdales a poner en la ascesis personal el mismo empeño que ponen en el deporte; ayúdales a realizar una armoniosa y coherente unidad de cuerpo y alma.

Que sean, para cuantos los admiran, modelos a los que puedan imitar. Ayúdales a ser siempre atletas del espíritu, para alcanzar tu inestimable premio: una corona que no se marchita y que dura para siempre. Amén.

JUBILEO INTERNACIONAL DE LOS DEPORTISTAS ÁNGELUS

29 de octubre de 2000

1. En este momento de alegría no podemos ni debemos olvidar que en algunas regiones del mundo se sigue sufriendo y, a menudo, muriendo. Pienso, de modo particular, en la región de Oriente Medio.

Deseo una vez más invitar a todas las partes implicadas en el proceso de paz a no escatimar esfuerzos para el restablecimiento del clima de diálogo que existía hasta hace unas semanas. La confianza mutua, el rechazo de las armas y el respeto de la ley internacional son los únicos medios capaces de reactivar el proceso de paz. Por eso, oremos para que se vuelva a la mesa de las negociaciones y, a través del diálogo, se llegue a la anhelada meta de una paz justa y duradera, que garantice a todos el derecho inalienable a la libertad y a la seguridad.

2. Nos disponemos ahora a concluir la celebración eucarística, corazón de este acontecimiento jubilar. Hemos ofrecido a Dios el deporte como actividad del hombre orientada a su desarrollo pleno y a establecer relaciones sociales fraternas. Este altar, puesto en el gran estadio Olímpico de Roma, nos ha recordado que también el deporte es, ante todo, don de Dios.

Ahora bien, este don debe convertirse en misión y en testimonio. En el ámbito del Año jubilar, se leerá dentro de poco el "Manifiesto del deporte", para subrayar el compromiso concreto que brota de este jubileo.

Dirijo un saludo cordial a todos los deportistas de lengua francesa que participan en este jubileo, invitándolos a ser, mediante el deporte, mensajeros de paz y fraternidad, así como ejemplos de vida recta y armoniosa. Con mi bendición apostólica.

Queridos fieles de lengua inglesa que participáis en esta celebración jubilar, el deporte os ha traído desde diferentes países para buscar un interés común y las mismas metas. Vuestra pasión por el deporte contribuye a la solidaridad humana, la amistad y la buena voluntad entre los pueblos. Que vuestros esfuerzos físicos sean una parte de vuestra búsqueda de los valores más elevados, que forjan vuestro carácter y os dan dignidad y un sentido de realización, tanto a vuestros propios ojos como a los ojos de los demás. Desde la perspectiva cristiana, la vida misma es una competición y un esfuerzo en busca de la bondad y la santidad. Dios bendiga vuestros empeños y os colme a vosotros y a vuestras familias de su amor y de su paz.

Saludo cordialmente a los deportistas, a los entrenadores y a los directivos de los países de lengua alemana. La "cuestión más insignificante del mundo" se deslucе a menudo por la fuerte presión de la competición. Ojalá que la meditación os infunda serenidad: la competición es sólo un juego. El deporte debe divertir y alegrar. Que os acompañe la bendición de Dios.

Saludo a los deportistas de lengua española. Os invito a dedicar vuestros esfuerzos al desarrollo de toda la persona, al fomento de la paz entre los pueblos y al logro del trofeo más preciado: recibir de Dios la misericordia y ser coronados en la gloria de Cristo.

Dirijo un saludo cordial y mi aliento a los deportistas profesionales y aficionados de los diversos países de lengua portuguesa, recordando a todos que la meta y el galardón más alto de la vida es Jesucristo. No os contentéis con menos; y subiréis, victoriosos, al podio de la eternidad.

Saludo cordialmente a los deportistas de Polonia y de los demás países del mundo. En el día de vuestro jubileo doy gracias, con vosotros, a Dios por la fuerza del espíritu, mediante la cual diariamente no escatimáis esfuerzos y superáis vuestra debilidad personal, para conquistar en noble competición el laurel de la victoria en las diversas disciplinas del deporte. Vuestro esfuerzo perseverante y la alegría de la victoria adquieren el significado de un símbolo, al que puede referirse todo el que quiera crecer espiritualmente y, de modo particular, un cristiano que, como escribe san Pablo, "compite en la noble competición" para obtener de las manos de Cristo, terminada la carrera de la vida, "la corona de la justicia" (cf. 2 Tm 4, 6-7). Que Dios os bendiga cuando deis este particular testimonio.

3. Nos dirigimos ahora a María santísima, invocando su protección materna sobre todo el mundo del deporte, para que esté siempre animado por valores auténticos y contribuya al desarrollo integral del hombre y de la sociedad.

DISCURSO A LA ASOCIACIÓN DEPORTIVA DE FÚTBOL ROMA

30 de noviembre de 2000

1. Me alegra acogerlos, queridos amigos romanistas -directivos, atletas y aficionados-, que formáis la Asociación deportiva de fútbol Roma. Os saludo con afecto y os felicito por vuestra decisión de celebrar el jubileo juntos, como una gran familia.

Dirijo un saludo especial al doctor Francesco Sensi, presidente de vuestra asociación, que se ha hecho promotor de esta iniciativa espiritual, y le agradezco las amables palabras con las que ha interpretado vuestros sentimientos comunes.

Vuestra asociación ha querido tomar el nombre de "Roma" para identificarse, de algún modo, con la historia de nuestra ciudad, rica en acontecimientos gloriosos. Sabéis que es historia, en particular, de santidad: al martirio de san Pedro y san Pablo siguió el de muchísimos otros testigos; además, a lo largo de los siglos, numerosos santos y santas han nacido o vivido en Roma. Asimismo, Roma, como sede del Sucesor de Pedro, "preside la comunión de la caridad" (san Ignacio de Antioquía, Carta a los Romanos, 1, 1).

El hecho de que vuestra asociación lleve el nombre de Roma es para vosotros, queridos amigos romanistas, un singular compromiso de vivir coherentemente la fe cristiana; una invitación a testimoniar diariamente, en vuestro ambiente, el amor evangélico. Podríamos decir que el Señor os repite a vosotros, como a todo creyente que vive en Roma, lo que dijo a san Pablo: "Es preciso que des testimonio de mí en Roma" (Hch 23, 11).

2. A vosotros se os pide que deis este testimonio fiel especialmente en el deporte, que se ha convertido en uno de los fenómenos típicos de nuestro tiempo. El deporte interesa e implica a grandes multitudes, entre otras causas, gracias a los medios de comunicación social, y se ha transformado en un acontecimiento planetario en el que naciones y culturas diversas viven la misma experiencia de fiesta. Precisamente por eso el deporte puede favorecer la construcción de un mundo más fraterno y solidario, contribuyendo a la superación de situaciones de incomprensión recíproca entre personas y pueblos.

El deporte, si se vive de modo adecuado, se convierte en una especie de ascesis, el ambiente ideal para el ejercicio de muchas virtudes. Algunas de estas virtudes fueron subrayadas muy bien por mi venerado predecesor el Papa Pío XII: "La lealtad, que impide recurrir a subterfugios, la docilidad y la obediencia a las sabias órdenes de quien dirige un ejercicio de equipo, el espíritu de renuncia cuando es preciso sacrificarse en bien de los propios "colores", la fidelidad a los compromisos, la modestia en los triunfos, la generosidad con los vencidos, la serenidad cuando la suerte es adversa, la paciencia con el público no siempre moderado, la justicia, si el deporte de competición está vinculado a intereses financieros acordados libremente y, en general, la castidad y la templanza ya recomendada por los antiguos" (Discurso al Centro deportivo italiano, 5 de octubre de 1955).

Sin embargo, el deporte se convierte en fenómeno alienante cuando las demostraciones de habilidad y de fuerza física desembocan en la idolatría del cuerpo; cuando la competitividad exasperada lleva a considerar al adversario como un enemigo al que hay que humillar; cuando la afición impide una valoración objetiva de la persona y de los acontecimientos y, sobre todo, cuando degenera en violencia. Además, cuando prevalece el interés comercial, se puede transformar la práctica deportiva en mera búsqueda de lucro.

Otro aspecto que no hay que descuidar es que, a causa de la actual organización de las competiciones deportivas, resulta a veces menos fácil para los creyentes la debida santificación del día festivo, mientras que para las familias resulta más difícil vivir juntos momentos de útil distensión.

3. En cuanto al fútbol, se trata de una actividad que pueden practicar todos, desde los niños hasta los adultos, y que, por su capacidad de asociación, crea un espectáculo apreciado en el marco de un clima generalizado de fiesta. Por su índole popular, el fútbol responde a múltiples expectativas y ofrece un entretenimiento sereno tanto a aficionados como a familias enteras.

Sin embargo, a veces se convierte en ocasión de enfrentamientos, con preocupantes episodios de intolerancia y agresividad, y desemboca en graves manifestaciones de violencia. ¡Qué importante es entonces recordar el necesario respeto de la ética deportiva! ¡Cuán urgente es la responsabilidad de los directivos, de los atletas, de los cronistas y de los aficionados! Pienso, sobre todo, en los atletas que tienen ante sí un público, especialmente formado por jóvenes, que los ve como modelos para imitar. Con su ejemplo pueden transmitir mensajes de alto valor humano y espiritual. Al contrario, los comportamientos incorrectos causan efectos nocivos que, por desgracia, se amplifican con una resonancia negativa imprevisible. Siempre hay que ser conscientes de esto.

4. Amigos de la Asociación deportiva de fútbol Roma, que vuestro jubileo os ayude a comprender, a través de la metáfora del deporte, las exigencias de la vida del espíritu. San Pablo recuerda que la existencia es como una carrera en el estadio, en la que todos participan. Pero, mientras que en las carreras sólo uno triunfa, en la competición de la vida todos pueden y deben conquistar la victoria. Y, para poder hacerlo, es preciso ser moderados en todo, tener la mirada fija en la meta, valorar el sacrificio y entrenarse continuamente para evitar el mal y hacer el bien. Así, con la ayuda de Dios, se conquista la meta celestial.

María, a quien en la capilla de vuestro centro deportivo invocáis como *Salus populi romani*, os ayude en este partido que dura toda la vida; os proteja a vosotros, a vuestras familias y a todo el pueblo de los romanistas. Por mi parte, os bendigo a cada uno de vosotros y a cuantos se han unido a vosotros para esta celebración jubilar.

A LOS MIEMBROS DE LA FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE FÚTBOL ASOCIACIÓN (FIFA)

11 de diciembre de 2000

Señor presidente; señoras y señores:

Con gran placer os doy la bienvenida esta mañana con ocasión de la reunión del comité ejecutivo de la FIFA. Saludo al presidente, señor Joseph Sepp Blatter, y a sus vicepresidentes, al secretario general señor Michel Zen-Ruffinen, a los presidentes de las Confederaciones internacionales y a todos vosotros, que tenéis la responsabilidad del mundo del fútbol, una tarea verdaderamente universal.

En efecto, el fútbol es un deporte de alcance mundial, y esto es mucho más evidente aún en la actualidad debido al gran interés popular y a la cobertura de los medios de comunicación social con que se sigue el deporte. Vuestra responsabilidad tiene una dimensión mundial, ya que más de doscientos países y ciento veinte millones de jugadores forman parte de vuestra asociación. Tenéis un inmenso poder y debéis usarlo para el bien de toda la familia humana.

Ciertamente, sois administradores; pero también sois educadores, dado que el deporte puede transmitir efectivamente muchos valores elevados, como la lealtad, la amistad y el espíritu de equipo. Es muy importante tener presente esto en un tiempo en que el fútbol se ha convertido, por decirlo así, en una industria mundial. Es verdad que el éxito financiero del fútbol puede ayudar a sostener nuevas y valiosas iniciativas, como el "Proyecto caridad" de la FIFA. Pero también puede contribuir a una cultura del egoísmo y de la avaricia. Por este motivo hay que poner de relieve los valores más nobles del deporte y darlos a conocer mediante los organismos representados en vuestra federación.

Como deporte practicado por personas de diferentes ámbitos étnicos, raciales, económicos y sociales, el fútbol es un excelente medio para promover la solidaridad, tan necesaria en un mundo profundamente afectado por tensiones étnicas y raciales. La "Campaña de juego limpio" de la FIFA es un signo positivo de que queréis hacer lo que está de vuestra parte para que con el deporte se pueda crear un clima de respeto y comprensión entre los pueblos.

El deporte es educativo, porque transforma los impulsos humanos, incluso los potencialmente negativos, en buenos propósitos. Los jóvenes aprenden a desarrollar un sano espíritu de lucha, sin conflictos. Aprenden a competir en un campo, donde su adversario no es su enemigo. Por esta razón, expreso mi más viva esperanza de que la FIFA siga afrontando en todos los niveles el problema de la violencia, que tanto perjudica al deporte.

De hecho, el fútbol, tan importante para enseñar a afrontar los grandes desafíos de la vida, sigue siendo un deporte. Es una forma de juego, simple y complejo a la vez, en el que la gente siente alegría por las extraordinarias posibilidades físicas, sociales y espirituales de la vida humana. Sería muy triste si un día se perdiera el espíritu del juego y el sentido de la alegría de la competición noble. Vosotros sois los guardianes del espíritu auténtico del juego. Habéis elegido

como vuestro lema las palabras: "Por el bien del juego". Sin duda, el bien del juego también puede ser una parte importante del bien del mundo. Como prenda de que el Todopoderoso os acompaña en esta tarea, invoco sobre vosotros y sobre quienes representáis los dones divinos de paz y alegría. Dios os bendiga a todos.

DISCURSO A LOS MIEMBROS DEL CENTRO DEPORTIVO ITALIANO EN EL 60 ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN

26 de junio de 2004

Queridos amigos del Centro deportivo italiano:

1. Bienvenidos a este encuentro, que recuerda el 60° aniversario de vuestra benemérita institución, fundada para evangelizar el mundo del deporte en Italia. Os acojo y saludo a todos con afecto.

Saludo a los prelados presentes y, en primer lugar, al cardenal Camillo Ruini, presidente de la Conferencia episcopal italiana. Le expreso mi agradecimiento, en particular, porque acaba de ilustrarme los programas y los proyectos de vuestra asociación. Saludo a los dirigentes, a los entrenadores, a los árbitros, a los animadores y a los consiliarios. Dirijo un saludo cordial a monseñor Vittorio Peri, consiliario nacional, y al presidente nacional, señor Edio Costantini. Os saludo sobre todo a vosotros, queridos jóvenes atletas, y os agradezco vuestra afectuosa acogida.

2. "Levántate" (Lc 7, 14). Quisiera renovar en esta circunstancia la invitación del Señor al joven de Naím, que fue el tema de mi reciente peregrinación apostólica a Suiza, para reflexionar también con vosotros sobre el sentido de vuestra misión en la Iglesia y en la sociedad.

"Levántate", "escucha", "ponte en camino". Dirigí estas palabras a los jóvenes reunidos en el Palacio de hielo de Berna el pasado día 5 de junio. Os repito esa misma invitación a vosotros, queridos amigos del Centro deportivo italiano. Cada uno de vosotros está llamado a seguir a Cristo y a ser su testigo en el ámbito deportivo.

Sois bien conscientes de esta singular vocación, y, en el proyecto cultural y deportivo de la asociación, afirmáis que no pretendéis que vuestra presencia en la sociedad italiana tenga como objetivo sólo la promoción del deporte, sino que queréis contribuir a responder a los profundos interrogantes que se plantean las nuevas generaciones sobre el sentido de la vida, su orientación y su meta. Así, deseáis fomentar una mentalidad y una cultura deportiva que "haciendo deporte" y no sólo "hablando de deporte" ayude a redescubrir la verdad plena sobre la persona.

3. El Centro deportivo italiano nació hace sesenta años con el fin de proponer a los jóvenes, marcados entonces por las funestas consecuencias de la segunda guerra mundial, la práctica del deporte no sólo como fuente de bienestar físico, sino también como ideal de vida valiente, positivo y optimista, como medio de renovación integral de la persona y de la sociedad. Mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pío XII, pidió entonces a vuestra asociación que fuera levadura de cristianismo en los estadios, en los caminos, en los montes, en el mar, dondequiera que se enarbole con honor vuestro estandarte (cf. Discurso al Centro deportivo italiano, 1955).

A lo largo de los años, queridos amigos, habéis tratado de manteneros fieles a esta consigna, presentando el Centro deportivo italiano como escuela de auténtica formación humana. Habéis trabajado para que niños, jóvenes y adultos conocieran, a través de las diversas disciplinas deportivas, la riqueza y la belleza del Evangelio. Les habéis ayudado a encontrar a Jesús y a elegirlo como razón última de su existencia.

4. Esta sigue siendo vuestra misión, y la sociedad continúa necesitándola. El esfuerzo de vuestras sociedades deportivas por promover el deporte como experiencia formativa en las parroquias, en la escuela y en el territorio ayudará a las nuevas generaciones a elegir y cultivar los valores auténticos de la vida: el amor a la verdad y la justicia, el gusto por la belleza y la bondad, la búsqueda de la auténtica libertad y de la paz.

En nuestro tiempo, el sistema del deporte parece a veces condicionado por las lógicas del lucro, del espectáculo, del dopaje, de la combatividad exasperada, y por episodios de violencia. También tenéis la misión de anunciar y testimoniar la fuerza humanizadora del Evangelio con respecto a la práctica del deporte que, si se vive según la visión cristiana, se convierte en "principio generativo" de relaciones humanas profundas y favorece la construcción de un mundo más sereno y solidario.

Especialmente a vosotros, queridos jóvenes atletas, os deseo que practiquéis el deporte con lealtad y sano espíritu agonístico. Así, os ayudará a afrontar la ardua carrera de la vida con valentía y honradez, con alegría y confianza serena en el futuro.

Encomiendo al Señor, por intercesión de María, a toda la familia del Centro deportivo italiano y todos sus proyectos, a la vez que con afecto os bendigo a todos.

MENSAJE PARA LA XXV JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO

Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países

1. Con motivo de la próxima Jornada Mundial del Turismo, que se celebrará el próximo 27 de septiembre, me es grato dirigirme a todos los que ejercen su labor en este sector de la actividad humana, para ofrecer algunas reflexiones que destaquen los aspectos positivos del turismo. Éste, como ya he indicado en otras ocasiones, contribuye a incrementar la relación entre personas y pueblos, que, cuando es cordial, respetuosa y solidaria, es como una puerta abierta a la paz y la convivencia.

En efecto, muchas de las situaciones de violencia que sufre la humanidad en nuestros tiempos tienen su raíz en la incomprensión, e incluso en el rechazo de los valores y la identidad de las culturas ajenas. Por eso, podrían superarse tantas veces mediante un mejor conocimiento recíproco. En este contexto, pienso también en los millones de emigrantes, que han de participar en la sociedad que los acoge basándose sobre todo en el aprecio y reconocimiento de la identidad de cada persona o grupo.

La Jornada Mundial del Turismo, por tanto, no sólo ofrece de nuevo la oportunidad de afirmar la aportación positiva del turismo a la construcción de un mundo más justo y pacífico, sino también de profundizar en las condiciones concretas en que se gestiona y practica.

A este respecto, la Iglesia no puede dejar de reiterar una vez más el núcleo de su visión del hombre y de la historia. En efecto, el principio supremo que debe regir la convivencia humana es el respeto a la dignidad de cada uno, creado a imagen de Dios y, por tanto, hermano de todos los demás.

Este principio debería guiar toda la actividad política y económica, como ha sido puesto de relieve en la Doctrina Social de la Iglesia, e inspirar también la convivencia cultural y religiosa.

2. Este año el tema de la Jornada es «Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países». Deporte y turismo hacen referencia ante todo al tiempo libre, en el que se han de fomentar actividades que ayuden al desarrollo físico y espiritual. Pero hay numerosas situaciones en que turismo y deporte se entrelazan de manera específica y se condicionan recíprocamente, como cuando el deporte se convierte precisamente en el motivo determinante para desplazarse tanto dentro del propio país, como por el extranjero.

En efecto, deporte y turismo están estrechamente unidos en los grandes acontecimientos deportivos en los que participan los países de una región o de todo el mundo, como en los Juegos Olímpicos, que no han de renunciar a su alta vocación de avivar ideales de convivencia, comprensión y amistad. Pero también en muchos otros casos menos espectaculares, como en las actividades deportivas de ámbito escolar o de las asociaciones del propio barrio o localidad. En otros casos, practicar un determinado deporte es precisamente lo que motiva programar un viaje o unas vacaciones. Es, pues, un fenómeno que atañe tanto a los deportistas de élite, a sus equipos y

seguidores, como a modestos clubes sociales, así como también a muchas familias, jóvenes y niños y, en fin, a cuantos hacen del ejercicio físico uno de los motivos importantes de su viaje.

Al tratarse de una actividad humana que implica a tantas personas, no es de extrañar que, no obstante la nobleza de los objetivos proclamados, se produzcan también en muchos casos abusos y desviaciones. No se puede ignorar, entre otros fenómenos, el mercantilismo exacerbado, la competitividad agresiva, la violencia contra las personas y las cosas, hasta llegar incluso a la degradación del medio ambiente o la ofensa a la identidad cultural de quien acoge.

3. El Apóstol san Pablo proponía a los cristianos de Corinto la imagen del atleta para ilustrar la vida cristiana, como ejemplo de esfuerzo y de constancia (cf 1 Co 9,24-25). En efecto, la práctica correcta del deporte debe estar acompañada por la templanza y la educación a la renuncia; con mucha frecuencia requiere también un buen espíritu de equipo, actitudes de respeto, aprecio de las cualidades de los demás, honestidad en el juego y humildad para reconocer las propias limitaciones.

El deporte, en fin, especialmente en sus formas menos competitivas, invita a una celebración festiva y a la convivencia amistosa.

También el cristiano puede encontrar en el deporte una ayuda para desarrollar las virtudes cardinales – fortaleza, templanza, prudencia y justicia – en la carrera por la corona “que no se marchita”, como escribe san Pablo.

4. Ciertamente, el turismo ha dado un poderoso impulso a la práctica del deporte. Las facilidades que ofrece, e incluso las muchas actividades que promueve o patrocina por iniciativa propia, han incrementado de hecho el número de quienes aprecian el deporte y lo practican en su tiempo libre. De este modo, se han multiplicado las ocasiones de encuentro entre pueblos y culturas diversas en un clima de buen entendimiento y de armonía.

Por ello, sin dejar de prestar la debida atención a las desviaciones que lamentablemente siguen produciéndose, deseo exhortar encarecidamente y con renovada esperanza a promover «un deporte que tutele los débiles y no excluya a nadie, libere a los jóvenes del riesgo de la apatía y de la indiferencia, y suscite en ellos un sano espíritu de competición; un deporte que sea factor de emancipación de los países más pobres y ayude a eliminar la intolerancia y a construir un mundo más fraterno y solidario; un deporte que contribuya a hacer que se ame la vida y que eduque al sacrificio, al respeto y a la responsabilidad, llevando a una plena valorización de cada uno» (En el Jubileo de los deportistas, 29-10-2000, n 3)

Con estas consideraciones, invito a los que están relacionados con el deporte desde el propio campo del turismo, a los deportistas y a todos los que lo practican en sus viajes, a proseguir sus esfuerzos para alcanzar estos nobles objetivos, a la vez que invoco sobre cada uno de ellos abundantes bendiciones divinas.

Vaticano, 30 de mayo de 2004, Solemnidad de Pentecostés.
JOANNES PAULUS II

